

El Ejército Rojo



**Erich
Wollenberg**

Traducción:

GABRIEL ZADUNAISKY

Diseño de tapa:

OSCAR DÍAZ

Corrección:

MARIA GUTIÉRREZ y RAÚL TUNY

[Digitalizado por *Socialismo Actual*:
<http://socialismoactual.blogspot.com/>]

Introducción

Pocos extraños a la Unión Soviética han estado en mejores condiciones que Erich Wollenberg para escribir sobre la fundación y la historia de los primeros tiempos del Ejército Rojo. A pesar de algunas debilidades políticas, su libro ofrece un testimonio valioso en cuanto al carácter del Ejército Rojo en sus primeros años, tanto como a su degeneración y posterior decapitación bajo Stalin. El cambio cualitativo que sufrió en los años treinta, en ninguna parte descrito más vívidamente que en este libro, es un aspecto clave del ascenso del stalinismo. Toda la historia previa del Ejército Rojo fue reescrita y distorsionada a partir de allí. El papel de su fundador, León Trotsky, fue borrado por completo de la historia, mientras que se exageró groseramente el de Stalin y sus seguidores. Una de las virtudes fundamentales del libro de Wollenberg es que corrige esta deformación de la historia.

En cuanto a la biografía de Wollenberg, nació en el seno de una familia alemana de clase media en 1892. Su padre era médico y él estudiaba medicina cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Se ofreció como voluntario del ejército imperial y llegó a ser teniente. Como combatiente fue herido cinco veces, pero la repulsión que le provocó la masacre lo llevó a entrar en contacto con el movimiento obrero. En 1918 se sumó al movimiento revolucionario que barrió a Alemania cuando el régimen del Kaiser caía derrotado. Se hizo miembro del partido Social Demócrata Independiente y más tarde del Partido Comunista de Alemania (KPD). En 1918 dirigió un grupo de marineros rojos en Königsberg y fue uno de los líderes militares del soviét bávaro —que duró muy poco— comendando la infantería del Grupo de Ejército de Dachau. Bajo el seudónimo de Walter fue más tarde uno de los principales expertos militares del movimiento comunista en Ale-

mania e internacionalmente. Su papel en el alzamiento de lo obligó a dejar Alemania, donde una corte lo había sindicado como uno de los hombres más peligrosos del país. En 1929 habría de escribir *Als Rotarmist von München* donde describe sus experiencias.

Wollenberg completó sus estudios militares en Moscú y se convirtió en instructor del Ejército Rojo, tomando estrecho contacto con brillantes y jóvenes comandantes, entre ellos Tujachevsky, que habían llegado a puestos de dirección en la guerra civil. Es evidente que en este período estaba completamente consustanciado con la revolución, viendo a la Revolución Rusa de 1917 sólo como el primer paso de la revolución mundial y al Ejército Rojo mismo, no como un ejército nacional, sino como un ejército al servicio de la clase obrera mundial.

Su rechazo a la política de “socialismo en un solo país” impuesta por Stalin en el Partido Comunista de la Unión Soviética y en toda la Internacional Comunista lo hizo caer en desgracia y pronto se vio obligado a abandonar el país. No pudo volver a su Alemania natal porque allí lo buscaba la justicia. Se refugió en Francia y luego en el norte de África y fue allí, aparentemente, que se unió a las fuerzas americanas en los desembarcos de noviembre de 1942. Fue agente de prensa del ejército de EE.UU. en Baviera, luego de la Segunda Guerra Mundial, y se hizo periodista y escritor especializado en asuntos soviéticos y militares. Aunque derivó hacia algunas posiciones políticas peligrosas, tal como se advierte en su libro, Wollenberg se mantuvo fiel a su pasado. No hay nada que indique que renegara del papel que cumplió como organizador de la insurrección en Alemania o de su actividad en el Ejército Rojo cuando aún era el ejército de la revolución internacional.

Desde las primeras páginas de su libro, Wollenberg insiste en que el estudio del Ejército Rojo no es una cuestión académica sino parte de la preparación para la revolución.

En su país había visto la destrucción del viejo ejército, pero sólo en Rusia esto fue seguido de la construcción de un ejército nuevo, a pesar de que las condiciones eran sumamente desfavorables para hacerlo. El viejo ejército imperial ruso en su mayor parte se desintegró y evaporó en el curso de la revolución. Había estado conformado fundamentalmente por campesinos, muchos de los cuales se apresuraron a volver a sus pueblos para tomar parte en la ocupación y redistribución de tierras que se hizo posible con el derrocamiento del zarismo. Al comienzo sólo estaba del lado de la revolución la Guardia Roja formada para llevar a cabo la insurrección y proteger sus conquistas, y las bandas guerrilleras de campesinos armados, formadas para defender las tierras ocupadas durante la revolución. De esta situación nació un conflicto de cierta importancia en los círculos militares soviéticos: se contraponía la guerra de guerrillas a la necesidad de un ejército disciplinado moderno.

Pronto se hizo evidente que la revolución tendría que construir su propio ejército para combatir las fuerzas contrarrevolucionarias basadas en el viejo cuerpo de oficiales, dirigidas por soldados profesionales y sostenidas por el imperialismo extranjero. Esta tarea fue encomendada a León Trotsky, como Comisario de Guerra del Pueblo. Sin duda Trotsky fue la figura dominante en la historia temprana del Ejército Rojo y también su principal arquitecto, tal como lo demuestra categóricamente Wollenberg. Las dimensiones que adquirieron la Guerra Civil y la intervención extranjera hicieron que la supervivencia del régimen soviético dependiera enteramente del Ejército Rojo y en particular de su dirección. Tal como lo advirtió Trotsky desde su comienzo, era inevitable la improvisación, haciendo uso de los materiales que se tuviera a

mano, incluyendo a especialistas militares del viejo ejército que no tenían ninguna simpatía por los objetivos de la revolución.

Trotsky vio que el Ejército Rojo tenía que basarse en las ideas de la revolución socialista mundial. Al igual que todas las revoluciones, la bolchevique tenía que armarse, pero el Ejército Rojo, nacido de una revolución proletaria, era desde un principio bastante distinto a todos los ejércitos anteriores. Tenía que crear un nuevo cuerpo de oficiales calificados, manteniendo al mismo tiempo la más estrecha solidaridad de clase entre todos sus niveles. Al mismo tiempo que se convocaba a los viejos cuadros militares que tenían conocimiento de la ciencia militar, sin la cual no podía construirse el ejército, se hacía todo lo posible para elevar el nivel de conciencia política de los soldados. Aun después de ser Trotsky eliminado de su cargo cuando Stalin, secundado por Zinoviev y Kamenev asumieron el poder luego de la muerte de Lenin y hasta los años treinta, el Ejército Rojo siguió ostentando muchas de las características que le impusiera su fundador: su internacionalismo, su camaradería y su conciencia política. Pese a toda la presión de Stalin y la burocracia, comandantes como Tujachevsky nunca hablaron en público contra su antiguo jefe.

Fue una ironía que el Ejército Rojo cayera bajo el control de Stalin, sus compinches y aduladores cuya irresponsabilidad, indisciplina y errores tácticos le habían causado graves perjuicios.

Contra los mitos stalinistas, Wollenberg cuenta la verdadera historia de la Guerra Civil y la campaña en Polonia. En la primera, fue la insubordinación de Voroshilov, sostenida por Stalin, la que llevó al fracaso del ejército del sur en la zona de Simbirsk. Según Tujachevsky esto alargó la Guerra Civil en dos años. Trotsky, trabajando desde su famoso tren blindado, tuvo que hacerse cargo personalmente de las operaciones de

Sviyazhsk para superar la situación, en la campaña que tan brillantemente describiera Larissa Reissner en un artículo citado por Wollemborg. En un acto de indisciplina similar durante la campaña polaca, los ejércitos del frente sud-oeste bajo el mando de Voroshilov y Yegorin, con el apoyo de Stalin, desobedecieron órdenes de marchar contra Lublin y, en cambio, dispersaron su caballería y otras tropas en un asalto a Lvov con el que no consiguieron nada. Nuevamente Tujachevsky fue el crítico más severo de esta grave falla que llevó al Ejército Rojo a perder la guerra y retroceder.

Evidentemente Stalin nunca olvidó ni perdonó las críticas de Tujachevsky, sin duda el más brillante de los comandantes del Ejército Rojo. La venganza de Stalin fue sangrienta: le costó la vida no sólo a Tujachevsky, sino también a los líderes del estado mayor y a decenas de miles de los mejores cuadros militares de las fuerzas soviéticas en 1938.

Wollenberg dedica un capítulo especial a Trotsky y el Ejército Rojo y en general acuerda con sus puntos de vista sobre la doctrina militar. Trotsky era enemigo declarado de los que idealizaban los métodos de guerrilla o que hacían un culto de la “ofensiva total”. Veía que había que construir el Ejército Rojo del modo más metódico con el énfasis puesto en el entrenamiento, organización y eficiencia técnica, tanto como en la concientización política.

Aunque admiraba en general a Tujachevsky quien, al igual que él, se había pasado del cuerpo de oficiales del viejo ejército al bando de la revolución, Wollenberg se alinea decididamente con Trotsky en el análisis de la campaña polaca. Tujachevsky tenía una confianza excesiva en que el Ejército Rojo podía ganar el apoyo de la clase obrera polaca contra la burguesía polaca. Trotsky fue el único miembro del Comité Central que alertó sobre el peligro de intentar llevar la revo-

lución a la Polonia étnica a punta de bayoneta. Los hechos le dieron la razón.

Aunque Wollenberg apoya a Trotsky en las cuestiones militares, era crítico en cuanto a su línea política en los años veinte y treinta, tal como lo muestra su libro. Por lo tanto es necesario alertar sobre sus propias posiciones políticas. Wollenberg conocía de primera mano la degeneración stalinista y su testimonio sobre el efecto que esto tuvo en el Ejército Rojo es una de las partes más valiosas del libro. Sin embargo no hay mucho margen para dudar de que el stalinismo lo desorientó políticamente y le hizo perder confianza en la clase obrera.

Esta tendencia es aún más evidente en la posterior edición de este libro a la que agregó varios capítulos sobre el proceso político en la Unión Soviética. Incluso en esta edición ya habla de la burocracia como una nueva clase dominante para luego sostener la noción de que la Unión Soviética se había convertido en un capitalismo de estado. Wollenberg no da argumentos convincentes que avalen esta tesis, no da sustento a sus críticas contra las políticas de Trotsky, ni propone una alternativa. Desilusionado con el curso stalinista, que llevó gratuitamente a la muerte a los oficiales del Ejército Rojo a los que él había estado estrechamente vinculado, Wollenberg se convirtió en un comentarista sin objetivos. Esta reacción es comprensible pero no justificable. Wollenberg tenía más formación militar que marxista.

El lector debe estar alertado por lo tanto sobre las debilidades y los peligros políticos de este libro, que habrían de demostrarse en la evolución del propio Wollenberg. Sin embargo conserva un considerable valor, como evidencia histórica y testimonio personal, en lo que hace a la Revolución Rusa y su degeneración.

En sus primeros años, el Ejército Rojo efectivamente fue un ejército de nuevo tipo, el producto de una gran revolución,

como el Nuevo Ejército Modelo de Cromwell y los ejércitos de la Revolución Francesa. A diferencia de estos, fue un ejército de la clase obrera, un ejército del futuro. Ya demostraba por sí que el proletariado era capaz de dominar las más avanzadas técnicas militares necesarias en la lucha contra el capitalismo y de aportar sus propias innovaciones. Algunos se sorprenderán de saber que fue Trotsky y no Guderim ni De Gaulle quien primero abogó por las unidades mecanizadas. El Ejército Rojo, bajo el mando de Tujachevsky fue el primero que entrenó regimientos de paracaidistas, con la idea de lanzarlos detrás de las líneas enemigas para unirse a destacamentos de trabajadores en lucha contra sus gobernantes imperialistas.

Desgraciadamente el Ejército Rojo cayó víctima de la mano mortal de la burocracia stalinista. La devastación de sus filas, con el asesinato de Tujachevsky y sus compañeros y las purgas masivas de la oficialidad superior llevaron a que, cuando la Wehrmacht (ejército alemán) lanzó su golpe en junio de 1941, las fuerzas soviéticas tuvieran que retroceder cientos de kilómetros, llegando al borde de la derrota. La victoria sólo se hizo posible por el resurgimiento durante la guerra del mismo espíritu revolucionario que había animado al Ejército Rojo en la Guerra Civil. Y no se debió para nada a los Voroshilovs y Budennys, los favoritos de Stalin, que demostraron ser elementos liquidados. Una vez obtenida la victoria, Stalin se aseguró de que el ejército quedara estrictamente bajo control. Por sobre todo temía que se supiera la verdad sobre el pasado.

En el curso de la revolución política contra la burocracia, la clase obrera soviética tendrá que abrir todos los archivos y descubrir la verdad. Este libro de Wollenberg es una contribución a una correcta redefinición de la historia en lo que respecta al Ejército Rojo.

Capítulo I.

El nacimiento del Ejército Rojo

En la vida de las naciones y las clases, hay momentos e incluso épocas enteras en las que —así nos lo dice Lenin— “la historia hace que el problema militar se convierta en la esencia del problema político”. Precisamente así es el proceso que se da en la sociedad en la etapa de transición entre el orden capitalista y el socialista y en la transición de nación oprimida a liberada.

Ahora bien, los ejércitos imperialistas se presentan y organizan de múltiples formas y cambian superficialmente de acuerdo al carácter más o menos democrático o fascista de los estados capitalistas de que se trate, pero su esencia es en todos los casos la misma. Todo ejército burgués es instrumento de la dictadura burguesa, o para volver a citar a Lenin, “ el más cosificado instrumento para el mantenimiento del viejo orden de cosas; la más fuerte salvaguarda de la disciplina burguesa, el soporte del dominio capitalista y el medio para crear e inculcar una obediencia servil manteniendo a los trabajadores bajo el imperio del capitalismo”. Por lo tanto, la transición de un ejército imperialista a uno revolucionario y la construcción de este último son tareas que deben ser desarrolladas bajo los principios básicos planteados por la Revolución de Octubre de 1917, sin que las peculiaridades políticas y militares del ejército en cuestión puedan desviar de este precepto fundamental. He aquí la importancia que debe tener para todos los socialistas el conocimiento de los orígenes y el desarrollo del Ejército Rojo.

Todo ejército refleja la constitución política y el orden social del país al que pertenece. Por lo tanto, el conocimiento del Ejército Rojo nos da la clave para el conocimiento del sistema económico, político y social de la Unión Soviética en cada fase de su desarrollo.

Finalmente, el socialismo internacionalista debe modelar su estrategia de tal modo que el Ejército Rojo se vuelva un factor decisivo en el campo de batalla internacional. El ejército es uno de los principales instrumentos en política. El Ejército Rojo es el instrumento de la Revolución de Octubre la que, como lo enfatizó continuamente el internacionalista Lenin, “fue el ensayo general o uno de los ensayos generales para la revolución proletaria mundial”. El objetivo de un ensayo general es poner a prueba a los actores en todos los aspectos para asegurarse los mejores resultados posibles en el estreno y eliminar en la medida de lo posible todos los errores y debilidades. El carácter internacional de la Revolución Rusa la lleva a asignar al proletariado socialista los papeles simultáneos de observador crítico, ayudante y futuro actor en este ensayo general, porque, siguiendo las palabras de Goethe:

“tales tareas, qué bien las cumpliríamos
si se nos permitiera repetirlas”.

En la guerra de clases por la libertad habrá que cumplir grandes tareas históricas, no una sola vez, sino varias y en diversas condiciones. Por tanto hasta cierto punto depende de los trabajadores de todos los países, el aprender de las lecciones objetivas que la historia les aporta, de modo que la tarea de su emancipación pueda ser “bien cumplida”. Todo socialista honrado, consciente de sus responsabilidades, debe estudiar, profundamente la creación, consolidación, extensión y, lamentablemente, la degeneración del primer Estado Soviético

y del primer Ejército Rojo, como condición esencial de tal “cumplimiento”.

Consecuentemente, todas las cuestiones que tienen que ver con el nacimiento, desarrollo, fuerza militar y orientación política del Ejército Rojo, deben ser tomadas en consideración, primero y fundamentalmente, por el proletariado revolucionario de todas las naciones y las razas coloniales oprimidas.

La desintegración del ejército zarista

Lenin, en su folleto *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, refiriéndose a las condiciones básicas necesarias para la creación de una fuerza de defensa proletaria, escribió lo siguiente:

“Tal como han insistido frecuentemente Marx y Engels, el primer precepto para los que quieran llevar a cabo una revolución exitosa es lograr la destrucción y desintegración del viejo ejército y su reemplazo por uno nuevo. Una nueva clase, que por primera vez toma las riendas del gobierno, jamás podrá conquistar el poder y consolidarlo, sin la desintegración (o, como lo llaman los reaccionarios y los cobardes filisteos, la ‘desorganización’) del viejo ejército; sin soportar necesariamente un difícil y doloroso período de transición sin ningún ejército y sin construir, gradualmente, en el curso de una dura guerra civil, una nueva organización militar como fuerza de defensa de la nueva clase.”

La desintegración del viejo ejército es la principal condición para el triunfo de cualquier revolución proletaria; es también una señal de que las condiciones están maduras para la toma revolucionaria del poder.

Pero las causas de la desintegración de un ejército son tantas como las causas de una revolución y a la par de las circunstancias políticas, económicas y sociales generales que llevan a una revolución surgen otras particulares de la organización militar, tales como el maltrato a los soldados, la mala comida y los reveses en el campo de batalla.

Ya en vísperas de la Revolución de Febrero de 1917 el ejército ruso estaba en camino de la completa desintegración. 19.000.000 de hombres habían sido llamados a las armas por etapas durante los años de guerra pero la expresión “llamados a las armas” tenía una significación relativa, dado que no había fusiles ni para la mitad de los hombres movilizados. Para cada compañía de 250 hombres en entrenamiento había apenas una docena de fusiles disponibles, y la mayoría de ellos de modelo anticuado que no podían usarse en el frente. Durante la instrucción estos fusiles pasaban de mano en mano; la mayoría de los soldados tenía que hacer su práctica de armas con palos; frecuentemente se les enseñaba sólo los movimientos apropiados. El soldado recibía un fusil propio sólo al llegar a una base de operaciones, a menudo recién cuando se encontraba efectivamente en las trincheras.

19.000.000 de hombres movilizados representaban alrededor de un 11 por ciento de la totalidad de la población rusa de 167.000.000 —el país entonces incluía Finlandia, Polonia y los estados bálticos— o casi 23 por ciento de la población masculina. Estas cifras se asemejan bastante a las de la movilización británica, que puso 5,7 millones de hombres bajo bandera en la Gran Guerra, de una población total de 46 millones, incluyendo 22 millones de varones, es decir, una movilización del 12,4 por ciento de la población total o 26 por ciento de la población masculina. Alemania movilizó 13 millones de una población total de 67,5 millones, que incluía 33 millones de varones, es decir 19 por ciento de la población total y 39 por ciento de la población masculina.

Pero la Rusia zarista no podía competir con los estados industriales modernos y altamente organizados. Su atraso en el desarrollo industrial, sus clases agrarias y constitución política semi-feudales, su burocracia incompetente y completamente corrupta y su sistema de comunicaciones insuficiente y mal organizado no estaban a la altura de la tarea de organizar, alimentar y conducir a los millones de soldados movilizados. La escasez de material de guerra comenzó a afectar su primera línea de combate ya en el invierno de 1914-15; en los años siguientes el abastecimiento del ejército decayó continuamente, mientras que las condiciones de transporte empeoraban en forma sostenida. Estos factores materiales combinados con las derrotas en el frente (debidas en parte al defectuoso equipamiento de las tropas) habrían de cumplir un papel importante en la desintegración del ejército. Solo una pequeña porción de los 19 millones de hombres movilizados sirvió efectivamente en el frente; la escasez de armas y equipo fue una de las razones por las que los demás tuvieron que ser empleados en las líneas de comunicaciones y en las áreas de base. En vísperas de la Revolución de Octubre, es decir, en septiembre de 1917, un informe del general Dujonin, el comandante en jefe ruso durante los últimos días del régimen de Kerensky, ubicaba el número de desertores en el orden de los 2.000.000, mientras que la lista de bajas incluía 1.800.000 muertos, unos 5.000.000 de heridos y 2.000.000 de prisioneros. Dujonin estimó las fuerzas efectivas restantes en el orden de los 10.000.000.

Los sucesos del período revolucionario entre febrero y octubre de 1917, sirvieron sólo para apresurar la desintegración del ejército. Incluso la Revolución de Octubre fue incapaz de frenar el proceso de desintegración; por el contrario, el temor a no participar en la distribución de la tierra hizo que los soldados provenientes del campesinado desertaran en masa y tomaran rumbo a sus pueblos natales. Mientras tanto, sus camaradas de la población industrial fluían hacia las ciudades

para tomar las fábricas y ayudar en la construcción de sus organizaciones de clase.

Este proceso de desintegración también contagió a los regimientos revolucionarios que hicieron causa común con el proletariado en la revuelta contra el régimen de Kerensky. De acuerdo con un informe sobre la moral de la Primera Brigada de Guardias elaborado por K. Yeremeyev, comandante del distrito militar de Petrogrado, dirigido al gobierno soviético el 28 de enero de 1918, los regimientos pronunciadamente contrarrevolucionarios, tales como el regimiento de Guardias Semyonov, eran los menos contagiados por la desintegración generalizada; en comparación con los demás y, en especial con los regimientos revolucionarios, este regimiento de Guardias era el más intacto de todos los que se encontraban bajo su mando.

Brest-Litovsk

El gobierno soviético se vio obligado a atravesar su “difícil y doloroso período de transición sin ejército” en el momento en que las fuerzas del imperialismo alemán se preparaban para marchar sobre Petrogrado. Esto fue en los días de Brest-Litovsk.

Serias diferencias de opinión se manifestaban en las filas del Partido Bolchevique. Algunos miembros del Comité Central eran de la idea de que se imponía inmediatamente iniciar una guerra revolucionaria contra el imperialismo alemán, cumpliendo de tal modo su obligación con la Revolución Rusa y el proletariado internacional. Este grupo incluía a Bubnov, Uritsky, Lomov y Djerjinsky, quien fuera más tarde el creador y jefe de la Checa. Otros bolcheviques renombrados —

Radek, Riasonov y Piatakov— sostenían el mismo punto de vista.

Lenin, en cambio propiciaba la táctica del “respiro”, según la cual debían lograrse las condiciones preliminares imprescindibles para una guerra contra el imperialismo alemán. “Si la Revolución Alemana estalla dentro de las próximas tres o cuatro semanas”, decía, “entonces quizá la táctica de una guerra revolucionaria inmediata no destruiría nuestra revolución socialista. ¿Pero suponiendo que la Revolución Alemana no estalla en el curso de un mes?... Las tropas campesinas, absolutamente agotadas por la guerra, derrocarían al gobierno socialista de los trabajadores inmediatamente después de la primera derrota, la que se daría no luego de varios meses, sino en pocas semanas. Bajo tales circunstancias sería una táctica equivocada arriesgar el destino de la revolución socialista que ya ha comenzado en Rusia. Tal táctica denotaría una política puramente aventurera. Firmando una paz por separado, tendremos las manos libres, por un tiempo, para continuar y consolidar la revolución socialista, mientras que, al mismo tiempo, contaremos con la posibilidad de crear una base económica firme para un fuerte Ejército Rojo de obreros y campesinos.” Esta posición era sostenida en el Comité Central bolchevique por Zinoviev, Sverdlov, Stalin, Sokolnikov, Smilga y Stassova.

Los que proponían la teoría de la guerra revolucionaria inmediata se oponían a la posición de Lenin con el argumento de que una paz por separado haría del gobierno soviético un agente directo del imperialismo alemán. “Pero este argumento es completamente errado”, explicaba Lenin, “porque en el actual momento una guerra revolucionaria nos haría agentes directos del imperialismo anglo-francés y así serviríamos a sus objetivos. Los ingleses le han hecho a Krylenko, nuestro comandante en jefe, una oferta de cien rublos por mes por cada soldado ruso, si continuamos las hostilidades. Pero aun-

que no aceptáramos un solo kopek de los franceses e ingleses, aún estaríamos dándoles ayuda directa al distraer de la lucha contra ellos a una parte del ejército alemán. En ninguno de los dos casos podemos evitar algún tipo de asociación con una u otra alianza imperialista”.

La posición de Lenin era que no se debía jugar la suerte de la primera revolución proletaria exitosa de la historia a la dudosa posibilidad de una revolución alemana en el futuro cercano. De todos modos hizo un intento práctico por crear las condiciones para una guerra revolucionaria inmediata. Tomando contacto con el capitán Sadoul, el miembro de la delegación militar francesa que luego se haría comunista, abrió negociaciones con el objetivo de detener el avance amenazador de los alemanes, dinamitando puentes y destruyendo ferrocarriles y material rodante, bajo la conducción de oficiales franceses. Su decisión de aceptar una paz dictada por los alemanes, inmediatamente y bajo cualquier circunstancia, se hizo irrevocable sólo cuando recibió “la dolorosa y vergonzosa noticia de que los regimientos se negaban a mantenerse en sus posiciones o siquiera ocupar la línea de Narva, y no estaban cumpliendo la orden de destruir todo a su paso en la retirada, por no hablar de la fuga precipitada, el caos, la estupidez, cobardía y abandono, existentes actualmente en el ejército”.

Un tercer grupo en el Comité Central del partido, bajo la conducción de Trotsky, representaba una posición “intermedia”, que ha sido desarrollada en sus *Memorias* por Yoffe, colega de Trotsky en la delegación de Brest-Litovsk y firme partidario de sus ideas. Esta fracción del partido tenía esperanzas en la revolución en Alemania y eran los que defendían la continuación de la política de “ni paz ni guerra”. Confiaban en que, a su debido tiempo, el avance alemán encontraría resistencia; suponían que los obreros y campesinos se verían empujados a iniciar una guerra de guerrillas por la violencia y el

pillaje de la soldadesca alemana. La consecuencia inevitable de tal política sería que se revolucionarían las tropas alemanas en avance, y esto, luego, se extendería a los trabajadores en Alemania. Sostenían que esta táctica era la única que desencadenaría la revolución alemana, aún cuando significara una rendición temporaria de Petrogrado y Moscú y una retirada hacia los Urales. “Pero si capitulamos al imperialismo alemán y firmamos un tratado de paz sin más”, argumentaban, “cometeremos un acto equivalente a una traición a las revoluciones alemana, polaca y finlandesa”. Durante las negociaciones en Brest-Litovsk, en enero de 1918, Trotsky representó esta postura explicada por Yoffe, y lo hizo en cumplimiento de instrucciones del comité central bolchevique. Pero cuando las fuerzas del imperialismo alemán respondieron a la negativa a firmar el tratado que pretendían imponer ordenando un ataque sobre Petrogrado, la posición de Lenin ganó el apoyo del partido. Con énfasis dramático, L. Stupochenko, uno de los participantes bolcheviques de estas sesiones históricas, relata las discusiones finales en la Fracción Comunista y en la sesión general del Soviet de Petrogrado:

“Fue el 22 de febrero de 1918 que Sverdlov abrió la sesión conjunta de las dos fracciones gobernantes, los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda. Centró nuestra atención en el hecho de que teníamos que dar a los alemanes una respuesta a la mañana siguiente y, dado que ya eran las 11 de la noche, pidió que los oradores fueran breves. Krylenko fue el primero en hablar, pero su discurso solo hizo hincapié en un punto: ‘No tenemos ejército. Los soldados, desmoralizados están huyendo llenos de pánico en cuanto ven un casco alemán aparecer en el horizonte, abandonando la artillería, transportes y todos los materiales de guerra al enemigo que avanza triunfante. Las unidades de guardias rojos son aplastadas como moscas. No tenemos poder para frenar al enemigo; solo la firma inmediata de la paz nos salvará de la destrucción’.

”Su discurso fue cortado por enfurecidas interrupciones de los social-revolucionarios de izquierda: ‘¡Este es un truco de demagogo, no la opinión del comandante en jefe! ¡Fuera!’

”Pero los bolcheviques estaban del lado de Krylenko. Sverdlov tuvo dificultades para restaurar el orden en la reunión. La atmósfera se puso al rojo vivo. ‘¿Y dónde está nuestra flota?’, fue la pregunta que vino de algunas bancas. ‘¡Aquí está el compañero Raskolnikov, pregúntenle a él!’ contestó Krylenko. Entonces Raskolnikov, con un gesto de desesperanza, contestó desde su asiento: ‘Ya no tenemos flota; se ha desintegrado. Los marineros escapan a sus casas y abandonan los barcos al enemigo’.

”“Llamo al compañero Lenin a hablar en nombre de la fracción bolchevique que es partidaria de la paz inmediata’, anunció Sverdlov.

’Y Lenin dijo: ‘Sí, ahora estamos impotentes. El imperialismo alemán nos tiene agarrados por el cuello y en el oeste no veo ningún puño proletario que nos libere de las garras del imperialismo alemán. Dénme un ejército de cien mil hombres—pero debe ser un ejército fuerte, sólido, que no tiemble a la vista del contrincante— y no firmaré el tratado de paz... Si retrocedemos a los Urales, podemos alejarnos de la presión de los alemanes por dos o tres semanas; ¿pero pueden garantizarme que la revolución mundial vendrá en dos semanas? Deben firmar esta paz vergonzosa para salvar a la revolución mundial, preservando su más importante y, al presente, única plaza fuerte, la República Soviética’.

"Como los social revolucionarios se negaron a presentar un adherente a la postura de la política de paz para que hablara en su nombre, Sverdlov dijo: ‘Bolcheviques, a la reunión de fracción’. Allí inició la reunión y los que se oponían a la paz abrumaron a Lenin con preguntas. Su ataque fue dirigido por Steklov, que exclamó: ‘Dígame, compañero Lenin, ¿cuál es

su actitud frente a la cláusula del tratado de paz que nos impone la retirada de nuestras tropas de Ucrania?’

—Cumpliremos nuestro compromiso retirando todas nuestras tropas de Ucrania’, contestó Lenin. ‘Pero allí sólo el diablo sabe cuáles son soldados rusos y cuáles ucranianos. Es muy posible que a esta altura ya no haya soldados rusos allí, sol o el ejército ucraniano.

—¿Hemos de permitir que nuestros hermanos fineses caigan en una lucha desigual por falta de ayuda?

—Sí, nos comprometeremos a negarles ayuda. ¡Pero sólo piensen en ese terrible accidente que hubo en el ferrocarril finés ayer! Nuestros ferroviarios fueron tan ‘descuidados’ que mandaron algunos vagones cargados de material de guerra derecho a Finlandia, en vez de mandarlos hacia el frente sur. Siempre se puede cometer errores lamentables como éstos en la frontera. Y en cuanto a los marineros, nuestros compañeros fineses nos han pedido que los saquemos de allí. Están tan desmoralizados que le venden sus armas a los blancos y, así, sólo hacen más difícil la lucha de los soviets.

—¡Pero tenemos que comprometernos a cesar todas las actividades antiimperialistas y los preparativos para la revolución mundial!

—Creí estar tratando aquí, no con bebés políticos, sino con viejos militantes de un partido clandestino que saben muy bien cómo nos las arreglamos para mantener nuestra actividad bajo el zarismo. El kaiser no es más inteligente que el zar Nicolás.

—¡Pero el partido no podrá imprimir artículos contra el imperialismo y el Kaiser en su prensa! ¡Sería un incumplimiento del tratado de Brest!

—El Comité Ejecutivo Central de los Soviets y el Consejo de Comisarios del Pueblo firmarán el tratado, pero no lo hará el Comité Central del partido. El gobierno soviético no puede hacerse responsable de lo que haga el partido.

“La fracción decidió por mayoría firmar el tratado, haciendo el voto obligatorio para todos los bolcheviques excepto para los compañeros lituanos, a quienes se les permitió abandonar la sala antes de la votación, dado que no se les podía pedir que asumieran la responsabilidad de condenar al soviét de Lituania.

"Pese a lo avanzado de la hora —ya eran las tres de la madrugada— un gran número de personas ocupaba los bancos en el salón de sesiones. Por fin terminaron los discursos y se llevó a cabo la votación largamente postergada. 116 votaron por la paz y 85 en contra, con 26 abstenciones. Dos anarquistas se negaron a votar. Se escucharon gritos desde los bancos: ‘¡Traidores! ¡Han traicionado a nuestro país! ¡Judas! ¡Espías alemanes!’

"Salimos a la calle en fila en medio de gritos, rugidos y chillidos. Eran las seis de la mañana y seguía oscuro, con sólo algunos débiles resplandores de luz en el cielo al este.”

Esos “débiles resplandores de luz” eran el respiro que se necesitaba para construir un sistema económico socialista y un ejército para la guerra revolucionaria.

El episodio de Brest llevó al gobierno soviético al borde del abismo. Se vio obligado a retroceder frente al avance del capitalismo alemán sin dar un solo golpe, porque no contaba con un ejército equipado con instrumentos modernos para el combate y dirigido por hombres versados en el arte de la guerra moderna. Las armas de la crítica eran impotentes frente a la “crítica de las armas”.

Los revolucionarios rusos y los amigos de la revolución socialista rusa se encontraron enfrentados a la temible pregunta: ¿Tenía razón Kautsky al decir que “la guerra no era un punto fuerte del proletariado?”. Si esto era así, entonces la República Soviética aislada debía caer como una presa fácil para las potencias imperialistas, a menos que la Gran Guerra terminara con una revolución victoriosa de las clases oprimidas. La victoria de cualquiera de los grupos imperialistas o un compromiso entre ambos, significaría el fin de la República Soviética.

Brest-Litovsk demostró lo acertada que era la profética afirmación de Marx de que “la revolución tendrá que pelear contra los modernos instrumentos y artes de la guerra con los modernos instrumentos y artes de la guerra”. Pero otra afirmación del creador del socialismo científico sostiene que “la burguesía le enseña al proletariado a usar sus armas”.

¿Podría el proletariado aprender el arte de la guerra bajo la conducción burguesa? ¿O podría por sí solo crear un ejército moderno, equipado con material bélico moderno y darle buen uso? La victoria proletaria de la Revolución de Octubre no resolvió esta cuestión, porque fue el resultado de una lucha entre trabajadores y soldados entrenados por la burguesía de una parte y los restos del viejo ejército —entonces totalmente desmoralizado y en proceso de desintegración— por la otra. Aún después de Brest-Litovsk, el problema militar siguió siendo la cuestión decisiva de la Revolución Socialista. Pendía como una espada de Damocles sobre la cabeza del joven gobierno soviético.

La Organización Militar Bolchevique

No había cuadros especializados, que se hubiesen entrenado antes de la revolución para construir un ejército. El Partido Bolchevique tenía sus propias organizaciones militares clandestinas dentro del ejército zarista, pero la misión de esas células militares era la extensión de la propaganda revolucionaria entre las tropas y la preparación de las bases para la insurrección armada.

Tras la victoria de la revolución proletaria la función de estas células cambió. Una y otra vez Lenin insistía: “Desde el 25 de octubre nos hemos convertido en los defensores de nuestro país y nuestra patria socialista”. Pero los bolcheviques que hacían trabajo militar, que hasta entonces habían estado “llenos de ardientes tendencias negativas y destructivas” en todas las cuestiones militares —tal como lo dijo, y con plena razón, uno de los líderes de la organización militar bolchevique, Gussev— ahora se vieron forzados a un completo cambio de frente. De desorganizadores del viejo ejército tenían que volverse organizadores de uno nuevo.

La Revolución de Febrero ya había traído un cierto cambio en la naturaleza del trabajo militar bolchevique, previamente concentrado exclusivamente en la negación y la destrucción. Su anterior consigna: “Convertir la guerra imperialista en guerra civil”, dejó su lugar al llamado a la acción para la preparación de la insurrección armada y la toma de las riendas del gobierno. La organización militar bolchevique creó núcleos especiales de soldados que estaban de cuerpo y alma con la revolución.

La tarea de estas células ya no era debilitar la autoridad de los oficiales, sino más bien ejercer el control sobre sus superiores para evitar la creación dentro del ejército “democrático” de

formaciones voluntarias especiales que pudieran luchar contra la revolución; también organizaron unidades militares para preparar la insurrección armada. Dado que estos militantes del trabajo militar bolchevique tenían otro campo de actividad entre los guardias rojos formados en las fábricas, su trabajo en el entrenamiento y dirección de estas fuerzas fabriles les había dado aún antes de Octubre de 1917 cierta preparación para la gran tarea que tuvieron por delante luego de Brest-Litovsk.

Luego de la Revolución de Febrero, Petrogrado se transformó en el centro del trabajo militar bolchevique. El comité local del Partido Bolchevique formó una “Comisión Militar” especial para hacer trabajo entre las tropas de la guarnición de Petrogrado. Se formaron comisiones similares en la Flota del Báltico y en el frente.

Ya en abril de 1917, la Comisión Militar de Petrogrado publicó un periódico llamado Soldatskaya Pravda (La Verdad del Soldado), que se convirtió en el órgano central de los militantes militares bolcheviques. También aparecieron otros diarios militares en el frente, como por ejemplo, la Okopnaya Pravda (La Verdad de las Trincheras) del 12º ejército, que ocupaba el sector norte del frente ruso-alemán.

A medida que iba madurando la crisis revolucionaria, la organización militar fue cambiando gradualmente la tarea de desintegración del viejo ejército por la de organización de las nuevas fuerzas armadas de la revolución. El 16 de junio se realizó una Conferencia panrusa de organizaciones militares bolcheviques a instancias de la organización de Petrogrado. Fueron enviados delegados de 500 formaciones militares, que incluían treinta mil bolcheviques en sus filas.

Los bolcheviques tenían su mayor representación en las tropas que se habían pasado a la revolución, es decir, las de los frentes norte y occidental, en la Flota del Báltico, en Finlan-

dia, en la guarnición de Petrogrado y sus alrededores y en Moscú. Su inserción más débil estaba en Rumania y los frentes sudoccidentales.

La conferencia decidió que la principal tarea de las organizaciones militares debía ser la creación de bases revolucionarias dentro y fuera del ejército. Organizó en Petrogrado cursos breves de instrucción para darle a los agitadores bolcheviques un entrenamiento militar antes de mandarlos a las tropas en el frente.

La organización militar cumplió un papel destacado en la preparación y la dirección de la insurrección armada y, luego de las victorias de Octubre de 1917, las células militares trataron de frenar la desintegración del viejo ejército y construir formaciones del nuevo ejército dentro del cascarón de su antecesor. Pero pronto se puso de manifiesto que los trabajadores rusos que servían en el viejo ejército “no podían tomarlo y hacer uso de él para sus propios objetivos”. El viejo ejército zarista, que Kerensky había tratado de convertir en un democrático ejército de ciudadanos, con tan poco éxito como el que tuvieron Ebert y Noske bajo circunstancias similares en Alemania, o Azaña y Giral en España en 1936, simplemente no podía transformarse en un ejército de la clase obrera. El sistema de elección de oficiales no frenó en lo más mínimo el proceso de desintegración. Como Trotsky decía, debía primero reducirse a átomos y disolverse en sus partes constitutivas. Todo soldado, trabajador y campesino tenía que regresar primero al lugar de su ocupación civil y reingresar a su vieja célula laboral, para emerger, renacido, como miembro de un nuevo ejército.

Por medio de una acelerada y completa desmovilización el gobierno soviético impuso un cierto orden al movimiento espontáneo de regreso a sus hogares de los soldados. Cuando se completó esta desmovilización el ejército regular de los tiem-

pos zaristas dejó de existir. Sólo en algunos casos aislados, como por ejemplo, los regimientos lituanos y la 4ª División de Caballería, lograron los militantes militares bolcheviques transformar unidades del viejo ejército en formaciones eficientes del nuevo. A pesar de ello, las células bolcheviques cumplieron un papel muy importante en la organización del nuevo ejército, porque, como insiste Trotsky: “Allí encontramos los primeros elementos resueltos, aunque no muy numerosos, que fueron de tanto valor en los momentos críticos de la revolución”. Durante el período del alzamiento de Octubre hicieron su trabajo como comandantes y comisarios de las unidades militares, a la vez que muchos de ellos estaban destinados a convertirse en organizadores de los guardias rojos y el Ejército Rojo.

La Guardia Roja

En Rusia la Guardia Roja tenía una larga tradición revolucionaria. La clase obrera rusa formó sus propias unidades de combate en las fábricas ya en los días revolucionarios de 1905, como consecuencia de lo cual la contrarrevolución victoriosa descubrió entonces que una de sus tareas fundamentales debía ser el desarme de los trabajadores y la destrucción de estas unidades. Pero los trabajadores restablecieron sus fuerzas de defensa o “Guardias Rojas” durante la Revolución de Febrero de 1917.

El desarrollo de esa Guardia Roja fue trabado en un comienzo en 1917 por el hecho de que los soviets estaban todavía dominados por la influencia de los mencheviques y social revolucionarios. Estos partidos sostenían que no debía permitirse que la Revolución destruyera el marco de la democracia burguesa, pues temían que, visto el atraso de Rusia y la situación

internacional, cualquier transformación de la revolución democrática en socialista habría de llevar a un resultado desastroso. Pensaban que esto conduciría a un movimiento reaccionario y, de últimas, a la victoria de los contrarrevolucionarios militaristas-monárquicos.

En una primera oleada de entusiasmo, la reunión general del Soviet de Obreros y Soldados de Petrogrado, el 28 de febrero de 1917, votó la creación de una “milicia obrera”. Pero varios días más tarde, el 7 de marzo, el Comité Ejecutivo de los Soviets dejó en suspenso esta resolución y dictó un decreto por el cual la milicia obrera se vio obligada a fusionarse con la milicia civil ordinaria. La imposición de este decreto le aseguró a la burguesía el control de la milicia unificada y la milicia obrera dejó de existir como organización clasista independiente del proletariado.

La organización militar de los bolcheviques, que hasta entonces se había empleado principalmente en el trabajo entre las tropas, fue rápidamente transformada en un centro de conducción para las actividades de la milicia obrera o guardias rojos. El primer período de la existencia ilegal de la Guardia Roja es descrito por M. G. Fleer, un miembro destacado de la organización militar de Petrogrado:

“Eran relativamente fáciles de camuflar las organizaciones de guardias rojos que no estaban en estrecho contacto con el partido, como por ejemplo las unidades de trabajadores armados en las fábricas, porque sólo necesitaban cumplir el papel de formaciones de milicia fabril, encargadas oficialmente de la tarea de defender los edificios de las fábricas. Estas tareas legales daban a la milicia obrera un alcance que abarcaba muchas actividades. No debemos olvidar que las patronales estaban bien dispuestas a pagar para mantener esta milicia fabril, antes de que descubrieran su verdadera naturaleza, dado que se sentían más seguras bajo la protección de ‘sus’ tra-

bajadores que bajo la de la milicia civil, que no podía imponer su autoridad sobre los trabajadores de las fábricas. Las milicias fabriles proletarias pronto se convirtieron en un fenómeno general e inevitable en las fábricas de Petrogrado, Moscú y todos los centros de la industria rusa.”

Todos estos intentos del gobierno provisional de desarmar a los trabajadores fracasaron, y sólo llevaron a un rápido decrecimiento de la influencia en las fábricas de los social revolucionarios de derecha y los mencheviques, que apoyaban esta política de desarme. En consecuencia el Soviet del barrio de Viborg que era, por así decirlo, el bastión de los trabajadores, decidió por unanimidad a fines de abril presionar por la formación de unidades independientes de la Guardia Roja, considerando a ésta una tarea indispensable para el proletariado. Una resolución similar fue aprobada por el Concejo General de Trabajadores Industriales de Petrogrado, cuya creación había sido impulsada por los bolcheviques. Ambas instituciones definieron los designios y objetivos de la Guardia Roja así:

Defensa de las conquistas de la Revolución (conquistas de las clases trabajadoras, de acuerdo con el Soviet de Viborg) y defensa contra las conspiraciones de la contrarrevolución (de las clases dominantes, en las palabras del Soviet de Viborg).

Las “Noticias del Soviet de Obreros y Soldados de Petrogrado”, el órgano oficial del Comité Ejecutivo, el 28 de abril se opuso a la resolución de Viborg, en un artículo central en el que rogaba a los trabajadores “que no tomen este camino peligroso que amenaza con romper la unidad del frente revolucionario”. Caracterizaba a la Guardia Roja como una cuña metida entre el proletariado revolucionario y el ejército, insinuando que tal organización daría al enemigo una excelente oportunidad para persuadir a los soldados de que los trabajadores se armaban contra ellos.

La situación no sufrió ningún cambio radical hasta el golpe de Kornilov. Luego de la represión de la revuelta de Petrogrado de julio los reaccionarios militares respiraron con más tranquilidad. El gobierno provisional había dado orden de arresto de los líderes bolcheviques por su participación en la revuelta; Lenin y Zinoviev estaban escondidos en Finlandia, mientras que Trotsky y Kamenev se encontraban en prisión. Las clases trabajadoras estaban en un estado de depresión.

Entonces, alrededor de fines de agosto, el general Kornilov, comandante en jefe del frente, marchó sobre Petrogrado, con la intención de derrocar el gobierno provisional de Kerensky y establecer una dictadura militar como etapa de transición hacia la restauración de la monarquía. Los hechos se sucedieron vertiginosamente.

El gobierno provisional se vio obligado a buscar la ayuda de los trabajadores. La Guardia Roja emergió de la penumbra de su semilegalidad y recibió armas. La defensa de Petrogrado y la lucha inmediata contra Kornilov quedó casi exclusivamente en sus manos. El 28 de agosto una sesión de los Delegados de Obreros y Soldados de Petrogrado decretó el establecimiento inmediato de una Milicia Obrera y el registro de los trabajadores revolucionarios para la defensa armada de la capital.

En pocos días 25.000 trabajadores se alistaron en la milicia. Los guardias rojos, que eran conocidos en Petrogrado como la Milicia Obrera, se convirtieron en el brazo armado del Soviet de Petrogrado, en el que ahora los bolcheviques habían logrado la mayoría. La dirección del Soviet de Petrogrado estaba entonces en manos del representante bolchevique L. D. Trotsky, que había actuado como su presidente ya en los años revolucionarios de 1905-6.

La Guardia Roja adquirió entonces una constitución de naturaleza puramente militar, dividida en cuadrillas, pelotones,

compañías, etc., junto con unidades técnicas especiales, tales como dinamiteros, ciclistas, telegrafistas, ametralladoristas, artilleros, etc. La unidad combatiente más chica de la Guardia Roja era la cuadrilla, que se componía de trece hombres. Cuatro cuadrillas formaban un pelotón (53 hombres), tres pelotones una compañía (160 hombres), tres compañías un batallón, formado por 480 hombres, más unidades técnicas que llevaban la fuerza total a entre 500 y 600; todos los batallones de un distrito formaban la división de distrito, la que, si era suficientemente numerosa, se subdividía en regimientos. Luego del golpe de Kornilov la Guardia Roja de Moscú y otros centros industriales rusos fue legalizada y armada con el mismo procedimiento que en Petrogrado.

Los guardias rojos hicieron afiebrados preparativos para una insurrección armada. Podvoisky, que estuvo en sus filas, escribe así:

“Cuando se acabó la aventura de Kornilov, nuestra siguiente tarea consistió en asegurarnos de que las armas quedaran en manos de los trabajadores y, así, crear una fuerza armada que pudiéramos usar para tomar las riendas del gobierno. En la organización militar de los bolcheviques encontramos instructores, a quienes empleamos en las fábricas. Así se fue desarrollando una organización militar compacta y decidida, construida de acuerdo a nuestros planes. El continuo crecimiento de las fuerzas armadas del proletariado nos obligó a iniciar cursos de instrucción, en los que nuestros camaradas que habían servido como suboficiales podían ampliar su formación militar y prepararse para trabajar como instructores.”

Pero el gobierno de Kerensky no suspendió las operaciones contra la Guardia Roja, es decir, contra la organización armada clasista del proletariado, cuando pasó el peligro representado por Kornilov. El 5 de septiembre el gobernador militar general de Petrogrado dio una orden exigiendo el registro de

todas las armas de fuego para el 30 de septiembre. La Guardia Roja no se sometió a esta orden y el 21 de septiembre Nikitin, el ministro de Interior menchevique, emitió el siguiente decreto:

“Las organizaciones de guardias rojos deben ser mantenidas bajo vigilancia permanente. Luego de consultas con el comandante en jefe, se tomarán medidas para desarmar a la Guardia Roja en vista de la posibilidad de que lleve a cabo actividades criminales. El registro de armas será realizado por la milicia.¹ Los reglamentos de portación de armas serán revisados y debe aprobarse una legislación para hacer más severos los castigos por portación no autorizada de armas.”

Los mencheviques desarrollaron una violenta campaña de propaganda con el fin de enfrentar a las tropas regulares con los trabajadores armados. En una reunión general del Soviet de Delegados de los soldados que tuvo lugar en Moscú el 5 de octubre, entregaron una resolución que, luego de referirse a los grandes servicios rendidos por el ejército a la Revolución, agregaba que “como ejército clasista, la Guardia Roja en un peligro para la causa de la Revolución; dado que ahora tenemos un ejército revolucionario, es perjudicial porque crea una oposición al ejército nacional, dividiendo así las fuerzas de la democracia y dando a los enemigos de la Revolución la oportunidad de sembrar la discordia entre distintas partes de ella, lo que indudablemente lleva al debilitamiento de la democracia revolucionaria como un todo”.

Esta resolución no fue aprobada, pero los delegados de los soldados, que se mantenían en sus cargos desde la Revolución de Febrero, tomaron una actitud hostil hacia la Guardia Roja y sabotearon su armamento. La base del ejército, sin embargo, evidenciaba una posición distinta, lo que puede verse en la siguiente resolución, publicada en “El Social Demó-

¹ La policía civil.

crata” del 12 de octubre: “No crean a esos mentirosos que les dicen que la creación de la Guardia Roja representa una campaña contra los soldados. No debemos permitir que nada separe a los soldados de los trabajadores. Deben estar juntos”.

En los combates de octubre la Guardia Roja y las unidades revolucionarias del ejército regular se fusionaron momentáneamente para formar una fuerza que actuó en forma homogénea al servicio de la revuelta proletaria. Cuando los soldados revolucionarios volvieron a sus unidades, luego de la victoria, y allí se desmovilizaron para volver a sus pueblos o fábricas, dejaron a la Guardia Roja como fuerza de defensa de las fábricas y ésta se constituyó en el brazo armado de la Revolución. El valor bélico de las distintas formaciones de la Guardia Roja no era de ningún modo uniforme, dado que esto dependía de la fuerza de sus cuadros bolcheviques, de la medida en que contaran con soldados experimentados del frente y de las cualidades personales y militares de los hombres que eligieron como sus líderes.

El principio de la elección de los oficiales fue establecida universalmente. Desde el punto de vista de la capacidad militar esto necesariamente tenía que afectar, en mayor o menor medida, la eficiencia de las unidades. Los guardias rojos le daban menos importancia a la capacidad militar de sus comandantes que a la solidez de sus posiciones políticas y, por cierto, a veces votaban por el candidato que gozaba de popularidad universal. Esto a menudo llevaba a politiquería, trucos demagógicos e intrigas.

Los guardias rojos estuvieron a la altura de su tarea de defender al nuevo régimen soviético, hasta que los contrarrevolucionarios se coaligaron y enviaron tropas debidamente organizadas contra ellos. Pero los guardias, reclutados fundamentalmente en las ciudades y centros industriales, se mostraron insuficientes como defensa de la dictadura del proletariado

cuando tuvieron que enfrentar los ataques de los ejércitos blancos formados por soldados profesionales. Sin embargo y, como lo hace notar la Sección Histórica de la Academia de Guerra, actuaron en los primeros meses de la Guerra Civil como “el escudo del proletariado ruso contra las operaciones de los enemigos contrarrevolucionarios extranjeros y nativos. Teniendo a la Guardia como base, el régimen soviético comenzó a construir sus fuerzas armadas, y las primeras formaciones combatientes del Ejército Rojo fueron agrupadas en torno a las divisiones de la Guardia Roja”.

Guerra de guerrillas

Mientras en los centros industriales estaba en formación la Guardia Roja, apareció espontáneamente en las tierras de la estepa otra fuerza de carácter particular. Estaba constituida por las guerrillas o bandas de campesinos armados, que habían formado unidades para defender la tierra conquistada en la Revolución de Octubre. El carácter especial de la guerra de guerrillas rusa estaba determinado por los siguientes factores:

El tamaño inmenso de Rusia y su población relativamente escasa; el sistema defectuoso de transportes y comunicaciones, que sufrió mayor degeneración en el curso de la guerra internacional y civil; la falta de comunicación confiable con la capital; la extraordinaria diversidad de estructura social, cultura, densidad de población y composición nacional del campesinado y, finalmente, la cambiante naturaleza del país, es decir, estepa, montaña y *taiga* (bosque virgen siberiano).

Hablando en términos generales, encontramos que el movimiento guerrillero asumió dos aspectos ampliamente contrastantes, representados respectivamente, por la guerrilla ucra-

niana, en cuyo seno predominaba la influencia de los campesinos ricos individualistas, y la guerrilla siberiana, que expresaba el carácter campesino-proletario disciplinado del movimiento. Naturalmente la línea que dividía estos dos polos opuestos no era de ningún modo territorial; por cierto que ambas manifestaciones de la guerrilla a menudo existían una al lado de la otra y, a menudo, estaban estrechamente entrelazadas en la misma guerrilla.

La mayor capacidad organizativa y mejor disciplina de las guerrillas siberianas se debía en cierta medida a las condiciones sociales, pero más que eso a las inmensas distancias de las estepas y la taiga, lo que obligaba a los hombres a depender unos de otros y a prestarse mutuo apoyo en la lucha contra la naturaleza. A lo que hay que agregar que, durante más de un siglo, Siberia había sido la tierra en la que los zares exiliaban a los opositores políticos más molestos; durante generaciones estos exiliados habían logrado elevar la conciencia revolucionaria de toda la población siberiana, incluyendo el campesinado, hasta un nivel extraordinariamente elevado. Podemos seguir el desarrollo de una de estas guerrillas siberianas —que representa un caso típico— en los escritos de Ilyukov, que organizó y dirigió las guerrillas de Sutshan:

“Sólo los trabajadores dieron un paso al frente como defensores de la Revolución durante el período del desembarco del ejército de intervención en Vladivostok y las operaciones contra los legionarios checoslovacos. La mayoría de las masas campesinas permanecieron inactivas. Las fuerzas revolucionarias del campesinado no se desarrollaron hasta cuatro o cinco meses después, es decir, cuando ya toda Siberia y el lejano oriente estaban en manos de la Guardia Blanca. La reacción se adueñó sin límites de las aldeas, pero cuando los contrarrevolucionarios impusieron su poder a sangre y fuego, el campesinado gradualmente comenzó a comprender el verdadero significado de los hechos que estaban ocurriendo.

”El dominio de los Blancos se demostró un medio excelente para revolucionar, en el curso de unos pocos meses, no sólo a las aldeas campesinas, sino también a la pequeña burguesía y a la “inteligentzia” de las ciudades. Los campesinos del distrito de Shutsan se reunieron y formaron un ‘Comité para organizar la resistencia revolucionaria a los contrarrevolucionarios e intervencionistas’. Ilyukov fue elegido presidente. Pronto se formaron otras guerrillas en aldeas vecinas.

”El comité se propuso ocupar la totalidad del valle de Sutshan y tomar contacto con las minas de carbón y ferrocarriles de Sutshan para formar otras organizaciones de trabajadores allí; pero el curso posterior de los acontecimientos no les dio oportunidad de cumplir sus planes. Las noticias del frente eran cada vez más favorables a los Blancos, mientras que la Guardia Roja retrocedía y sufría una derrota tras otra. Nos vimos obligados a iniciar una ofensiva inmediata para atraer la atención de la mayor porción posible de las tropas enemigas hacia nosotros, alejándolas del frente de los Urales.

”Ninguno de nosotros creía entonces que nuestra revuelta pudiera llevar a una inmediata toma del poder. Por el contrario, nos preparábamos para una guerra larga, desgastante y obstinada, la que no podía tomar la forma de guerra convencional, sino que debía llevarse a cabo como una campaña de francotiradores, el tipo de guerra que nos resultaba más fácil y que nos permitiría, a pesar de todo, golpear al enemigo en sus puntos más vulnerables. El 21 de diciembre los líderes de las diversas formaciones combatientes se reunieron en la aldea de Frolovka y decidieron iniciar la revuelta inmediatamente e imponer impuestos a los campesinos ricos para asegurar el sustento de la guerra.”

Al principio las guerrillas se aprovisionaban con la comida que encontraban en las aldeas, pero con el tiempo establecieron su dominio sobre áreas compactas de territorio lo que les

permitió independizarse de las provisiones campesinas al establecer fuentes de abastecimiento constante en base a las rentas de las regiones boscosas, de los territorios bajo su dominio y de los impuestos cobrados a los campesinos ricos.

Las guerrillas siberianas actuaron en estrecho contacto con los trabajadores de las ciudades de los que recibían ayuda financiera. Definían su tarea como la de desorganización y destrucción de las líneas enemigas de comunicación. Infligieron daños incalculables al almirante Kolchak y prepararon el terreno para la victoria concluyente del Ejército Rojo. Muchas guerrillas incluso tomaron la iniciativa en la organización de los trabajadores para el conflicto revolucionario. La “Dirección de las Guerrillas Revolucionarias del Valle de Sutshan”, por ejemplo, lanzó el 2 de febrero de 1919, el siguiente llamado a los trabajadores de Vladivostok:

“¡Trabajadores y camaradas! Una conflagración que debe extenderse a todos los trabajadores honestos y una rebelión de las masas oprimidas ha estallado en Sutshan como la poderosa llama que puede encenderse con un solo fósforo. Esta llama revolucionaria, que ha quemado todo el gastado mundo del pasado que se interponía en su camino, también ha prendido en el campesinado. El espíritu de la revolución, aplastado por siglos de opresión bajo los terratenientes y capitalistas, ha vivido y crecido entre los campesinos. ¡Súmense a nosotros, compañeros trabajadores! ¡Súmense a nuestro ejército! ¡Levántense para luchar por la revolución de los obreros y campesinos! ¡Viva la Revolución Mundial! ¡Viva el poder de los soviets!”

Este llamado refulge con la pasión que generaciones de revolucionarios exiliados, empezando con los decembristas² y

² Decembristas: revolucionarios rusos provenientes de la nobleza que el 14 de diciembre de 1825 organizaron la primera insurrección armada abierta contra la autocracia zarista.

culminando con los narodnikis³ y bolcheviques, habían implantando en el corazón y la mente de los pueblos siberianos.

La fuerza de las guerrillas siberianas radicaba en el conocimiento íntimo de la *taiga*, pero ni el coraje ni la superioridad numérica les permitían triunfar cuando estaban en guerra abierta contra oponentes bien entrenados y bien armados. Cuando guerrillas que totalizaban unos 30.000 hombres abandonaron su refugio en el bosque virgen en el verano de 1920 y avanzaron sobre las ciudades del distrito de Amur, cayeron víctimas de una ofensiva japonesa en la noche del 4 al 5 de abril. No pudieron enfrentar a fuerzas a las que superaban en una proporción de 3 a 1, luchando en tierras desconocidas.

Es simplemente natural por lo tanto que encontremos el hilo rojo de la gratitud hacia la *taiga* protectora, recorriendo las innumerables canciones de las guerrillas:

“¡Taiga sombría, cargada de peligros,
Árboles enredados e impenetrables!
Pero los rebeldes ocultos y a salvo
en tus arboledas encontramos descanso y paz.
Te debemos la vida y la libertad
y las fuerzas para combatir otro día más.
Por eso te damos nuestra gratitud
en el homenaje de esta canción.”

³ Narodnikis: populistas. Así se llamaba a los integrantes de Narodnaia Volia (La voluntad del pueblo), organización política secreta de ideas populistas y métodos terroristas. Su objetivo inmediato era el derrocamiento de la autocracia zarista. Surgida en 1879, después de sufrir una brutal represión, se disgregó a partir de 1881 y se formaron distintos grupos (narodnikis), entre ellos el dirigido por A. Uliánov (hermano de Lenin) que intentó asesinar a Alejandro III. El grupo fue descubierto y sus integrantes más activos ejecutados.

A estas guerrillas proletarias-revolucionarias se sumaban en Siberia otras donde predominaba la influencia de los campesinos más ricos. Había en realidad guerrillas en las que estaban representadas muy diversas opiniones, incluyendo aquellas típicas de Ucrania y que estaban destinadas, eventualmente, a convertirse en fuente de serios peligros para la Revolución Proletaria allí. Ucrania fue la única región en la Rusia europea en la que la guerrilla se convirtió en un fenómeno de masas y alcanzó dimensiones sin paralelo en la historia. Por el otro lado, el movimiento guerrillero en el norte y el este del Volga se desarrolló de modo muy similar a las que lo caracterizaron en Siberia. Cuando estas guerrillas actuaban en forma independiente hacían un trabajo excelente, pero no podían acomodarse al marco de un ejército regular, en el que había constantes fricciones entre ellas y el resto de las tropas. K. Yermeyev, quien organizó el primer cuerpo de Voluntarios Rojos cuando comandaba el distrito militar de Petrogrado en el otoño de 1918, nos ha dado la siguiente narración de sus experiencias con las guerrillas:

“Los marineros de la Flota del Báltico y varios contingentes guerrilleros precedieron al 1er. Cuerpo en el frente. Las guerrillas incluían hombres dispuestos y entusiastas que no podían esperar a que se completaran las operaciones preliminares y querían entrar en acción de inmediato. Por cierto que tuvimos muchos problemas con ellos en el frente. A menudo trastornaron nuestros planes y arreglos; nunca se ataban a ningún esquema general, sino que simplemente confiaban en su propia inspiración. La guerrilla de la ‘Jauría de Lobos’ hizo un trabajo especialmente bueno; estaba comandada por un marinero y compuesta enteramente de marineros, soldados y trabajadores. También se distinguió una guerrilla anarquista; no era particularmente numerosa, apenas doscientos hombres, pero un grupo muy compacto, firmemente entretejido con el coraje temerario de todos sus miembros. Estas dos guerrillas fueron llamadas del frente y puestas bajo mi mando

directo; las mandamos a Finlandia, donde los Blancos y los alemanes avanzaban sobre nosotros. Casi todos los miembros de las dos guerrillas perecieron allí, pero lucharon con valentía y le infligieron graves pérdidas a los Blancos.”

La Ucrania densamente poblada, con su antigua cultura y sus antagonismos raciales y de clase fue la cuna de las guerrillas anarquistas que eran hostiles a toda forma de centralización. Pero la principal característica de las guerrillas ucranianas era su inconstancia. A veces se aliaban con el Ejército Rojo, pero en cualquier momento se podían declarar neutrales o pasarse a los Blancos. Lenin nos dejó el siguiente comentario de la guerra de guerrillas en Ucrania, que cito de un discurso que él pronunció en el Soviet de Moscú el 4 de julio de 1919:

“Las primeras guerrillas de Ucrania nacieron a causa de la insuficiente conciencia de clase reinante allí, la ineficiencia y falta de organización generalizadas y la desorganización provocada por Petliura. Los campesinos simplemente tomaron las armas, eligieron un *ataman* (capitán) e instituyeron allí mismo su propio gobierno. No prestaban atención a ningún poder central y cada *ataman* ucraniano creía que podía resolver los problemas de su región sin preocuparse por lo que pudiera suceder en la capital. Debemos temer al movimiento guerrillero, el comportamiento arbitrario de las distintas bandas y su desobediencia a la autoridad; debemos temerles como al fuego, porque nos llevarán a la destrucción.”

Cuando las tropas francesas y griegas del ejército de intervención en el Sur de Rusia ocuparon los puertos del Mar Negro, el jefe guerrillero Grigoriev las atacó, obligándolas a evacuar esas ciudades precipitadamente. Pero poco después Grigoriev inició una revuelta contra la autoridad soviética que sacudió al frente sur del Ejército Rojo en pleno. Entonces la guerrilla más grande de Ucrania, que era comandada por Ma-

khno, hizo una alianza militar con el Ejército Rojo contra el general Denikin.

Aunque las guerrillas de Makhno cumplieron un papel decisivo en la derrota de Denikin, no tardó mucho Makhno en volverse contra el Ejército Rojo. Como resultado del antiguo odio nacional a los opresores de la Gran Rusia, los campesinos ucranianos preferían estar bajo el liderazgo de sus propios terratenientes, grandes o pequeños, antes que a las órdenes del proletariado ucraniano, que “había hecho causa común con la Gran Rusia”. Una razón aún más decisiva para la inconstancia de las guerrillas ucranianas era la manera rigurosa en que se requisaban todos los productos agrícolas para las necesidades del Ejército Rojo.

Sumado al movimiento político de guerrillas en Ucrania, debemos tomar en cuenta el desarrollo de una forma particular de bandidaje que era en parte complementario de aquél. Un verdadero ejército de desertores de ambos bandos enfrentados en la guerra civil se reunió en los bosques y conformó un tercer partido, que tomó el nombre de “Verdes”, en referencia al color de los bosques que los albergaban. Bandas de Verdes llevaron a cabo expediciones de saqueo para procurarse provisiones, contribuyendo así grandemente a la desorganización general y profundizando el prejuicio contra el movimiento guerrillero político.

La gran mayoría de los Verdes, sin embargo, eran el resultado y la expresión de la inconstancia del campesinado.

Cuando a la larga los campesinos se vieron compelidos por su experiencia tanto con los Blancos como con los Rojos, a sumarse al bando del gobierno soviético, los desertores emergieron de los bosques y se sumaron al Ejército Rojo por propia voluntad.

Trotsky a menudo se hizo presente en encuentros masivos de estos hombres, a los que se dirigía llamándolos “compañeros desertores”. Un informe enviado a Moscú en el verano de 1919 acerca del cambio de frente que era visible en las filas de las bandas Verdes de desertores decía:

“Trotsky ha viajado por muchos distritos en los que antes luchamos en vano contra los desertores. Ha hablado en sus reuniones, donde encontró entre ellos como mínimo 10.000 hombres que habían sido fácilmente intimidados o demasiado fácilmente derrotados por la burguesía. Me habló del cambio que habían sufrido estos hombres, que por cierto es indescribible. Algunos comisarios dicen que estamos siendo realmente inundados por la corriente de antiguos desertores que ahora se vuelcan al Ejército Rojo.”

Los días de la guerra de guerrillas exitosa llegaron a su fin cuando la Guerra Civil pasó de las pequeñas a las grandes operaciones, en frentes de trincheras. “El movimiento guerrillero”, escribía Trotsky en 1923 en un trabajo sobre el Ejército Rojo, “fue un arma necesaria y adecuada en el primer período de la Guerra Civil. La lucha contra la contrarrevolución que no había logrado formar ni poner en el campo de batalla masas armadas compactas, se llevó a cabo con la ayuda de pequeños cuerpos de tropas independientes. Este tipo de guerra exigía autosacrificio, iniciativa e independencia. Pero a medida que creció la guerra, gradualmente empezó a exigir organización y disciplina adecuadas. Entonces el movimiento guerrillero comenzó a volver su polo negativo hacia la revolución”.

El paso de las bandas guerrilleras al Ejército Rojo se realizó con grandes dificultades. Un número de bandas que se notaron a adaptarse a la autoridad central de los soviets fueron liquidadas por la fuerza. Entre ellas se contó el ejército guerrillero de Ucrania comandado por “papá Makhno”. Pero

otras bandas de guerrillas, incluyendo las dirigidas por Chapayev y Budyonny, gradualmente ocuparon su lugar en las filas del Ejército Rojo, luego de mucha vacilación y resistencia. Hubo por cierto una etapa temporaria e intermedia de “guerrillas regulares”, en la que bandas guerrilleras lucharon junto con las formaciones del Ejército Rojo, bajo un líder común y con planes de operaciones unificados.

La supresión del movimiento guerrillero se hizo aún más difícil por el hecho de que comenzaron a manifestarse tendencias guerrilleras al interior del Ejército Rojo, contagiando incluso a comunistas, especialmente los de origen campesino; muchos viejos soldados y suboficiales sucumbieron a esa influencia.

Entre los comunistas que introdujeron tendencias guerrilleras en el Ejército Rojo estaba Klim Voroshilov, bolchevique de 1905 y voluntario zarista en la Gran Guerra. Bajo su conducción surgió un grupo especial dentro del Ejército Rojo, conocido como la camarilla de los suboficiales porque estaba compuesta casi enteramente de militares de esas gradaciones intermedias. Su oposición a las autoridades militares centralizadas y más en particular al empleo de especialistas militares, a menudo tomó formas extremas, tales como la decisión de ignorar todas las órdenes dadas por ex-oficiales zaristas.

Esta decisión fue su respuesta a la designación del joven teniente de los guardias zaristas, Tujachevsky, en el comando del Primer Ejército Rojo. El 2 de junio de 1918 por orden del Consejo Revolucionario de Guerra y del gobierno soviético, se proclamó la movilización de todos los ex-oficiales, que fueron así convocados al servicio en el Ejército Rojo. Miembros de la camarilla de Voroshilov lanzaron altisonantes amenazas de matar al “oficial de la guardia”, por lo que Trotsky dio una orden, respaldada por Lenin, al efecto de que toda insubordinación contra oficiales designados por el Con-

sejo de Guerra Revolucionario fuera castigada con la mayor severidad.

Aunque las tendencias guerrilleras de la camarilla de los suboficiales ya no se expresaban tan abiertamente, no cesó la oposición a la concepción del Ejército Rojo de Lenin y Trotsky. Los puntos en debate pueden sintetizarse así:

- 1) Los sostenedores del punto de vista guerrillero se oponían al servicio militar obligatorio y estaban a favor de un sistema voluntario.
- 2) Estaban en contra del nombramiento de oficiales y a favor de su elección.
- 3) Estaban en contra del nombramiento de oficiales zaristas y a favor del principio de que todas las órdenes militares debían ser discutidas y aprobadas por las tropas antes de ejecutarse.

El siguiente punto también era sostenido en teoría por Voroshilov y sus amigos:

Un ejército centralizado es una institución de un estado imperialista. La Revolución debe asumirse aboliendo de inmediato y para siempre la guerra de trincheras y el ejército centralizado. Las operaciones pequeñas e irregulares constituyen la verdadera táctica de la revolución.

El error fundamental de los partidarios de la guerra de guerrillas era que llevaban su “teoría de la guerra revolucionaria” ni punto de tratar de aplicar sus formas organizativas y tácticas de combate a situaciones totalmente diferentes de las que las habían hecho necesarias o, en últimas, inevitables, para las unidades proletarias armadas, en una cierta etapa de desarrollo de la guerra de clases.

La construcción del nuevo ejército

El 12 de enero de 1918 el Consejo de Comisarios del Pueblo estableció un decreto concerniente a la “formación del Ejército Socialista” que debía construirse “desde abajo en base a los principios de elección de los oficiales y del mutuo respeto y disciplina entre camaradas”. Se definió del siguiente modo el objetivo de este ejército:

“El viejo ejército funcionó como un instrumento para la opresión de los trabajadores por la burguesía. Con la transferencia de la autoridad del estado a los trabajadores y las clases explotadas, surgió la necesidad de un nuevo ejército, que en el presente sirva de baluarte al régimen soviético, que sea un cimiento para el reemplazo en un futuro cercano del ejército actual por una fuerza armada del pueblo y una base para la Revolución Socialista en Europa.”

Al principio ese decreto sólo existía en el papel. Las primeras formaciones del Ejército Rojo no se crearon hasta el 23 de febrero de 1918, cuando las fuerzas del imperialismo alemán marchaban sobre Petrogrado; de modo que ese día puede ser considerado el cumpleaños del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. Al mismo tiempo el Comité Central del Partido Bolchevique y el Comité Ejecutivo de los Soviets aprobaron resoluciones nombrando a L. Trotsky Comisario del Pueblo para la Guerra y confiándole la tarea de organizar y dirigir las fuerzas armadas de la dictadura del proletariado en el momento de mayor peligro para el gobierno soviético.

Por el momento se mantuvo el sistema voluntario. La conscripción no podía implementarse hasta que cristalizaran las condiciones ideológicas y organizativas para su imposición. Esas condiciones debían ser: (1) Un cambio en el ánimo del campesinado, que estaba indescriptiblemente cansado de la

guerra. (2) La creación de un aparato administrativo en la capital y las provincias para encargarse de los hombres llamados bajo bandera.

El 22 de abril el gobierno soviético publicó un decreto instituyendo la “instrucción militar universal”. Este entrenamiento debía realizarse en las fábricas y otros lugares de producción y generalmente fuera de los horarios de trabajo. Los voluntarios estaban obligados a servir por seis meses.

El 10 de mayo el Ejército Rojo de voluntarios sumaba 306.000 hombres. 34.000 de los 50.000 guardias rojos fueron incorporados al nuevo ejército, mientras que los otros voluntarios venían en su mayoría de la antigua flota y ejército.

El 12 de junio la Unión Soviética movilizó las primeras cinco clases (1892-7) en cincuenta y un distritos de la zona del Volga, el área occidental de la Rusia europea y Siberia, es decir, en todos los distritos amenazados en forma inmediata por contrarrevolucionarios internos o externos. A fines de julio de 1918, fueron movilizadas exitosamente dos clases en Moscú y Petrogrado. En julio, el Quinto Congreso de los Soviets aprobó esta movilización como medida de emergencia y aceptó el plan de conscripción presentado por el Consejo de Comisarios del Pueblo. Pero hasta bien entrado 1919 esta movilización compulsiva se complementó con llamados a los miembros de varias organizaciones sociales a alistarse para el servicio voluntario.

Así encontramos llamados de las administraciones fabriles a los obreros, de los Comités de Campesinos Pobres a los campesinos y de los sindicatos y el Partido Comunista a sus miembros. Estos últimos eran de un carácter más o menos compulsivos, dado que la negativa a responder llevaba a la expulsión de las organizaciones cuya autoridad respaldaba los llamados. Hasta el 1 de octubre de 1919 se habían alistado alrededor de 180.000 miembros del partido, mientras que el

75 por ciento de las negativas a servir venían del campesinado.

También había estadísticas que revelaban deserciones de entre el 5 y el 7 por ciento en el frente. El número total de desertores durante el invierno de 1919-1920 fue de 2.846.000, de los que 1.543.000 volvieron al servicio en forma voluntaria cuando el gobierno soviético les garantizó inmunidad.

Sólo una parte de los hombres puestos bajo bandera pudieron ser armados; los registros de personal del Ejército Rojo se dividían por tanto en dos categorías: “comensales” y “combatientes”. Las cifras del Ejército Rojo en sus dos primeros años eran:

Fin de 1918 600.000 comensales
1-2-1919 1.000.000 comensales
1-1-1920 3.000.000 comensales
1-10-1920 5.498.000 comensales

Pero en el momento en que sumaba las mayores cifras, es decir en el otoño de 1920, el Ejército Rojo no contaba con más de 400.000-500.000 fusiles y espadas. Los hombres desarmados no pertenecían al “Ejército del Trabajo”, que fue formado en 1919 luego de la liquidación de varios frentes, sino que fueron incluidos en unidades distribuidas entre las formaciones en las que servían los hombres armados. En octubre de 1920 los 5.490.000 comensales estaban distribuidos como sigue:

2.600.000 en los distritos bajo control militar
159.000 en el Ejército del Trabajo
391.000 en el ejército de reserva
1.780.000 en el frente

Los restantes, sumando medio millón de hombres, estaban asignados a tareas de oficina, guardia, ferrocarril y transporte. Cuando se creó el frente polaco el mismo año, absorbió sólo 150.000 “combatientes” frente a 600.000 “comensales”, de modo que había cuatro soldados detrás de cada uno en el frente.

Esta desproporción entre los hombres armados y desarmados en el Ejército Rojo se debía fundamentalmente a la completa parálisis de la industria y la agricultura, las inmensas distancias que debían recorrer los transportes y la lucha contra los bandidos, lo que demandaba la retención de formaciones militares —aún desarmadas o semiarmadas— para ocupar y patrullar el interior del país y convertirlo en base de aprovisionamiento para el ejército.

Las fuerzas del frente eran casi totalmente autoabastecidas. En vista de la parálisis del sistema de transportes esto era una necesidad, pero sirvió para acentuar las diferencias entre obreros y campesinos, y eso se daba desafortunadamente en los puntos más vulnerables, es decir, inmediatamente detrás de las líneas del frente y sobre las líneas de comunicaciones, que generalmente se extendían sobre distancias de más de 200 kilómetros. Este hecho —que el Ejército Rojo se veía obligado a vivir de la tierra— era uno de los factores que motivaban las extremas vacilaciones del campesinado y de sus bandas guerrilleras independientes.

Las tropas del frente no eran sólo autoabastecidas en materia de raciones y parcialmente, por cierto, en cuestión de equipamiento, sino que también tuvieron que organizar y constituir sus cuerpos en el área del frente, donde hasta un cierto punto se autoabastecían en la cuestión de la fuerza humana necesaria para cubrir las bajas en sus filas. Esta creación de un ejército revolucionario prácticamente “bajo las balas del

enemigo” es descripto muy vívidamente por S. I. Gussev en su trabajo “Las lecciones de la guerra civil”.

“El tiempo ya no nos permitía organizar cuerpos militares en ninguna parte del interior del país. Todos los voluntarios y concriptos eran obligadamente incorporados a las tropas en el frente, especialmente al comienzo de la Guerra Civil. Los batallones eran convertidos en regimientos; los regimientos débiles se fusionaban, se formaban divisiones a partir de un solo regimiento. En el frente no nos limitábamos a dar batalla; también teníamos que encarar tareas organizativas tremendas. Se formaron ejércitos de reserva especiales detrás de la línea del frente a los que se asignaba la tarea de dar entrenamiento político y militar a los hombres venidos del interior del país. Quizás el rasgo más característico del ejército Rojo (que por cierto lo distingue de todos los ejércitos anteriores) fue el hecho de que dos tercios de sus tropas regulares fueran integradas, o al menos completaran su equipamiento, directamente bajo el comando del frente y no del Centro Militar Pan-ruso en el interior.

“El trabajo del estado mayor se limitaba a la movilización y a llevar estadísticas. Pese a todos los esfuerzos, el intento de formar un Ejército Rojo por medio de un poderoso aparato administrativo central fracasó desde el comienzo. Se dio lo opuesto, ya que el Ejército Rojo se formó con un aparato absolutamente descentralizado. Formaciones individuales surgieron en distintos sectores del frente y luego se amalgamaron gradualmente para formar un ejército centralizado. “La creación del Ejército Rojo por medio de un fuerte aparato centralizado es por tanto imposible, porque este centro poderoso no existe. El aparato militar de un estado proletario es siempre débil al principio. Es desastroso tratar de implementar una centralización a menos que uno cuente con un centro poderoso.”

Es por esta razón que Trotsky dice: “Todos los regimientos eran en sí mismos improvisaciones vivas y también lo era el ejército como un todo. Para nuestra tarea de construir el Ejército Rojo tuvimos que explotar las formaciones de la Guardia Roja, regimientos del ejército zarista, dirigentes campesinos y generales zaristas. En realidad, creamos al ejército con los materiales históricos a nuestra disposición e hicimos nuestro trabajo desde el punto de vista de un estado proletario luchando por su existencia, su consolidación y desarrollo”.

La diversidad de materiales característica de la primera fase de las fuerzas armadas de la revolución —diversos en relación a su organización militar, forma de armamento y métodos de combate y multiforme en cuanto a nacionalidad e ideología— fueron fundidos en la caldera de los cuatro años de guerra civil y la campaña polaca para formar un Ejército Rojo de Obreros y Campesinos homogéneo.

Capítulo II.

Los especialistas militares

Paralelos históricos

Toda gran revolución se ha visto obligada a crear, en el curso de una guerra civil y una guerra nacional de independencia, un nuevo ejército revolucionario sobre las ruinas del viejo ejército, el ejército de los opresores. Si la clase o partido revolucionario fracasa en esta tarea militar, si no puede conseguir el respiro necesario para mantenerse a través del doloroso período de transición en que no cuenta con un ejército, fracasa en la solución del problema que le plantea la historia

y está condenado a hundirse por un largo período (o quizá para siempre) en el vacío donde la historia no tiene nada que registrar.

En las Guerras Campesinas de Alemania, que estallaron en la primavera de 1525 como un rayo en cielo sereno, los campesinos, en cuanto fueron abandonados por la gente de las ciudades, dilapidaron sus fuerzas y así fueron derrocados por los ejércitos de la nobleza, a pesar de que tenían “los grandes batallones” de su lado. No sabían cómo fundir sus destacamentos dispersos en un ejército; fueron incapaces de resolver el problema de la conducción militar. El origen de los siglos de miseria que siguieron en Alemania y las manifestaciones del barbarismo de Hitler se remontan en última instancia al hecho de que la Rebelión Campesina (la condición previa más importante para una revolución cívica) no supo dar una respuesta satisfactoria a la cuestión militar.

El gran ascenso de la burguesía inglesa en los últimos siglos se debió a que Cromwell era su propia espada además de ser su ideólogo. Organizó el ejército del Parlamento Largo y pudo conducirlo a la victoria.

Al igual que la Revolución de Octubre, la Revolución Francesa se vio expuesta a una furiosa embestida de enemigos internos y ejércitos intervencionistas, durante su “doloroso período sin ejército”. Tuvo que improvisar sus propios ejércitos revolucionarios en el frente. Sus soldados estaban tan desnutridos y mal entrenados como los hombres del Ejército Rojo; su ropa estaba igualmente en jirones y su equipamiento en el frente era igualmente deficiente. Eran el “hazmerreír” de políticos y cronistas militares, que preguntaban: “¿Qué clase de soldados son éstos? ¡Una colección de vagabundos, mendigos y ladrones!”. Pero estos mendigos, estos guerreros

sans-culottes⁴ descalzos derrotaron a los ejércitos espléndidamente bien equipados que los gobernantes de Europa enviaron contra ellos. Un Winston Churchill de la época podría haber hablado de los “Catorce y más reyes” con la misma satisfacción que su sucesor moderno desplegó en 1919 cuando fanfarroneó sobre los “catorce estados” que se lanzaban contra la Revolución de Octubre.

La creación de un ejército revolucionario por una clase o un partido revolucionario en medio de una guerra nacional y civil no es, por tanto, un problema nuevo. No obstante, Lenin estaba en lo cierto cuando en el curso de un discurso pronunciado el 18 de marzo de 1919 en el Octavo Congreso del Partido Bolchevique, enfatizó el hecho de que “el problema que significaba crear un Ejército Rojo era algo nuevo. Hasta aquí ni siquiera se había planteado el problema desde el punto de vista teórico. Como lo ha dicho el compañero Trotsky, se tuvo que experimentar y hacer pruebas. Se trató de llevar a cabo esa misión en una escala mayor de lo que jamás nadie ha intentado en el mundo”.

¿Cuál es la novedad de esta creación de un Ejército Rojo en una escala sin precedentes en la historia? Debe buscarse en la clase especial del proletariado, que no era sólo explotado y oprimido políticamente por las clases dominantes, sino que también había sido desheredado culturalmente.

Los señores feudales entregaron a la burguesía su monopolio sobre la educación un tiempo considerable antes de la caída del viejo orden. Al menos perdieron el monopolio que poseían por el contacto estrecho con los monasterios y el clero secular, pero el proletariado, luego de haber conquistado el poder político y “expropiado a los expropiadores” en la esfera

⁴ Sans culottes: nombre que se le daba a las masas pobres parisienses durante la revolución francesa y que se utilizaba además para designar posiciones de izquierda.

económica, seguía en la esfera intelectual, en la esfera del conocimiento y la formación y en la esfera de la cultura, tan desheredado como había estado bajo el dominio burgués.

Esta dependencia intelectual se dio del modo más acentuado en el período inmediatamente posterior a la toma del poder, es decir, en los años en que la burguesía llevó a cabo sus esfuerzos más denodados y feroces por recuperar la autoridad perdida. El monopolio de un banquero puede destruirse en unas pocas semanas o incluso en horas, pero el monopolio educativo sólo puede superarse con un trabajo de años o incluso décadas y aún así sólo en base a un trabajo duro y sin respiro. Mientras tanto el proletariado no puede contar con otros maestros que los especialistas que hasta entonces han servido a la burguesía. Esta regla es válida para todas las ramas del saber y muy especialmente para el saber militar.

El primer gran intento, hecho por tanteo, del proletariado por tomar y mantener el poder político fue el experimento de la Comuna de París. El problema militar no fue una de las causas menores de su fracaso. En su trabajo histórico “La Comuna de París”, que apareció en 1880, Peter Lavrov pintó la incapacidad de los Comuneros para poner un ejército eficiente en el campo de batalla contra las fuerzas de la Asamblea de Versalles, con las siguientes palabras:

“Ni los socialistas ni los demócratas radicales, ambos surgidos de las filas de los pacíficos trabajadores y empleados, podían aportar especialistas militares. Las ocupaciones habituales y las tendencias generales del pensamiento de estos líderes de una revolución popular los hacían extraños a la técnica militar y no aptos para la tarea de controlar las acciones de líderes militares. El gobierno era incompetente para dirigir en cuestiones bélicas; en consecuencia se vio socavada la disciplina militar, mientras los líderes militares se veían privados de la posibilidad de rea-

lizar acciones rápidas y enérgicas en el momento mismo en que el destino de la Comuna dependía de la rapidez y energía de sus acciones.”

Lissagray, que combatió por la Comuna, describe del siguiente modo el estado de las tropas:

“La mayoría de los batallones no tenía jefes. Los cuadros de la Guardia Nacional estaban incompletos, mientras que los generales que tomaron la responsabilidad de dirigir a los 40.000 hombres nunca habían llevado a un batallón a la batalla. No cumplieron ni siquiera con los arreglos más elementales; no proveyeron artillería, carros de pólvora ni ambulancias. Un día hasta se olvidaron de dar órdenes, y así dejaron a sus hombres durante horas sin comida en una bruma fría y húmeda.”

Fue la experiencia de la Comuna de París la que llevó a Karl Kautsky a la conclusión de que “la guerra no es el punto fuerte del proletariado”.

Pero desde entonces había transcurrido casi medio siglo. El proletariado había aprendido mucho desde 1871, incluso en la esfera militar. Los soldados rusos surgidos de la clase obrera y el campesinado pudieron hacer un estudio práctico de la guerra en el conflicto ruso-japonés de 1904 y en la Primera guerra Mundial imperialista.

Pero la burguesía también había aprendido mucho. Las técnicas y tácticas militares habían sido extensamente desarrolladas, y al mismo tiempo el ejército ruso pre-revolucionario estaba muy por detrás de otros ejércitos modernos en esos aspectos, tanto como en las cuestiones importantes de la organización y la administración militar.

Mientras las fuerzas rojas rusas tenían que combatir sólo contra fuerzas rusas blancas organizadas y dirigidas por oficiales rusos, el atraso del viejo ejército zarista significaba de hecho

una ventaja para el ejército soviético, porque en sus propias filas contaba con ex-prisioneros de guerra, incluyendo soldados, oficiales subalternos e incluso algunos pocos oficiales de los ejércitos alemán y austro-húngaro. Lo que es más, se necesitaba menos tiempo y esfuerzo para llevar a soldados y oficiales individuales —incluso cuerpos completos— al nivel atrasado del ejército zarista, que al nivel más alto de un ejército moderno. Pero el atraso del viejo ejército era en sí mismo la causa de la extraordinaria dimensión del peligro representado por una intervención extranjera.

La creación de un cuerpo de oficiales calificados era cuestión de vida o muerte para la República Soviética. El Partido Bolchevique no se había preparado para enfrentar tal cuestión. En marzo de 1919, Lenin llamó la atención al hecho de que “los maestros del socialismo que previeron y profetizaron tantos eventos de la revolución social nunca debatieron la cuestión de la utilización de las reservas del conocimiento y la técnica burguesas acumulados por las peores formas de militarismo”.

Por cierto que Lenin sí había prestado cuidadosa atención a los problemas militares en los días previos a la revolución. El trabajo profundo de Clausewitz “Acerca de la Guerra” se convirtió en su libro de texto sobre formación militar y aplicó el sistema de pensamiento de su instructor a los problemas aparecidos en el arte de la insurrección armada y la guerra revolucionaria. Durante el período de su exilio en Suiza en los primeros años de la Guerra Mundial tradujo las memorias del general de la Comuna, Cluseret y las publicó con una introducción suya. Pero ni Cluseret ni los trabajos técnicos-militares de Friedrich Engels ni los de Bebel y Jaurés sobre la milicia se referían al problema básico de la creación de un Ejército Rojo o el empleo de especialistas militares para construir y dirigir las fuerzas armadas de la Revolución.

Los cuadros de oficiales proletarios

En los primeros meses que siguieron a la Revolución de Octubre y especialmente en el período inmediatamente anterior a Brest-Litovsk, los oficiales de la Guardia Roja provenían casi exclusivamente de los cuadros militares bolcheviques y de los suboficiales del viejo ejército. Estos hombres formaron el núcleo inicial de oficiales del Ejército Rojo regular.

Los suboficiales del viejo ejército frecuentemente fueron elegidos como representantes en los Consejos de Soldados durante la Revolución de Febrero. Aprendieron a comandar grandes formaciones militares y así el poder soviético pudo contar con un núcleo central de líderes leales a él. Pero durante los años de guerra estos suboficiales se habían visto obligados a limitar su actividad a la esfera de la organización y la táctica militar en unidades que iban de pelotón a compañía. El resultado era que a menudo tenían buen ojo para el trabajo táctico, pero la capacidad que poseían para convertir hordas armadas en unidades militares y conducir esas unidades era más o menos equivalente a la capacidad que podía tener un campesino de las regiones más atrasadas. Cuando se los promovía al mando de ejércitos, conservaban la visión limitada de un cabo.

Los comandantes del ejército más importantes surgidos de las filas de los viejos suboficiales zaristas son los actuales mariscales Blücher, Voroshilov y Budyonny, a quienes se puede agregar el líder guerrillero Chapayev, muerto en 1919. Budyonny fue soldado en la guerra ruso-japonesa y llegó a sargento mayor en la Guerra Mundial.

La mayoría de los trabajadores militares bolcheviques adquirieron conocimiento y capacitación como líderes del ejército en un tiempo sorprendentemente corto, pese al hecho de que no habían cumplido ningún servicio militar previo. Estos “civiles” tenían una gran ventaja por sobre los suboficiales: su visión no se veía restringida por el punto de vista del cabo y eran bien conscientes de su falta de conocimientos militares. El suboficial que había servido en el frente a menudo se consideraba dominador de toda la sabiduría militar, porque se había demostrado superior a su teniente o capitán en las tareas prácticas de su compañía.

Los trabajadores militares generalmente llegaron al alto mando por promoción desde las filas de los comisarios de guerra o los consejos de guerra revolucionarios. Los comandantes militares más exitosos surgidos de las filas de los viejos trabajadores militares bolcheviques son Antonov-Ovseyenko, Frunse, el sucesor de Trotsky en el Comisariado de Guerra, Yakir, el comandante en jefe del Distrito Militar de Ucrania, quien fue fusilado junto a Tujachevsky en mayo de 1937, Georgi Piatakov, que sirvió en los consejos revolucionarios de guerra de varios ejércitos y fue fusilado en enero de 1937, Smirnov, que sirvió en los consejos revolucionarios de guerra para los frentes este y sud-este, el frente occidental en la guerra polaca y el frente del Cáucaso y murió en una de las prisiones de Stalin, e Ivan Smilga, a quien Lenin y Trotsky enviaron a presidir un consejo revolucionario de guerra tras otro, siempre que la situación se ponía crítica en uno u otro frente. Su nombre está ligado a muchas grandes victorias del Ejército Rojo, pero fue fusilado en enero de 1937.

Naturalmente, el número de suboficiales y viejos trabajadores militares proletarios era demasiado pequeño para llenar todos los puestos de mando en el ejército de 5.000.000 de hombres. Lo que es más no estaban en condiciones de tener éxito en la organización, entrenamiento y conducción de ejércitos sin la

ayuda de expertos. Ya en la primavera de 1918 se fundaron escuelas militares con el objeto de proveer más cuadros de oficiales proletarios, pero aún éstos estaban muy lejos de llenar los huecos. Trotsky nos ha dado la siguiente descripción de ellos:

“En el primer período las escuelas militares mostraban los signos de la debilidad general de nuestra organización militar. Los cursos breves, que duraban pocos meses, sólo podían producir soldados regulares para un Ejército Rojo, pero ningún comandante. Sin embargo, dado que en aquel entonces se estaba enviando grandes masas de hombres al frente, la mayoría de los cuales nunca había manejado un fusil hasta su entrenamiento, estos hombres del Ejército Rojo que habían recibido un curso de cuatro meses debieron hacerse cargo, no simplemente de pelotones, sino de medias compañías e incluso compañías enteras.”

Pero las escuelas militares no podían lograr ni siquiera estos débiles resultados sin emplear un número considerable de oficiales del viejo ejército.

Los oficiales del viejo ejército

La cuestión del empleo de especialistas militares en un ejército creado por la dictadura del proletariado es viejo. Es parte del problema que surge de la relación del partido revolucionario con la clase media en general y con los expertos y científicos burgueses en particular.

La oficialidad rusa nunca fue un cuerpo homogéneo y compacto de hombres. Siempre habían existido en su seno fuertes tendencias revolucionarias al lado de las reaccionarias. Siem-

pre hubo oficiales en el campo revolucionario en todas las luchas políticas y sociales encaradas por el pueblo ruso.

Eran oficiales los líderes de la Rebelión Decembrista de 1827, que se proponían el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de una república democrática. También hubo oficiales que cumplieron papeles dirigentes en la gran insurrección campesina en la segunda mitad del siglo pasado. En los años setenta del siglo pasado el famoso narodniki Shelyabov, que era descendiente de esclavos, se las arregló para atraer a su lado a un número de oficiales de San Petersburgo, incluyendo vanos de alto rango, que se unieron al pueblo en la lucha contra la servidumbre y el zarismo y por la revolución terminaron sus vidas en el patíbulo. Las tradiciones de la oficialidad rusa también dan vida inmortal al nombre del teniente Schmidt, quien comandó a los soldados de la flota del Mar Negro en su motín de 1905, y fue finalmente juzgado por una corte marcial y fusilado.

En los primeros días de la Revolución de Octubre numerosos oficiales (especialmente de los mandos inferiores) ofrecieron sus servicios al partido del soviét. El mejor de entre estos oficiales progresivos era M. N. Tujachevsky, que venía de una vieja familia aristocrática descendiente de los condes de Flandes. Uno de los antecesores de Tujachevsky era el hijo de un conde de Flandes que desapareció luego de luchar como cruzado en Tierra Santa. Por mucho tiempo no se supo nada de él, hasta que hizo una repentina aparición en el distrito de Odessa, acompañado de una joven esposa turca. Allí entró al servicio de un príncipe ruso, que le dio el dominio del pueblo de Tujachev.

El joven Tujachevsky creció con las ideas de la Revolución Francesa y de los decembristas y narodniki. Egresando de la Escuela Militar en 1914, fue enviado al frente como subte-

niente al comienzo de la Guerra Mundial. En 1915 fue tomado prisionero por los alemanes.

Al triunfar la Revolución de Febrero intentó una y otra vez escapar. No tuvo éxito hasta su quinto intento, cuando escapó de la fortaleza de Ingolstadt, en Bavaria. En la víspera de su fuga le dijo a un prisionero francés: “En un año seré general o seré cadáver”.

El joven y popular teniente de la Guardia fue elegido comandante de la compañía por sus hombres a poco de su arribo a Petrogrado. Entonces se presentó a Sklansky, que era por entonces el representante de Trotsky. Reconociendo su gran talento militar y carácter recto, Trotsky le dio un puesto en la Sección Militar del Comité Ejecutivo Central de los Soviets. Más tarde encontramos a Tujachevsky a cargo de la organización y comando supremo del Primer Ejército Rojo cuando la Legión Checoeslovaca se levantó contra los soviets en mayo de 1918.

Miles de oficiales subalternos entraron al Ejército Rojo junto con Tujachevsky; no pasó mucho tiempo antes de que algunos de ellos estuvieran comandando divisiones, cuerpos y ejércitos. Además de Tujachevsky podemos mencionar entre los que se distinguieron a los siguientes:

Ubovitch, quien comandó el 14, 11 y 13 Ejércitos Rojos en la campaña contra Denikin y Wrangel en 1919 y 1920 y tenía el mando supremo de los ejércitos revolucionarios del lejano oriente en 1921-1922, cuando completó la liberación de ese área de los guardias blancos y los japoneses con la ocupación de Vladivostok. Fue fusilado en mayo de 1937.

Primakov, quien después de Budyonny, fue el mejor comandante de caballería de la Guerra Civil, dirigió divisiones de caballería roja en todos los frentes. Al final de la Guerra Civil fue puesto a cargo de la Escuela de Comando del Kremlin;

más tarde actuó como segundo comandante del distrito militar de Ucrania. También cayó fusilado en mayo de 1937.

Putna, un gran héroe de la Guerra Civil, que comandó una división en la campaña polaca y fue fusilado, junto con su antiguo jefe, Tujachevsky, en mayo de 1937.

Uno de los primeros oficiales de comando que ofreció sus servicios al Ejército Rojo fue el oficial zarista coronel S. Kamenev, que venía de una vieja familia militar. Luego de distinguirse en el servicio en un número de altos cargos, fue nombrado Comandante en Jefe de todas las fuerzas de la república el 1 de junio de 1919. Cuando terminó la Guerra Civil, se convirtió en inspector del Comando del Ejército Rojo, luego comandante en jefe y, en mayo de 1927, vicepresidente del Consejo de Guerra Revolucionario, puesto que retuvo hasta que fue reemplazado por Tujachevsky.

Entre los restantes oficiales del alto mando, la mayoría de los cuales eran originariamente *Polkovniki* (coroneles al mando de regimientos) podemos mencionar a Vazetis, que fue el primer Comandante en Jefe de las fuerzas armadas de la República, pero se convirtió en 1919 en instructor en la Academia de Guerra del Estado Mayor; Kork, un ex estudiante en la Academia de Guerra zarista, quien comandó un ejército durante la Guerra Civil, llegó a director de la Academia de Guerra, y luego fue fusilado en mayo de 1937; Yegerov, el sucesor de Tujachevsky, que comandó un ejército con gran mérito en el frente sur durante la Guerra Civil; Shaposhnikov, que no entró al Ejército Rojo hasta un tiempo después y no ocupó puestos de mando en la Guerra Civil, durante la cual se lo empleó en tareas de mando en la base. Desde la ejecución de Tujachevsky y otros comandantes del Ejército Rojo, Shaposhnikov, Yegerov y Voroshilov han sido los principales jefes del Ejército Rojo.

Los sentimientos patrióticos fueron el principal motivo que indujo a un número de oficiales del viejo ejército a ofrecer sus servicios de buena fe al gobierno soviético al que habían sido hostiles hasta entonces. Llegaron a comprender que la liberación nacional de Rusia estaba indisolublemente ligada al poder soviético y vieron que todas las “asociaciones patrióticas” que luchaban contra los soviets se veían obligadas a convertirse en agentes de potencias imperialistas, que querían poner sus manos sobre los campos de maíz y las reservas de petróleo y minerales del suelo ruso.

En su trabajo titulado *Trotsky y el Ejército Rojo*, publicado en 1923, Karl Radek describe sus experiencias con un experto militar que acompañó a la delegación rusa a la conferencia de Brest-Litovsk. Al principio su actitud y la de sus compañeros oficiales hacia los delegados dirigidos por Trotsky era algo peor que fría. Pensaban que habían sido arrastrados allí como partícipes involuntarios en una comedia pre-acordada, porque consideraban a los bolcheviques agentes del imperialismo alemán. Pero según nos cuenta Radek: “Tan pronto como Trotsky comenzó a oponerse a las exigencias del imperialismo alemán en nombre de los principios de la Revolución Rusa, la desconfianza inicial de los expertos militares rusos cedió de día en día. Aún puedo recordar la noche en que el almirante Altvater vino a mi cuarto y dijo con toda sinceridad: ‘Vine aquí forzado. No confiaba en ustedes. Pero ahora los voy a ayudar y cumpliré con mi deber como nunca antes, porque sinceramente creo que voy a estar sirviendo a mi país al hacerlo’”.

Cuando Pilsudsky marchó con sus fuerzas sobre territorio ruso en 1920 sin ninguna declaración de guerra, y ocupó parte de la Ucrania, un lisiado de barbas blancas vino a las puertas del Kremlin e insistió en entrevistarse con Kalinin, Trotsky o algún otro miembro del gobierno. Al principio se negó a dar su nombre al centinela, diciendo simplemente que era un ex

oficial del ejército que deseaba ofrecer sus servicios al Ejército Rojo.

Era Brussilov, ex comandante en jefe del ejército zarista. Viviendo en la clandestinidad en una casa privada en Moscú en la Guerra Civil, fue gravemente herido por una granada y a consecuencia de ello perdió una pierna. Esto le salvó la vida porque de otro modo habría sido fusilado por los guardias rojos, que lo consideraban responsable por las masacres de la guerra imperialista.

Por mucho tiempo vivió en completa reclusión, pero su patriotismo lo empujó a los brazos del gobierno soviético. Trajo consigo una copia de una proclama llamando a todos los ex oficiales a unirse al Ejército Rojo y a ayudar a liberar al país de los invasores extranjeros.

Trotsky nombró a Brussilov presidente del Consejo de Guerra Especial, adjunto al Comandante en Jefe del Ejército Rojo. Subsecuentemente este veterano sirvió como inspector de caballería desde 1922 hasta 1924 cuando se retiró. En 1925 murió y se le hizo un funeral de estado, siendo su cuerpo llevado en una cureña. Cuando se habían disparado tres salvas, los sacerdotes se hicieron cargo de su cuerpo y lo enterraron en un monasterio con los ritos de la Iglesia Ortodoxa.

El general Nikolayev, oficial del viejo ejército zarista, fue hecho prisionero en 1919 por el general Yudenitch en la vecindad de Petrogrado, cuando dirigía tropas del Ejército Rojo. Yudenitch quiso tomarlo a su servicio; lo mandó llamar y le ofreció su mano. Pero Nikolayev se negó a estrechar la mano de “un verdugo del pueblo ruso y agente de los intervencionistas”. Por lo que Yudenitch lo condenó a la horca y cuando le ponían la soga al cuello, Nikolayev exclamó: “¡Viva el Ejército Rojo! ¡Declaro que he servido a los obreros y campesinos hasta mi último aliento!”.

El mayor número de ex oficiales fue incorporado al Ejército Rojo por medio de una movilización compulsiva. En 1924 uno de estos hombres, que por entonces comandaba una división del Ejército Rojo, me contó la historia de su carrera.

Ya era coronel del ejército ruso cuando sirvió como voluntario con los franceses en la Gran Guerra. En 1916 comandó una división marroquí en Verdún. Obtuvo la Cruz de la Legión de Honor y muchas otras distinciones que se le otorgaron por su valor. Cuando cesaron las hostilidades entre Alemania y Rusia, volvió a casa y vivió calladamente en Samara. Fue arrestado en el invierno de 1918-19.

Todos los días los hombres del Ejército Rojo sacaban prisioneros de las celdas comunes y los fusilaban. Un día fue incluido su nombre en el llamado de la mañana y fue llevado con unos veinte ex oficiales a un camión, que salió del pueblo. Los prisioneros estaban convencidos de que iban a ser fusilados, pero el camión paró frente a un edificio, donde hombres armados los escoltaron hasta una oficina. De allí fueron llevados uno por uno a un cuarto adyacente, del que no volvían.

Por fin le tocó el turno a mi amigo. En el cuarto adyacente fue recibido por un comisario rojo, a cuyo lado estaba un obrero, con una campera de cuero, un fusil a la espalda y un revólver en el cinturón. El comisario le entregó un documento que resultó ser una copia del decreto de Trotsky para la movilización de los ex oficiales. El coronel firmó una declaración jurada manifestando que serviría fielmente a la Unión Soviética y al Ejército Rojo. Se le informó entonces que su mujer y su familia serían responsabilizados de cualquier traición que cometiera.

Tres minutos más tarde el coronel zarista estaba sentado en un automóvil como comandante de un regimiento de fusileros rojos. Junto a él estaba sentado el comisario del regimiento,

que resultó ser el obrero con la campera de cuero. Camino al frente este último describió el estado del regimiento; no había conducción adecuada ni disciplina; no había suficientes fusiles. Los soldados rojos desconfiaban mucho de todos los antiguos oficiales zaristas, y como el comandante debía esperar una obstinada resistencia por parte de los suboficiales que hasta entonces habían ocupado todos los puestos de mando en el regimiento.

El coronel llegó esa misma noche a su regimiento. Dos días más tarde entró en combate. El coronel, que hasta entonces no se había hecho notar, tomó un fusil y atacó las posiciones enemigas al frente de sus hombres.

Ahí se terminó la oposición al oficial zarista. Luego de la batalla los soldados cargaron al “comandante rojo” sobre sus hombros hasta el mercado, donde hicieron un acto en su honor. Este ex coronel zarista fue promovido por su valor al comando de una división y más tarde dirigió un cuerpo de ejército y recibió dos “Ordenes de la Bandera Roja”.

Muchos oficiales zaristas traicionaron al Ejército Rojo, incluyendo algunos que se ofrecieron como voluntarios. En una asamblea de 3000 especialistas militares en Petrogrado en octubre de 1919, Zinoviev describió un caso típico:

“Conocí a Neklyudov cuando era el oficial rojo al mando de Krasnaya Gorka. Era entonces un hombre joven de una buena y vieja familia que había dado muchos liberales en los reinados de Alejandro II y Alejandro III. El había ayudado a construir esa fortaleza y tengo que creer que quería cada piedra de Krasnaya Gorka. En los días del zarismo era una quinta rueda del carro, ya que los viejos burócratas no querían que un descendiente de ancestros liberales fuera promovido. Bajo el gobierno soviético fue puesto a cargo de Krasnaya Gorka. Allí tuvo la posibilidad de aplicar su talento: recibió toda la ayuda que podía necesitar para avanzar. ¿Cómo podíamos entonces

esperar una traición de tal hombre? ¿Pero saben lo que hizo? Entregó Krasnaya Gorka a los guardias blancos fineses.”

El coronel M. A. Muraviov fue otro traidor. De él también se esperaba todo, menos una traición. Durante la Revolución de Octubre estuvo al mando de las fuerzas rojas que el Consejo Revolucionario de Guerra envió contra el general Krasnov, que avanzaba sobre Petrogrado. Luego tuvo mando en el frente rumano, y más tarde fue nombrado comandante en jefe de las tropas rojas en Ucrania. En el verano de 1918 el gobierno soviético lo nombró comandante en jefe de las fuerzas en los distritos del Volga y los Urales.

Esto fue por la época de la rebelión checoeslovaca contra las autoridades soviéticas. La base más importante de operaciones para las fuerzas rojas era la ciudad nativa de Lenin, Simbirsk. Muraviov entró a esta ciudad con un destacamento de tropas que lo querían personalmente y que contaban con una oficialidad social revolucionaria de izquierda; allí invitó a los principales bolcheviques a encontrarse con él, los arrestó e hizo arreglos para arrestar a Tujachevsky, que por entonces estaba al mando del 1er. Ejército Rojo. Pero este último, que fue protegido por sus propios hombres, organizó la resistencia a esta traición.

Muraviov dio una proclama: “Paz con los checos que son nuestros hermanos eslavos. ¡Guerra a Alemania!”. No tardó mucho en ser arrestado y fusilado, pero por un tiempo su traición causó tal desorganización en el ejército, que Simbirsk cayó en manos de los checos y los Blancos.

Muchos oficiales cometieron actos de traición porque su conciencia de clase burguesa era más fuerte que sus sentimientos patrióticos. A menudo se produjeron deserciones a las fuerzas imperialistas, pero los bolcheviques evaluaron tales traiciones como un inevitable “gasto improductivo” en el que incurría el

proletariado en su trabajo de construcción de su ejército clasista.

Los comisarios políticos

Las autoridades soviéticas buscaron reducir estos “gastos improductivos” al mínimo por medio de los comisarios políticos que iban como agregados de los antiguos oficiales. En primer lugar buscaron disipar la desconfianza natural de los soldados rojos hacia el empleo de especialistas militares, imponiendo que todo oficial zarista fuera acompañado por un comisario, que tenía que aprobar todas las órdenes del oficial de mando antes de que la misma se ejecutara. El comisario era, en realidad, el representante directo del gobierno soviético en el ejército.

El comando de frentes y ejércitos se le encargaba a “Consejos Revolucionarios de Guerra” compuestos de un oficial de mando y uno o dos comisarios. Había comisarios en cada cuerpo y división, mientras que otros iban agregados a las unidades más pequeñas, llegando hasta el batallón y a veces incluso hasta las compañías.

Las funciones de los consejos revolucionarios de guerra y los comisarios eran esencialmente las mismas, aunque en diferentes ubicaciones. A los comisarios no les estaba permitido interferir con el trabajo de mando ni en las cuestiones tácticas, y en todas las cuestiones relativas a operaciones de guerra estaban obligados a firmar aún aquellas órdenes que no aprobaban; en tales casos, sin embargo, tenían derecho a protestar ante una autoridad superior. En todas las demás esferas, el comisario tenía voz y voto a la par del oficial de mando.

Lógicamente, a menudo había fricciones entre ambos, dado que era imposible trazar una línea divisoria entre los poderes de uno y otro. Demasiado frecuentemente este tipo de fricciones limitaron por un tiempo las actividades de grandes unidades de tropas. La orden de ejército dada por Trotsky el 5 de agosto de 1918, en un período en el cual la función de comisario recién comenzaba a incorporarse como una pieza del funcionamiento habitual del ejército, es ilustrativa del modo en que él enfrentaba tales dificultades. Dice así:

“Respeto de la participación de oficiales en rebeliones de guardias blancos, advierto que últimamente han aumentado las fricciones entre comisarios y jefes militares. Por las evidencias que dispongo resulta claro que los comisarios a menudo toman un curso de acción equivocado, ya sea usurpando funciones operativas y de mando o envenenando las relaciones entre oficial y comisario por una política de regateo menudo llevado a cabo con un espíritu de rivalidad indigna. Al mismo tiempo a menudo sucede que la presencia del comisario no impide la desertión del comandante militar al enemigo.

”En vista de estas circunstancias debo poner los siguientes hechos a la atención de todos los comisarios:

“(1) Un comisario no está en su puesto para dar órdenes sino para observar. Debe observar con cuidado y agudeza.

”(2) El comisario debe actuar con respecto hacia los expertos militares que cumplen su deber a conciencia, y deben proteger sus derechos y dignidad humana con todos los medios de la autoridad soviética.

”(3) Un comisario no debe provocar peleas, pero si encuentra que es necesario intervenir, su intervención debe ser efectiva.

”(4) Las faltas contra esta orden estarán sujetas a severas penas.

”(5) Un comisario que falle en evitar la deserción de un oficial de mando responderá por su negligencia con su vida.”

De conjunto los comisarios aceptaron su participación como accesorios necesarios para la utilización de oficiales zaristas en la organización y el comando del Ejército Rojo. “Sólo la feliz combinación de un comunista y un oficial de estado mayor asegurará una eficiencia del 100 por ciento en la conducción”, escribió el ex oficial de estado mayor zarista y comandante del Ejército Rojo, S. Kamenev, en una orden de ejército dada en 1920.

La función de comisario fue concebida como una medida temporaria que debía volverse innecesaria con la creación de un cuerpo de oficiales soviéticos confiables.

Estadísticas

Podemos advertir la magnitud del problema que significó el empleo de oficiales zaristas en el Ejército Rojo —y que fue resuelto exitosamente por Lenin y Trotsky— sólo con el estudio de estadísticas relativas a los oficiales que sirvieron en el ejército durante la Guerra Civil.

Cuando se derrumbó, el viejo ejército zarista dejó una herencia de unos 500.000 oficiales de todos los grados. A primera vista estas cifras pueden parecer excesivas, especialmente si se compara con las cifras actuales en tiempos de paz y si se olvida las dimensiones vastas a las que llegó el ejército zarista en la Guerra Mundial.

En 1917 el número de hombres en las fuerzas zaristas alcanzó un total de 12.000.000, ya que debemos deducir 7.000.000 de bajas de los 19.000.000 movilizados. Si incluimos todos los

oficiales en el comando en jefe y la administración militar, llegamos así a una proporción de un oficial cada veinticuatro hombres en el ejército zarista.

De acuerdo con los materiales aportados por el capitán Peter Wright en su trabajo “En el Consejo de Guerra Supremo”, la totalidad del ejército británico, incluyendo tropas de color pero excluyendo batallones de trabajo, se componía de 220.770 oficiales y 4.761.484 soldados, por lo que encontramos un oficial por cada 21 hombres.

De acuerdo a las estadísticas del Comando en Jefe ruso, unos 200.000 de los 500.000 oficiales del ejército zarista sirvieron del lado de los blancos o en los ejércitos de intervención durante la Guerra Civil. Podemos estimar el número de los que sirvieron en el Ejército Rojo en unos 100.000, incluyendo los *Praportshiki* (subtenientes). El número de oficiales que servían en las ramas de combate y administración del Ejército Rojo al 1 de enero de 1919, sumaba 165.113 personas de todas las gradaciones que habían servido en el viejo ejército, de acuerdo a las estadísticas del estado mayor.

El 15 de mayo de 1920 el Ejército Rojo incluía:

214.717 *Praportshiki* y suboficiales

48.409 Oficiales del grado de teniente hacia arriba

10.339 Funcionarios militares

13.949 Doctores y veterinarios

26.766 Otro personal sanitario

Total de 314.180 especialistas militares del viejo ejército.

Para fines de diciembre de 1920 las escuelas militares rojas habían provisto 39.914 oficiales subalternos para el ejército,

que por entonces ya contaba con 130.000 oficiales y 315.747 suboficiales y funcionarios militares.

En vista de este empleo masivo de ex oficiales zaristas en el Ejército Rojo, surge naturalmente la pregunta de por qué era necesario demoler el edificio del viejo ejército completamente, no dejando una piedra sobre otra, por decirlo así, y luego usar esas mismas piedras para la laboriosa construcción de un nuevo edificio. ¿Por qué hubo que aplicar la receta bolchevique de desintegración del ejército en vez de reformarlo por medio de una profunda democratización?

La respuesta es que el reclutamiento de un cuarto del total de oficiales zaristas para un ejército socialista no era una tarea matemática sino política. Era necesario que la Revolución obtuviera suficiente poder como para llevar a algunos de estos oficiales de su lado e imponer el servicio compulsivo de otros, antes de poder reclutarlos a todos a un ejército revolucionario, asegurándose de que allí servirían a los intereses del proletariado, en vez de poner al proletariado el uniforme para servir a los intereses de las clases explotadoras.

Cuando Mechonoshin, un miembro del Colegio de Comisarios de Guerra, visitó el Ministerio de Guerra poco después de la Revolución de Octubre, fue recibido por el general Babikov en estilo militar. Todas sus preguntas y objeciones fueron recibidas con un lacónico y militar “Sí”. Mechonoshin dejó la oficina de guerra con la convicción cierta de que “este aparato no puede ser remodelado. Es más fácil que nos cambien que sean cambiados por nosotros. Es el sistema lo que tendremos que demoler. Debemos preservar cuidadosamente y separar todo lo que tiene de valioso, de modo de poder usarlo cuando construyamos el nuevo aparato y nuestra nueva organización militar”.

La generalización y amplificación de Lenin de este juicio empírico presentado por un trabajador bolchevique al estilo

de Mechonoshin debe servir como guía para la línea de acción a seguir por el proletariado socialista: “Sólo podemos mantenernos en el poder apropiándonos de toda la experiencia cultural y técnica adquirida por el capitalismo progresista y poniendo a nuestro servicio a todos los representantes de esa experiencia. Nuestro Ejército Rojo obtuvo victorias militares sólo debido a que nos las arreglamos para resolver este problema”.

Capítulo III.

Cuatro años de guerra civil e intervención extranjera⁵

Analogías históricas

El conflicto armado con la contrarrevolución interna comenzó aún antes de la toma del poder por los bolcheviques. Cuando el general Kornilov marchó en agosto de 1917 sobre Petrogrado, su golpe principal iba dirigido contra el proletariado socialista en ascenso más que contra la democracia burguesa tambaleante. Pero la dura lucha por la autopreservación y la consolidación y extensión de la Revolución de Octubre, que duró cerca de cuatro años, no comenzó hasta después de la fácil victoria de octubre de 1917.

La Guerra Civil, que torturó al país hasta la médula y cobró innumerables víctimas, no fue un fenómeno peculiar de la Revolución Rusa. “La historia no ofrece ningún caso de una revolución que pueda considerarse un hecho acabado al con-

⁵ Ver también Apéndice II: Crónica de la guerra civil.

quistar su primer éxito, o que permita a los rebeldes dormirse sobre sus laureles cuando culmina.” Con estas palabras Lenin no hizo otra cosa que pronunciar una verdad histórica que es tan vieja como las clases y la guerra de clases.

Siempre hay algo fascinante en las analogías históricas entre revoluciones. A menudo se trazan paralelos entre las revoluciones rusa y francesa: se reduce demasiado fácilmente a un común denominador las guerras revolucionarias que debió combatir cada país luego de derrocar al viejo régimen, y su comienzo y conclusión. Sin embargo, debemos “utilizar tales analogías con el mayor cuidado”, como lo señaló Trotsky correctamente en su *Doctrina Militar* (1921), “porque de otro modo —agrega— los parecidos superficiales pueden llevarnos a olvidar las diferencias materiales”. La crítica de Trotsky es tanto más instructiva por cuanto ahora no ha seguido sus propios consejos, como se advierte en su comparación poco cuidadosa entre el stalinismo y el bonapartismo, sobre la base de parecidos superficiales. No toma en cuenta el hecho de que las bases materiales socio-económicas del bonapartismo se encontraban en la destrucción de la producción a pequeña escala, en tanto que el stalinismo ha llegado al poder sobre la base económica del monopolio estatal.

En el trabajo ya citado, Trotsky escribe: “Al referirnos a las guerras revolucionarias, muy a menudo estamos influenciados por el recuerdo de las guerras de la Revolución Francesa. A partir de ahí olvidamos que a fines del siglo XVIII Francia era el país más rico y más civilizado del continente europeo, mientras que la Rusia del siglo XX era el país europeo más pobre y atrasado. La tarea revolucionaria del Ejército Francés fue mucho más superficial que las tareas revolucionarias que nosotros tenemos por delante. En aquellos tiempos el objetivo principal era el derrocamiento de los ‘tiranos’ y la abolición o modificación de la servidumbre feudal. Nuestra misión, en

cambio, es la destrucción completa de la explotación y la opresión clasista”.

La pobreza y el atraso relativos y absolutos de Rusia se combinaron con la sustancia material y socio-política de la revolución proletaria para estamparle su propia y particular impronta a la Guerra Civil rusa. La gran mayoría de la población rusa pertenecía a la clase media baja, mientras que según las últimas estadísticas previas a la guerra, 86,5 por ciento de esta población vivía en el campo y sólo un 13,5 por ciento en las ciudades.

“Rusia es tan grande y variada —escribió Lenin en una polémica con los comunistas de “izquierda” en mayo de 1918— que se entremezclan los más variados tipos de condiciones sociales y económicas. Tenemos (1) el sistema campesino patriarcal que en una muy gran medida es una economía natural; (2) el sistema económico del pequeño comerciante (que incluye a la mayoría de los campesinos que venden pan); (3) el sistema económico privado del capitalismo; (4) capitalismo de estado; (5) socialismo (desde la victoria de la Revolución de Octubre). La principal guerra socio-económica se convertirá en una lucha de la baja clase media más el capitalismo privado contra el capitalismo de estado y el socialismo.”

Un estudio de esta estructura socio-económica de Rusia revela la futilidad de las comparaciones históricas entre los objetivos, tendencias y desarrollos degenerativos (Thermidor) de la Revolución Francesa y la Revolución de Octubre.

De la paz de Brest-Litovsk a la intervención de la Entente

Luego de las victorias de la Revolución en Petrogrado y Moscú, la autoridad del gobierno soviético se derramó por

toda la vasta región como un poderoso torrente que arrastra todo a su paso. Los soviets en las ciudades y el campo quedaron bajo la dirección de los bolcheviques, a los viejos funcionarios se los echó, los trabajadores tomaron posesión de las fábricas, y los campesinos se apoderaron de las tierras de la corona, la iglesia y los terratenientes. Cuando se presentaron manifestaciones de resistencia local, fueron contenidas por pequeñas fuerzas de choque de la Guardia Roja o destacamentos de soldados revolucionarios enviados desde la capital o actuando por su cuenta. Esta fuerza elemental de la primera ola revolucionaria produjo pánico en el campo de la contrarrevolución y una parálisis temporaria de todas las fuerzas hostiles a la revolución.

La única oposición que se mantuvo fue la de la Rada de Ucrania, que era más o menos afín al gobierno de Kerensky en su aspecto político, pero con fuertes rasgos separatistas nacionalistas ucranianos. Incluso, luego de la victoria de la revolución proletaria, los siglos de opresión por los gran rusos se demostraron un obstáculo para el desarrollo de un movimiento de independencia de clase en las filas del proletariado de las razas oprimidas.

La Rada aún mantenía su dominio en Kiev, la vieja capital ucraniana situada en medio de los llanos, pero se había formado un Comité Ejecutivo Central de los Soviets en Khar-kov, el centro del área industrial y minera de Ucrania y gradualmente extendía su poder hacia el oeste. Ambos cuerpos enviaron delegaciones de paz a Brest-Litovsk, pero durante la negociación tropas soviéticas ocuparon Kiev el 8 de febrero de 1918 y el gobierno de la Rada huyó a Zhitomir. Los representantes del imperialismo alemán y austro-húngaro entonces firmaron un tratado con este gobierno sin tierra, el cual, como lo dijo Trotsky, “no tenía más territorio como base que la ciudadela de Brest-Litovsk”. Pensaban que de este modo presionarían a la delegación soviética rusa; lo que es más, había

razones de política interior que hacía ansiar a los imperialistas poder ofrecer a sus pueblos una “paz” como estímulo para la “prosecución de la guerra hasta una victoria final”.

Por el momento la maniobra alemana no podía modificar el destino de la Rada. Ucrania estaba ocupada por tropas rojas dirigidas por Antonov-Ovseyenko y Georgi Piatakov, convirtiéndose este último en la cabeza del primer gobierno soviético ucraniano, que se formó entonces.

Los rumanos ocuparon Besarabia durante las negociaciones de Brest-Litovsk. En febrero sufrieron una dura derrota a manos de tropas de la Guardia Roja conducidas por el coronel Muraviov, que se volvería traidor luego en la lucha contra los checoslovacos. En esta campaña se distinguieron tropas obreras chinas que luchaban del lado de los soviets; estaban organizadas y dirigidas por un estudiante judío de veintinueve años de Kishinev llamado Yakir, mientras que otro dirigente exitoso de las fuerzas rojas en el frente besárabe fue Uborevitch, que había ingresado al Partido Bolchevique en 1917.

Bajo presión de la derrota los rumanos ofrecieron un acuerdo de paz que fijaba la completa evacuación de Besarabia. Sobre esta base se firmó la paz el 8 de marzo de 1918. Entonces los alemanes ocuparon Ucrania y sintiéndose a salvo bajo la protección de las bayonetas de Wilhelm, los rumanos se quedaron en Besarabia. Uborevitch lanzó sus tropas contra los alemanes que avanzaban, pero luego de un feroz combate sus fuerzas fueron dispersadas. Fue herido y tomado prisionero, pero pudo escapar antes de haberse recuperado plenamente.

Mientras tanto los guardias rojos aplastaron dos revueltas organizadas por oficiales contrarrevolucionarios.

Un gran número de oficiales habían dejado el ejército poco antes de su destrucción. Estos se juntaron en el área del Don, que es fundamentalmente agrícola y en Orenburg en los Ura-

les. Este último distrito ofrecía una base de operaciones muy favorable para una contrarrevolución, porque la mayoría de los trabajadores eran pequeños propietarios urbanos y campesinos y la mezcla de muchas nacionalidades era otro aspecto favorable. El grupo racial no ruso más importante era el de los bashkires, que habían enfrentado a los rusos por cuestiones de tenencia de la tierra desde tiempos inmemoriales. Los generales blancos pudieron explotar estos antagonismos raciales a su favor.

En las estepas de Orenburg el cosaco Hetmán Dutov organizó unidades blancas de voluntarios compuestas de oficiales del viejo ejército y de cosacos de los Urales. Pero fue derrotado por las fuerzas de la Guardia Roja local, dirigidas por el metalúrgico bolchevique Medvedyev, que se ganó el sobrenombre de “Mariscal Adelante” por la celeridad de sus operaciones militares y por la consigna “Adelante” que siempre incluía en sus órdenes del día y que gritaba invariablemente cuando se ponía al frente de los guardias rojos para la acción. Hoy se lo conoce como el Mariscal Blücher, y podemos agregar que en 1918 fue el primero en ser condecorado con la Orden de la Bandera Roja.

La concentración de unidades de oficiales de la Guardia Blanca bajo el mando de los generales Kornilov y Kaledin en el área del Don era una amenaza mucho mayor para el nuevo gobierno soviético. Como el gobierno de la Rada aún no había sido expulsado de Ucrania, Kaledin estaba en condiciones de separar a Rusia de sus minas de carbón más ricas con un avance exitoso, como así también de su granero europeo, si se las arreglaba para unirse con la Rada. Lo que es más, Kaledin tenía una gran fuente de reclutamiento en los cosacos de las estepas del Don; pero, por el otro lado la estructura social de estos cosacos no era de ningún modo homogénea. De su población de 2.000.000, unos 1.800.000 eran campesinos, incluyendo 500.000 campesinos sin tierra. En esto y en el gran

oasis proletario de las estepas, conocido como la cuenca del Don, estaba la gran debilidad de los Blancos en esa área.

El principal plan rojo apuntaba a meter una cuña entre Ucrania y el Don y avanzar tan lejos como Rostov en el Mar de Azov, de modo de aniquilar a cada grupo de opositores por separado. Bajo la conducción de Antonov-Ovseyenko se llevó a cabo esta tarea en el menor tiempo posible.

Tres destacamentos de la Guardia Roja, dirigidos por Sivers, Sablin y Petrov convergieron sobre Rostov, que fue ocupado el 8 de marzo de 1918. Kaledin se había suicidado un mes antes, cuando perdió fe en su capacidad de ganar a los cosacos del Don para la contrarrevolución. El general Kornilov, que había asumido el mando luego de la muerte de Kaledin, logró escapar luego de la captura de Rostov y la dispersión de los voluntarios de la Guardia Blanca.

Los rojos que derrotaron a las unidades de oficiales voluntarios eran una fuerza improvisada extraña, en la que destacamentos de obreros de la Guardia Roja combatían en cooperación táctica con unidades formadas con restos de las viejas tropas regulares. Lo principal de la lucha se dio a lo largo de la línea del ferrocarril, donde los rojos se vieron obligados a avanzar en tres grupos sucesivos de modo de compensar las debilidades de sus distintas unidades. Al frente iba un tren blindado, detrás del cual venían los guardias rojos, mientras que las formaciones del viejo ejército avanzaban a la retaguardia.

La represión de ambas revueltas de oficiales demostró que los contrarrevolucionarios no estaban en condiciones de derrocar al poder del Soviet sólo por medio de fuerzas internas. De allí en más hicieron todos los esfuerzos para obtener ayuda armada del exterior; es decir, los contrarrevolucionarios rusos se convirtieron en auxiliares nativos de las potencias imperialistas. Con lo que se demostró que su patriotismo era en realidad

traición a los intereses nacionales en favor del imperialismo extranjero. Se hicieron verdad las palabras de Marx, escritas en 1871 en *La Guerra Civil en Francia*; tal como él había dicho: “El dominio de clase ya no está en condiciones de disfrazarse con el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionalistas están unidos contra el proletariado”.

Luego de la expulsión de la Rada de Kiev y el aplastamiento de Dutov y Kaledin, para mediados de febrero de 1918 casi toda Rusia estaba en manos de los soviets. Pero en las siguientes semanas se habría de revelar la inestabilidad de la base política sobre la que descansaba la dictadura del proletariado.

En la segunda mitad de febrero las fuerzas del imperialismo alemán ocuparon los estados del Báltico y aplastaron allí la revolución con mucho derramamiento de sangre. Al mismo tiempo comenzaron a avanzar hacia el interior de Ucrania por motivos que se encuentran enumerados en el diario del general Hoffman, quien escribió el 17 de febrero de 1918: “Mañana comenzaremos hostilidades contra los bolcheviques. No hay otra alternativa, porque de otro modo estos individuos matarán a los ucranianos, fineses y bálticos, construirán un nuevo ejército revolucionario y con él harán su trabajo sucio por toda Europa”.

En cumplimiento de esta “misión europea” del imperialismo alemán, fue ocupada Kiev; dos semanas más tarde llegó el turno de Odessa; en abril los alemanes estaban en Kharkov. Los jefes del Ejército Rojo pudieron despachar sólo 15.000 combatientes contra las veintinueve divisiones de infantería y cuatro y media divisiones de caballería del enemigo, que constituían un ejército de 200.000-250.000 hombres.

Los alemanes pusieron de *Hetman*⁶ al general zarista Skoropadski, quien con la ayuda de las bayonetas alemanas, instauró una sangrienta dictadura. La Guardia Roja evacuó Ucrania casi sin lucha, pero quedó un comité revolucionario bolchevique ilegal en Kiev, donde funcionó bajo la dirección de Georgi Piatakov, cuyo hermano mayor, Leónidas había dirigido el trabajo bolchevique ilegal en enero de 1918, durante el régimen de la Rada, hasta que fue arrestado y asesinado luego de sufrir torturas bestiales. Georgi Piatakov estaba destinado a ser fusilado por Stalin diecinueve años más tarde.

Entre los miembros del comité revolucionario ilegal se contaban Skripnik, Satonsky, Aussem y Bubnov (Skripnik era Comisario del Pueblo de Ucrania en 1937 cuando se suicidó en el momento en que lo iban a arrestar). Las funciones de este comité comprendían la desorganización de las líneas de comunicación del enemigo, propaganda revolucionaria sobre los ejércitos de ocupación y preparación de una rebelión.

Las tropas alemanas ocuparon Ucrania y toda la porción sur de la Rusia europea, avanzando hasta la costa del Mar de Azov.

El comienzo de la intervención de la Entente

El fin de mayo de 1918 vio el comienzo de la aventura que tuvo lugar a lo largo de un tramo de 3000 kilómetros del ferrocarril Transiberiano. Se extendía de Irkutsk sobre el lago Baikal hasta Samara en el Volga y produjo las chispas que habrían de encender la contrarrevolución interna.

⁶ Jefe de los cosacos ucranianos.

Durante la Guerra Mundial había surgido en Rusia una Legión Checoeslovaca, compuesta en su mayoría de prisioneros austríacos de nacionalidad checa. Este cuerpo se encontraba en Ucrania en el momento de la Revolución de Octubre, y pronto se declaró neutral.⁷

Los checos se retiraron a tierra rusa soviética cuando los alemanes ocuparon Ucrania. Se acordó con el gobierno soviético que serían embarcados en el ferrocarril Transiberiano y enviados a Vladivostok, donde podían conseguir un barco para ir a Francia. Pero la ocupación de ese puerto por los japoneses indujo a las autoridades soviéticas a cambiar sus planes, pues temían que una unión entre las fuerzas checas con los japoneses podía llevar a un fortalecimiento del frente antisoviético en Siberia. Por lo que abrieron nuevas negociaciones con los checos y franceses, con vistas a que la legión marchara a Arcángel. Entonces, a fines de mayo de 1918 la Legión Checoeslovaca se insurreccionó contra las autoridades soviéticas.

El dominio soviético se desmoronó a lo largo del ferrocarril Transiberiano, en la vasta área del Volga europeo y llegando hasta el corazón de Siberia. Los checoeslovacos ocuparon casi simultáneamente Samara en el Volga, Chelyanbinsk en los Urales y Novo-Nikolayevsk (ahora conocido como Novo-Sibirsk) al marchar sobre el ferrocarril Transiberiano en tres columnas. Su número no era muy alto, sumando en total unos 40.000 hombres, de modo que quedan ampliamente demostrados la debilidad del gobierno soviético y lo caprichoso del campesinado ruso y de las bajas clases medias, por el hecho de que fuerzas numéricamente tan endebles pudieran tomar control de una región que se extendía desde el Volga hasta el

⁷ Jaroslav Hasbek que estaba destinado a ganar fama universal con su novela cultural-histórica de guerra *El buen soldado Schweik*, luchó en sus filas.

Ob y de ahí al lago Baikal, en una extensión de 3000 kilómetros de vías férreas que les servían de base estratégica.

El general Stefanik, que estaba destinado a ser más tarde el primer Ministro de Guerra de la República Checoslovaca, aportó el sostén internacional para la acción de la Legión en un discurso que pronunció ante soldados checos en su visita a Siberia. “Les puedo asegurar —dijo— que la Entente tomará responsabilidad por los combates en los que se ven comprometidos ahora nuestros soldados checoslovacos y que hasta los socialistas franceses han votado la partida de dinero para el mantenimiento de las tropas checoslovacas en Siberia. Esta vez puedo garantizar que la acción de la Entente tomará forma concreta. Hasta donde llega mi información, los mismos aliados están por iniciar hostilidades contra las fuerzas soviéticas, y actuarán fundamentalmente en el sur de Rusia, que será ocupado por el general Berthelot con cinco divisiones traídas de los frentes de Salónica y Rumania. Al mismo tiempo se reforzarán las tropas de la Entente en Murmansk.”

El doctor Benes, ex primer ministro y actual presidente de la República Checoslovaca, expresa un punto de vista similar en sus memorias: “El problema de nuestra legión se convirtió en un elemento importante en la política de los aliados y su plan de campaña”.

El “Gobierno de Siberia” que se estableció en Omsk y el “Gobierno de los Constituyentes” en Samara debieron su existencia a la insurrección checoslovaca. Ambos gobiernos eran de naturaleza pequeño burguesa democrática.

Al mismo tiempo se formó otro frente de Guerra Civil en el sur de Rusia. Cuando los alemanes avanzaron hacia el interior del área del Don que los guardias rojos habían liberado de las fuerzas blancas de Kaledin, los cosacos se sublevaron contra los soviets. Se formó un ejército blanco del Don al mando del general Krasnov, quien había sido arrestado luego de su in-

tento de aplastar el alzamiento de Petrogrado de octubre de 1917, y luego liberado bajo palabra de honor de que no haría más acciones contra los soviets. También habrían de perder los soviets el área del Kuban, que comprendía las ricas estepas maiceras del norte del Cáucaso, donde vivían tantos cosacos, siendo allí el líder de la revuelta de guardias blancos el general Denikin.

La burguesía rusa se había recuperado del pánico. Pronto abandonó las acciones defensivas y tomó la ofensiva en todas partes. Los guardias rojos no pudieron enfrentar a las fuerzas militares regulares de los Blancos. Retrocedieron casi sin dar batalla. Cuando entraban en combate eran derrotados luego de un breve enfrentamiento. El drama de las fuerzas rojas fue descrito del siguiente modo en el trabajo de Putna sobre la Guerra Civil:

“Cuando Kazan cayó el 6 de agosto de 1918, ante las fuerzas combinadas de los checos y los blancos rusos, nuestras débiles fuerzas huyeron, luego de su dispersión, en dirección noroeste. Huyeron como hombres que escapan luego de una derrota decisiva que —como lo parecía entonces— nunca podrá ser remontada.”

El peligro mortal que amenazaba a la República Soviética hizo que se impusiera el punto de vista de Lenin y Trotsky — que sostenía la necesidad de un ejército centralizado asistido por especialistas militares— sobre los adherentes a la guerra de guerrillas. De hecho la Legión Checoeslovaca fue en alguna medida, aunque involuntariamente, responsable del nacimiento del Ejército Rojo. El gobierno soviético procedió a una movilización masiva; los hombres convocados fueron equipados, armados, organizados en unidades y entrenados en los trenes y en plena marcha. El Consejo Revolucionario de Guerra ordenó la evacuación temporaria del sector de Tsaritsyn en el frente sur, dado que el general Krasnov que aún

estaba en proceso de organizar sus ejércitos blancos, no representaba ningún peligro inmediato. K. Voroshilov, que estaba al mando en ese sector, se negó a ejecutar esta orden y fue apoyado en su insubordinación por Stalin, que estaba ligado al ejército del sur como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra local. La subsecuente derrota del ejército del sur en el campo de batalla de Simbirsk impidió el aplastamiento completo de los Blancos; de acuerdo con una evaluación de Tujachevsky en 1922 en su condición de Director de la Academia de Guerra, esto alargó la Guerra Civil en dos años.

La confianza del proletariado ruso en su capacidad de resistir exitosamente ataques de las formaciones blancas quedó muy debilitada. Las cosas empeoraron por la traición del coronel Muraviov, que cayó como un rayo sobre el frente rojo en formación.

Fue entonces que Trotsky se hizo cargo personalmente de las operaciones en Sviyazhsk, cerca de Kazan. El 10 de septiembre de 1918, Putna tomó esa ciudad y el 12 de septiembre el 1er. Ejército Rojo, al mando de Tujachevsky logró una victoria decisiva sobre las fuerzas aliadas de los checoslovacos y los blancos rusos, recuperó Simbirsk y comenzó una serie de operaciones rápidas que liberaron de Blancos al área media del Volga.

La batalla de Simbirsk fue la primera gran victoria del Ejército Rojo. Trotsky escribe así: “Ese día fue una fecha importante en la historia del Ejército Rojo. En seguida sentimos tierra firme bajo los pies. Se había terminado el período de nuestros primeros esfuerzos desvalidos; de ahí en más estuvimos en condiciones de pelear y ganar”.

El clímax de la Guerra Civil

Pero la situación de la República Soviética continuaba siendo crítica luego de la batalla de Simbirsk. La Entente había desembarcado tropas inglesas y americanas en Murmansk y Arcángel en julio y agosto. El Lejano Oriente estaba ocupado; un ejército aliado se había formado bajo el mando de un general japonés, al que estaba asociado el general inglés Knox. Estaba compuesto de dos divisiones japonesas, 7.000 efectivos americanos, dos batallones ingleses y 3.000 franceses e italianos.

De acuerdo a estadísticas del Estado Mayor ruso, las fuerzas de intervención en febrero de 1919 sumaban 300.000 hombres. De este total, 50.000 estaban en el ejército del norte, mientras que tropas franco-griegas en número de 20.000 junto con 7.000 americanos, ocupaban la costa del Mar Negro. Había 40.000 hombres en el sector finés y otros 37.000 en Estonia y Latvia. Las fuerzas polacas sumaban 64.000 hombres y los checoslovacos 40.000. Los japoneses enviaron tres divisiones y finalmente había los 31.000 bálticos alemanes. Estas cifras no incluyen los marineros de las flotas inglesa y francesa en los mares Báltico y Negro.

La Guerra Civil asoló a Rusia durante tres años, a lo largo de los cuales la victoria fluctuó de un lado al otro. A menudo pareció que la República Soviética habría de perecer en pocas semanas; también hubo momentos en que las esperanzas tomaron la forma concreta de una revolución proletaria que avanzaba rápidamente hacia el oeste, en saltos veloces y audaces. Por dos veces el bolchevismo golpeó a las puertas de Europa central — en la primavera de 1919 y en la campaña polaca de 1920.

Cuando los ejércitos alemanes de ocupación que se desintegraban bajo la influencia del bolchevismo comenzaron a fluir de vuelta hacia el hogar luego del triunfo de la Revolución de Noviembre en Alemania y Austria-Hungría, el Ejército Rojo comenzó a prepararse para su misión de llevar la bandera de la revolución proletaria internacional a las tierras de occidente. Aquellos fueron los días en que Lenin escribió:

“El proletariado ruso comprenderá que se acerca la hora en que deberá hacer los mayores sacrificios por el internacionalismo. Se acerca el día en que las circunstancias requerirán que ayudemos contra el imperialismo anglo-francés a la nación alemana que se ha liberado de su propio imperialismo. Por tanto empezamos los preparativos sin demora. Mostremos que los trabajadores de Rusia pueden trabajar tanto más enérgicamente, luchar con mayor autosacrificio y estar aún más dispuestos a dar sus vidas cuando está en juego una revolución que no es meramente un asunto ruso, sino un asunto de los trabajadores del mundo.”

En la primavera de 1919 la intervención directa del Ejército Rojo en la arena internacional de la lucha de clases parecía ser sólo una cuestión de días. En Hungría y Bavaria los trabajadores habían tomado el poder; el Ejército Rojo de Hungría estaba comprometido en una victoriosa ofensiva. Luego de la reconquista de Ucrania, el Ejército Rojo ruso avanzó en dirección a los Cárpatos rusos, donde distritos enteros estaban bajo control de guerrillas soviéticas. A cada hora decrecía la distancia que separaba a las fuerzas revolucionarias rusas en avance hacia el oeste y las de Hungría que iban a toda velocidad en dirección noreste.

Entonces el ataque lanzado por la Guardia Blanca de Horthy y sus aliados obligó a los rojos húngaros a suspender su avance hacia el noreste y volcar todas sus fuerzas al frente sudoccidental. Al mismo tiempo las tropas del Ejército Rojo ruso

que avanzaban hacia los Cárpatos, tuvieron que ser transferidas apresuradamente al nuevo frente oriental que surgió en el Volga y el frente sur en las áreas del Don y Ucrania. El almirante Kolchak había logrado derrocar el Gobierno de Siberia demócrata-pequeño burgués y sus ejércitos se aproximaban al Volga, mientras que el general Denikin, que había tomado el mando supremo de todas las unidades de la Guardia Blanca en el sur de Rusia, avanzaba sobre Rusia central desde su base en Kuban.

Denikin ocupó el área del Don y Ucrania oriental; sus tropas aceleraron el paso hacia Orel, distante sólo 381 kilómetros de Moscú. En Ucrania estalló una rebelión campesina en la retaguardia de las fuerzas rojas. La contrarrevolución se vio beneficiada por la acentuación de la lucha de clases en las aldeas, mientras los campesinos se rebelaban contra las compulsivas requisas de sus productos.

Para fines de abril la situación había sufrido un cambio radical en desventaja del gobierno soviético. Más de cinco sextos del territorio ruso estaba en manos de los Blancos, cuyas fuerzas avanzaban desde el sur y oeste hacia Moscú, como una irresistible aplanadora.

En marzo de 1919, Frunse se convirtió en comandante en jefe de las tropas que enfrentaban a Kolchak en el frente oriental; a mitad de la primavera el 5º Ejército Rojo comandado por Tujachevsky, se sumó a sus fuerzas. Tujachevsky estaba a cargo del contragolpe y concentró 36.000 de los 60.000 hombres que formaban el ejército occidental en Busulug, un pequeño pueblo en el área del Volga medio, no lejos de Samara, dejando un tramo de 700 kilómetros del frente defendido sólo por una línea débil.

Así obtuvo una superioridad táctica decisiva en el centro de gravedad que había elegido. Atravesó el frente blanco y lo liquidó. Luego de la batalla de Busulug inició un avance que

casi no tiene paralelo en la historia militar, pues empezó en el área del Volga, cruzó los Urales y luego atravesó la Rusia asiática hasta llegar a Vladivostok. Sus fuerzas recorrieron una distancia de más de 8.000 kilómetros en condiciones de acción prácticamente continua.

El 13 de agosto de 1919, Frunse viró hacia el Turkestán con una porción del Ejército Rojo occidental mientras Tujachevsky continuaba la persecución de Kolchak con el 2º y el 5º Ejércitos. Tomó Omsk el 14 de noviembre, Tomsk se le rindió el 22 de diciembre y Krasnoyarsk (3.217 kilómetros de Samara por ferrocarril) el 6 de enero de 1920. Durante 247 días las fuerzas rojas cubrieron así un promedio de 13 kilómetros por día, período en el cual, no solo estuvieron en permanente combate, sino que además tuvieron que escalar empinadas cuestas de la cadena de los Urales y soportar el gélido frío del invierno siberiano.

En enero de 1920 Kolchak se quedó sin salida al Pacífico por una rebelión que estalló en su retaguardia en Irkutsk. La Legión Checoeslovaca firmó un armisticio con los rojos y entregó el oro de la tesorería rusa que habían capturado en Kazan, a cambio de su libertad. Kolchak se pegó un tiro antes de que las tropas soviéticas entraran marchando a Irkutsk.

En enero Tujachevsky fue llamado del frente oriental a Rusia central, donde se lo puso a cargo de las operaciones contra Denikin, que había ocupado Kiev en el verano del año anterior, mientras las fuerzas rojas perseguían a los hombres de Kolchak a través de los Urales. La caballería de Denikin, dirigida por el general Mammontov, había atravesado las líneas rojas y llegado a Tambov, 471 kilómetros al sur de Moscú, destruyendo todo a su paso en las tierras por donde tendrían que avanzar las tropas soviéticas.

El gobierno soviético procedió a crear poderosas fuerzas de caballería propias. Las primeras tropas montadas habían sido

organizadas ya en el verano y otoño de 1918 por el Consejo Revolucionario del ejército del sur (Stalin, Yegorov y Voroshilov) en base a las tropas guerrilleras de Budyonny. Pero Trotsky hasta entonces se había opuesto al empleo de la caballería en la Guerra Civil, porque tenía que ser reclutada fundamentalmente entre los cosacos, cuya situación privilegiada anterior los hacía poco confiables.

Pero en ese momento Trotsky lanzó la consigna a las masas: “¡Proletarios, a caballo!”. Voroshilov fue agregado como comisario al mando de Budyonny, el comandante de las primeras fuerzas de caballería. Así fue privado de su mando independiente y el Consejo Revolucionario de Guerra pensó que había encontrado una ocupación para sus tendencias guerrilleras individualistas, lo que le impediría crear problemas.

El 9 de octubre de 1919 era la fecha de la contraofensiva roja sobre Orel, que había sido capturada por Uborevitch. Ya el primer encuentro demostró que los jinetes de Budyonny eran superiores a la caballería blanca, mientras que el campesinado ucraniano una vez más se volcaba a los soviets, comprendiendo que una victoria de Denikin significaría la vuelta de los viejos terratenientes. Las fuerzas guerrilleras de Makhno se unieron con el Ejército Rojo y avanzaron contra Taganrog en el Mar de Azov, donde Denikin tenía su cuartel general.

La semilla de la discordia fue plantada en el ejército de Denikin cuando éste recurrió a la conscripción en el verano de 1919. Lenin previó las consecuencias de esta medida cuando sostuvo el 4 de julio de 1919:

“Una movilización general de la población liquidará a Denikin así como liquidó a Kolchak. Mientras su ejército se mantuvo sobre bases clasistas, formado sólo por voluntarios antisocialistas, era fuerte y confiable. Por cierto que estaba en condiciones de reunir fuerzas más rápidamente cuando instituyó la conscripción militar obligatoria, pero cuanto más

grande era el ejército, tanto menos clasista y más débil se volvía. Los campesinos conscriptos en las fuerzas de Denikin le servirán a la manera en que lo hicieron los campesinos siberianos con Kolchak, es decir, desorganizarán su ejército por completo.”

Denikin recién había iniciado una contraofensiva desde el área del bajo Don cuando Tujachevsky tomó el mando supremo del ejército del sur. Los Blancos tuvieron algunos éxitos iniciales; entonces Tujachevsky hizo un profundo giro que lo colocó en posición de atacar el flanco derecho de Denikin en Tikhoryetsk. Denikin se vio obligado a una retirada desordenada y sólo pudo poner un remanente de su ejército a bordo de barcos en Novorossiisk, donde fueron despachados para unirse a Wrangel en Crimea. Así las fuerzas rojas dirigidas por Tujachevsky liquidaron los dos enemigos más poderosos de la Rusia soviética, Kolchak y Denikin.

En octubre de 1919, Trotsky comandó las fuerzas que derrotaron el ataque del general Yudenich sobre Petrogrado. Un “Gobierno del Noroeste” había sido formado en el territorio al noroeste de la ciudad bajo el protectorado del general británico March; este cuerpo había hecho un acuerdo con Estonia, reconociendo su independencia. El general Yudenich, que comandó los ejércitos del “Gobierno del Noroeste” tenía tropas bajo su mando que incluían 70.000 “comensales” pero sólo 20.000 combatientes. Estaba acompañado por no menos de cincuenta y tres ex generales zaristas, todos los cuales aspiraban a puestos y recibieron ocupación acorde con su rango. Pero cuando el ejército de Yudenich fue derrotado en octubre de 1919, el “Gobierno del Noroeste” dejó de existir, mientras que la flota británica de la cual dependía lo dejó en la encrucijada y los estonios hicieron lo mismo. Los restos de las fuerzas blancas huyeron a Estonia, donde quedaron prisioneros.

En febrero y marzo de 1920, las fuerzas del Ejército Rojo suprimieron el “Gobierno del Norte” establecido en Arcángel y Murmansk bajo la protección de las fuerzas inglesas y americanas comandadas por el general Miller. En consecuencia la primavera de 1920 vio la liberación de la Rusia soviética del cerco de ejércitos hostiles, siendo las fuerzas del general Wrangel —que se mantenían en Crimea— los únicos enemigos que faltaba enfrentar.

Esta tarea fue cumplida por Frunse, recién hacia la finalización de la campaña polaca.

Todo el año 1920 fue consumido por la campaña polaca, lo que es tema de otro capítulo. Las fuerzas rojas ocuparon Georgia en febrero de 1921 y la rebelión de Kronstadt estalló en el mes de marzo siguiente. Las fuerzas del barón Ungern Sternber en el lejano oriente fueron aniquiladas en el otoño de 1921, mientras que en octubre del mismo año la presión ejercida por los Ejércitos Rojos bajo Uborevitch obligó a los japoneses y americanos que componían las restantes fuerzas de la Entente, a evacuar Vladivostok. Y allí terminaron los cuatro años de Guerra Civil.

El fiasco de la intervención

“Catorce estados” enviaron fuerzas a Rusia para aplastar a la Revolución Socialista. Entre ellos se contaban las principales potencias del mundo —Gran Bretaña, Francia, EE.UU. y Japón— que acababan de vencer al imperialismo alemán. A ellos estaban asociadas Checoslovaquia, Grecia, Polonia, Latvia, Finlandia, Estonia, Yugoslavia, Rumania, Lituania y Turquía, y también debemos incluir a los alemanes, que estuvieron activos en Ucrania en 1918 y en los Estados Bálticos

en 1919. Y sin embargo los bolcheviques triunfaron sobre todas estas fuerzas.

Las potencias intervencionistas estaban divididas por diferencias de intereses y por lo tanto no podían elaborar un plan homogéneo para la conquista de Rusia. Si Polonia hubiera decidido atacar en el momento en que Denikin controlaba el sur de Rusia y marchaba hacia Moscú, los soviets hubieran estado acabados, pero los polacos reaccionarios no estaban interesados en el sur de Rusia. Las fuerzas de Denikin fueron derrotadas antes de que Polonia eligiera atacar a la Rusia soviética en apoyo de su vasallo ucraniano, Petliura.

La falta de unidad en el campo de las potencias intervencionistas fue una de las causas del fracaso de la intervención. La otra puede encontrarse en la pésima predisposición de ánimo reinante en los pueblos de esas tierras.

Clemenceau quería acabar con los soviets por la fuerza de las armas, pero sus propios marineros, dirigidos por Marty, le quitaron las armas de las manos. Curzon y Churchill llamaron a una cruzada contra el bolchevismo, pero los trabajadores británicos se opusieron y Lloyd George adoptó una actitud vacilante. Aunque las potencias intervencionistas invadieron el suelo ruso con sus fuerzas blancas, los soviets tenían aliados en los países de sus enemigos. Baste citar las elocuentes quejas de Churchill —entonces ministro británico de Guerra— en su discurso en el banquete en el Club Anglo-Ruso el 17 de julio de 1919:

“El gran éxito logrado gracias a nuestra ayuda demuestra que podríamos haber conquistado una plena restauración en Rusia ya, si las cinco grandes potencias victoriosas hubieran dado un apoyo fuerte y desinteresado desde el comienzo. Pero hay entre nosotros un número considerable de gente que estarían de veras contentas de ver a Denikin, Kolchak, sus fuerzas y todos cuantos sostienen su causa, derrotados y dominados por

el gobierno bolchevique. Se alegrarían de ver a Lenin, Trotsky y su extraña y oscura banda de judíos anarquistas y aventureros, ocupar el poderoso trono de los zares sin resistencia ni rivales, y agregar la nueva tiranía de sus ideas subversivas a los métodos despóticos del viejo régimen.”

Denikin era la única carta en la que depositaban sus esperanzas los aliados. A mediados de abril de 1919, le estaban dando apoyo a Kolchak, pero su derrota los “desilusionó”. El 24 de abril Clemenceau le envió a Kolchak un telegrama, en el que le aseguraba que Denikin podría mantenerse firme, en cuanto recibiera ayuda de la Entente, mientras que las tropas británicas, francesas y rumanas ocuparían el sur de Rusia y los polacos representarían un peligro lo suficientemente serio para los bolcheviques en el oeste. El hombre de estado francés por tanto le recomendaba a Kolchak continuar su ofensiva contra Moscú y tratar de hacer contacto con Denikin por su ala izquierda.

Este telegrama debe haber sido un pobre consuelo para Kolchak, cuyas fuerzas marchaban por entonces, no en dirección a Moscú, sino más bien hacia los Urales. La última ayuda oficial británica recibida por los Blancos fue una suma de 14.500.000 libras esterlinas dadas a Denikin. Churchill envió el siguiente telegrama a Kolchak acerca de esta cifra:

“Hace algún tiempo el gobierno británico decidió concentrar su ayuda en el frente del general Denikin. Me complace poder informarle que el gabinete ha aceptado mi recomendación de enviar a Denikin catorce y medio millones de libras para armas y equipos. El gabinete también comparte mi opinión de que sería el plan más sensato apoyar al general Denikin porque está cerca de Moscú y ha ocupado los centros maiceros y de la minería de carbón.”

Lloyd George vaciló, pero no adoptó una postura claramente anti-intervencionista hasta que se hizo evidente el fiasco de la

intervención. Podemos citar, del memorando que le envió al Consejo de Guerra de Versalles el 25 de marzo de 1919, el siguiente sonoro trompetazo:

“El peligro mayor que percibo en la situación actual es la posibilidad de que Alemania una su destino al de los bolcheviques, poniendo su riqueza, intelecto y gran capacidad de organización a disposición de los hombres que sueñan con conquistar el mundo para el bolchevismo por la fuerza de las armas. Este peligro no es ninguna vana fantasía. Si Alemania es dominada por los espartaquistas, inevitablemente unirá su destino al del bolchevismo. Si eso sucede, toda Europa oriental será atraída hacia el imperio de la Revolución Bolchevique y a un año de aquí nos veremos enfrentados a casi 3.000.000 de hombres fusionados bajo el mando de generales e instructores alemanes en un ejército gigantesco equipado con ametralladoras alemanas y listos para lanzar una ofensiva contra Europa occidental.”

Pero la misma trompeta tocó a retirada el 17 de noviembre de 1919, luego de las duras derrotas infligidas a Denikin y Wrangel. Debatiendo la cuestión rusa en la Casa de los Comunes ese día, Lloyd George dijo:

“Cada vez que los ejércitos marcharon más allá de un cierto punto contra los bolcheviques, han fracasado. Es perfectamente obvio que nuestro país, con la enorme carga que ha soportado debido a la guerra, no puede tomar la responsabilidad de financiar la Guerra Civil en Rusia indefinidamente. Nuestra primera preocupación debe ser nuestro pueblo.”

“La preocupación por nuestro pueblo” se debía a la oposición manifestada por los trabajadores y soldados británicos a la intervención antisocialista. Esta oposición fue, en realidad, la principal razón de su fracaso. El 6 de diciembre de 1919, tres semanas después del discurso de Lloyd George en la Cámara

de los Comunes, Lenin dijo al Séptimo Congreso de los Soviets:

“¿Cuál es el milagro que permitió a los soviets sostener dos años de dura guerra, primero contra el imperialismo alemán considerado entonces omnipotente, y más tarde contra el imperialismo de la Entente, pese a nuestro atraso, pobreza y cansancio de la guerra? Dejamos a la Entente sin soldados. La victoria que obtuvimos cuando obligamos a la retirada de las tropas inglesas y francesas fue la más decisiva que jamás hayamos obtenido contra la Entente. Anulamos su superioridad técnica y numérica gracias a la solidaridad que demostraron los trabajadores contra los gobiernos imperialistas.”

La intervención fue un fiasco porque su intento de incitar a las fuerzas internas de la contrarrevolución fue llevado a cabo con medios insuficientes. Cuando, en consecuencia, “fracasó” la contrarrevolución interna y los aliados se “desilusionaron”, se vieron obligados a desilusionar a sus confederados blancos de Rusia y así se quebró la intervención.

Algunos problemas político-militares

Cuando estudiamos el valor militar de las operaciones de la Guerra Civil, debemos intentar no hacer comparaciones mecánicas con las pautas fijadas por la Guerra Mundial o la aplicación de las experiencias de la Guerra Civil Rusa a guerras posteriores en la que combatieron ejércitos modernos mecanizados.

El número de combatientes efectivos en la Guerra Civil era relativamente bajo en comparación con los que tomaron parte en la Guerra Mundial. “Ejércitos masivos” de 100 o 150.000 hombres fueron las fuerzas más grandes que combatieron en

ambos bandos en la Guerra Civil. Las estadísticas del Estado Mayor del Ejército Rojo muestran que las fuerzas de guardias blancos que luchaban en suelo ruso en el verano de 1919, es decir, en el momento de su mayor esfuerzo bélico, no sumaban más de 500.000 infantes, 100.000 hombres de caballería, 2.800 ametralladoras y 700 cañones. Este total de 600.000 hombres estaba distribuido entre tres o cuatro escenarios de guerra completamente separados entre sí.

En vista del mejor entrenamiento militar y conducción de los Blancos y, lo que es más, el mayor porcentaje de oficiales y suboficiales experimentados en sus filas, aportados por un cuerpo de hombres entrenados, era obvio que los Rojos sólo podían vencer teniendo de su parte a los “batallones más grandes”. El Alto Mando rojo advirtió la posibilidad de explotar la ventaja de luchar en líneas internas y hacer pesar una superioridad numérica sobre el enemigo en un punto crucial, como podemos ver en el ejemplo aportado por las operaciones del verano de 1919, cuando concentró 172.000 hombres en el frente sur contra los 152.000 de Denikin. La superioridad numérica de los Rojos fue aún más pronunciada en las operaciones finales contra Wrangel en Crimea, cuando las tropas de Frunse fueron reforzadas con unidades traídas del frente polaco, de modo que pudo poner en el campo de batalla 143.000 hombres y 500 cañones contra los 37.220 hombres y 213 cañones de Wrangel. En marzo de 1919, cuando las fuerzas enfrentadas en Samara, en el frente oriental, eran de un número más o menos equivalente (111.000 Rojos con 379 cañones contra 113.000 Blancos con 200 cañones) los Rojos se vieron obligados a retroceder hasta la llegada del 5º ejército de Tujachevsky que les dio la superioridad numérica necesaria para la victoria.

Este hecho no desmerece en nada el extraordinario heroísmo demostrado por las fuerzas rojas. Un ejército formado bajo el fuego de la guerra nacional y de la Guerra Civil sólo podía

salir victorioso de la batalla contra unidades sólidas, formadas con oficiales, suboficiales y hombres del viejo ejército zarista sólo si sus líderes lograban explotar el heroísmo de los combatientes revolucionarios en combinación con una superioridad táctica en los centros de gravedad estratégicos y decisivos.

No pueden sacarse conclusiones retrospectivas en relación al uso de ejércitos masivos modernos en los combates de la Guerra Civil rusa. Esto se ve fácilmente, comparando los ejércitos de 150.000 hombres y su equipo técnico inferior con las fuerzas de millones de hombres que conformaban los ejércitos de la Guerra Mundial. En enero de 1918, por ejemplo, la Entente tenía 1.480.000 infantes, 74.000 efectivos de caballería, 8.900 cañones livianos y 6.800 cañones pesados en el frente occidental contra 1.232.000 infantes, 24.000 efectivos de caballería, 8.800 cañones livianos y 5.500 cañones pesados de los alemanes.

Las distancias inmensas cubiertas por los Blancos fueron un aspecto especial de la Guerra Civil rusa. Todas las formaciones mayores de los Blancos fueron organizadas en las fronteras extremas de Rusia, donde Krasnov, Kolchak y Denikin, iniciaron sus intentos de avance sobre Moscú. El largo de sus rutas de marcha en los teatros oriental y sudoriental de la guerra variaban entre 960 kilómetros (Taganrog-Moscú) y 2.680 kilómetros (Omsk-Moscú). En las partes europeas de los teatros sur y sudoriental de la guerra cada tramo de ferrocarril tenía que servir a entre 150 y 250 kilómetros de frente estratégico. Los frentes eran por lo tanto excesivamente largos, pero en realidad prácticamente todas las operaciones fueron concentradas sobre puntos de importancia estratégica y más precisamente sobre líneas férreas. En consecuencia no eran anormales los avances y retrocesos de varios cientos de kilómetros.

Esta concentración de las operaciones sobre las vías férreas le otorgó una importancia abrumadora a los trenes blindados. De una ofensiva exitosa de uno de estos trenes podía resultar la conquista de distritos enteros. De ahí surge también la explicación de por qué la rebelión de la Legión Checoeslovaca tuvo un efecto nefasto sobre todo el desarrollo de la Guerra Civil. Pero en el curso de los años la importancia de los ferrocarriles disminuyó hasta cierto punto por el incremento de la capacidad organizativa en ambos bandos, a partir de lo cual los frentes adquirieron un carácter más general.

Una parte importante de los combates más duros tuvo lugar en el área del Volga, zona muy disputada por ambos bandos. Esto es fácilmente comprensible en vista del hecho de que quince líneas férreas se dirigen hacia esta corriente de agua desde el oeste, por lo que un enemigo que avanzara desde el este podía hacer uso de ellas en cuanto ganara control del río.

En una Guerra Civil el frente está en todas partes. Las reservas de ambos bandos están distribuidas por todo el país. Por lo tanto debe ser el esfuerzo de ambos beligerantes hacer uso activo de las reservas que estén inmediatamente detrás de las filas del enemigo y en los centros de gobierno.

La parte de estas reservas que incluye las clases medias bajas de las ciudades y los campesinos, inevitablemente vacila y desarrolla sus propias actividades de acuerdo con sentimientos transitorios; éste es el terreno en el que florece la guerra de guerrillas. Pero otros sectores de la población inmediatamente detrás del frente y a lo largo de las líneas de comunicaciones incluirían los adherentes más leales y resueltos del enemigo, razón por la cual el espionaje y el contraespionaje adquirieron dimensiones extraordinariamente grandes en la Guerra Civil rusa.

Las actividades de los agentes Blancos se limitaron fundamentalmente al espionaje militar en el sentido estrecho de la

palabra y a actos de sabotaje; sólo en casos excepcionales organizaron rebeliones contrarrevolucionarias. Este último tipo de trabajo, fue en cambio una de las tareas más importantes de los agentes rojos, que se esforzaron por coronar y completar los ataques de las fuerzas rojas regulares con rebeliones de los trabajadores y los campesinos en la retaguardia de los Blancos.

La dirección del espionaje y contraespionaje rojo descansó enteramente en manos de la Cheka o “Comisión Extraordinaria para la Supresión de la Contrarrevolución”. Este cuerpo, que fue el antecesor de la GPU, demostró ser los ojos de la Revolución que todo lo veían, en los años de la Guerra Civil.

El levantamiento de Kronstadt

La intervención militar no fue el golpe más duro que las potencias capitalistas le dieron a la Revolución Socialista. Esta sufrió mucho más por el bloqueo, que fue lo suficientemente completo como para paralizar todo comercio exterior, lo que se ve en las siguientes cifras de importaciones y exportaciones (en millones de puds).⁸

	1920	1913	1917	1918	1919
Importaciones	936,6	178,0	11,5	0,5	0,2
Exportaciones	1.472,1	56,6	1,8	0,0001	0,7

⁸ El pud es una medida de peso rusa.

En relación a esto debemos tomar en cuenta que la Rusia zarista importaba el 58 por ciento de su maquinaria industrial y el 45 por ciento de su maquinaria agrícola.

En el curso de la Guerra Civil fueron destruidos 3.762 puentes de ferrocarril, 3.597 puentes camineros, más de 1.700 kilómetros de vías férreas y más de 90.000 kilómetros de alambres telegráficos. Lo que es más, el territorio en posesión de los soviets fue aislado durante varios años de los depósitos de petróleo del Cáucaso, así como de los centros industriales y agrícolas más importantes por largos períodos. Las consecuencias de esta destrucción generalizada golpearon al Ejército Rojo y la República Soviética en dos sentidos —el técnico-económico y en el socio-político.

Como lo dijo Trotsky con toda corrección, los bolcheviques se vieron obligados a “saquear a Rusia” de modo de satisfacer las necesidades más elementales del ejército. Por cierto que Trotsky no exageraba ya que en 1920 el ejército consumía el 25 por ciento de la producción de trigo, 50 por ciento de los demás cereales, 60 por ciento del abastecimiento de carnes y pescado y 90 por ciento de los zapatos y botas de hombre. Y lo que es más, la ropa de la que se abastecía al ejército se reducía al mínimo elemental, mientras que la deficiencia en equipo era aún mayor. Los efectos combinados del bloqueo y la separación de los soviets de los centros más importantes de producción se veían en el hecho de que el comisariado de Guerra no podía proveer armas más que a un diez por ciento de los hombres movilizados.

Los bolcheviques se vieron obligados a apropiarse todo el grano excedente de los campesinos para asegurar el abastecimiento requerido y alimentar al ejército y el proletariado industrial. Las así llamadas “brigadas de requisición” y el sistema de cuotas obligatorias, que quitaban a los campesinos

hasta las últimas reservas de granos y ahogaban el pequeño comercio, fueron causa frecuente de la vacilación de los campesinos hacia el bando de los Blancos.

Pero durante la Guerra Civil la única opción para los campesinos era entre las “brigadas de requisición” bolcheviques y los viejos terratenientes, que querían privarlos de sus tierras, tanto como de sus reservas de excedentes. Era una elección difícil pero al final decidieron que los comunistas eran el mal menor.

Luego de la derrota de los Blancos los campesinos se encontraron enfrentados con otro par de alternativas. Podían escoger entre las “brigadas de requisición” o su propio “sistema económico independiente”. En este caso la elección era fácil y empezó a hacerse más dura su resistencia a los comunistas.

La política de las requisiciones compulsivas de todo el producto excedente de los campesinos por los agentes de la dictadura del proletariado, fue una medida de guerra que entraba en conflicto con todas las concepciones teóricas sostenidas por los más grandes socialistas. “La guerra y la destrucción nos obligaron a adoptar el ‘comunismo de guerra’”, escribió Lenin en su folleto sobre el impuesto a los productos naturales en 1921. “Esta política no estaba y no podía estar en acuerdo con la misión económica del proletariado. Era meramente una medida provisoria. La política correcta de un proletariado que ha conquistado su dictadura en una tierra de bajas clases medias es la de inducir a los campesinos a intercambiar sus productos por los productos industriales que necesitan. Esta es la política agrícola que armoniza con la misión del proletariado y la única capaz de consolidar las bases del socialismo y asegurar su completa victoria.”

Cuando finalizó la Guerra Civil en el otoño de 1920 los bolcheviques no lograron encontrar el modo correcto de abolir rápidamente los métodos del “comunismo de guerra”, inves-

tigar las relaciones con el campesinado y remodelarlas en base a principios socialistas. Lo que es más, como consecuencia de la Guerra Civil el poder absoluto, puesto en manos de los comunistas por las necesidades de la guerra, derivó en desviaciones burocráticas que se desarrollaron en todas las esferas de la sociedad: en los soviets, los sindicatos, la administración económica y en todo el aparato del gobierno.

Este burocratismo encontró un suelo extraordinariamente fértil en el atraso del pueblo ruso. La burocracia, tal como lo afirmó Lenin, se desarrolló en forma particularmente exuberante en razón de los métodos utilizados por el “comunismo de guerra”.

“No podíamos reorganizar nuestras industrias cuando estábamos bloqueados y asediados por todos lados”, escribió. “No nos atrevíamos a poner fin al ‘comunismo de guerra’; en nuestra desesperación no nos atrevimos a vacilar ante la aplicación de medidas extremas. Pero las medidas que son una condición esencial de la victoria en una tierra bloqueada y una fortaleza sitiada, mostraron su lado negativo en la primavera de 1921, cuando las últimas fuerzas de la Guardia Blanca habían sido expulsadas del territorio de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. En una fortaleza sitiada debe detenerse todo intercambio de bienes. Tal estado de cosas puede soportarse tres años si las masas son particularmente heroicas, pero mientras tanto aumentará el empobrecimiento de los pequeños productores. El burocratismo ahora se ha revelado como un legado del estado de sitio y una superestructura construida sobre los cuerpos de los pequeños productores quebrados y aplastados.”

En estas palabras está la definición de Lenin de los hechos — el mantenimiento de la política de “comunismo de guerra”—, que causaron el motín de Kronstadt en marzo de 1921.

La esencia socio-política de los cuatro años de Guerra Civil le dio a esta lucha la forma de un combate entre la clase obrera y la burguesía por el control sobre las masas de clase media baja y, por sobre todo, sobre el campesinado. El hecho de que la burguesía se apoyara en la ayuda de unidades militares enviadas por potencias imperialistas extranjeras le dio a esta guerra de clases la característica de una guerra nacional de independencia. La masa entera del proletariado industrial estaba activamente del lado de los bolcheviques durante la Guerra Civil, mientras que el resto de las clases proletarias y semiproletarias le dieron apoyo en alguna medida a la dictadura del proletariado, aunque con considerables vacilaciones.

El proletariado industrial también vaciló durante el motín de Kronstadt. Sus simpatías estaban con los hombres de Kronstadt, a quienes apoyó abiertamente por medio de huelgas en Petrogrado y otras grandes ciudades. Como se habían roto los vínculos entre la dictadura del proletariado y el campesinado, los bolcheviques se encontraron aislados por primera vez desde su victoria en octubre de 1917. Pero se demostró que el aparato del estado estaba firmemente en sus manos, mientras que los vínculos entre el ejército campesino y la población de las aldeas estaban debilitados por años de Guerra Civil y la continua transferencia de las fuerzas rojas de un escenario a otro de la guerra. El ejército se demostró un instrumento confiable en las manos de los líderes bolcheviques cuando se vieron obligados a ahogar el motín de Kronstadt.

La nota en este motín la dieron las huelgas masivas de los trabajadores de Petrogrado. Los trabajadores industriales rusos nunca habían perdido por completo su contacto con las aldeas; cuando los mejores de estos trabajadores estaban en los frentes durante la Guerra Civil, sus lugares en las fábricas fueron ocupados por un flujo continuo de mano de obra proveniente de las aldeas; en consecuencia los trabajadores en huelga levantaron también una serie de reivindicaciones

campesinas. El 27 de febrero de 1921 el Comité de Huelga de Petrogrado dio la siguiente proclama:

“Toda la política del gobierno debe sufrir un cambio total y primero y principal los obreros y campesinos deben tener libertad. No quieren seguir a los líderes bolcheviques; quieren decidir por sí mismos. Por lo tanto deben cumplir con las siguientes exigencias en forma urgente y organizada:

”La liberación de todos los trabajadores socialistas y sin partido que han sido arrestados.

”La abolición del estado de sitio.

”Libertad de palabra, de prensa y de reunión para todas las clases trabajadoras.

”Libertad de votación en nuevas elecciones para los comités de fábrica, sindicatos y soviets.”

El problema salarial era tan agudo como la desconformidad de los trabajadores. El salario promedio de los trabajadores era apenas un tercio del de antes de la guerra. En 1913 un trabajador fabril ganaba generalmente algo así como 22 rublos de oro mensuales, pero en 1918 su ingreso total (salario más raciones de comida) tenía sólo el valor de compra de 8,99 rublos de antes de la guerra. En 1920 esta capacidad de compra se había reducido a 7,12 rublos y en la primavera de 1921 era sólo de 6,95 rublos, es decir, sólo un 31,5 por ciento del salario de preguerra.

El motín de Kronstadt estalló el 3 de marzo de 1921, a la par que una ola de huelgas se extendía desde Petrogrado al conjunto de Rusia.

Los marineros de la flota en Kronstadt se reclutaban principalmente de entre los jóvenes campesinos de Ucrania. En su aspecto socio-político el motín de Kronstadt fue por lo tanto

una revuelta campesina, sostenida por parte del proletariado urbano. En el curso de la revuelta los campesinos expulsaban a los soviets bolcheviques cada vez que lograban llevar a cabo acciones de masas, organizar formaciones militares y obtener armas.

Las proclamas dadas por los marineros de Kronstadt contenían muchas exigencias políticas y económicas del proletariado industrial, precisamente de la misma manera que las exigencias del campesinado fueron incorporadas a los manifiestos de huelga de los trabajadores de Petrogrado. De aquí podemos deducir que los trabajadores ejercían una gran influencia sobre los amotinados. Un gran número de comunistas de Kronstadt y prácticamente toda la población de la isla—formada principalmente por pescadores y obreros metalúrgicos— tomó parte en el alzamiento. Podemos ver las siguientes exigencias incluidas en una resolución de la primera y segunda brigadas de tripulaciones de barcos de guerra:

(8) Abolición de las brigadas de requisición.

(9) Raciones iguales para todos los trabajadores excepto aquellos avocados a tareas insalubres.

(11) Libertad de los campesinos para cultivar la tierra como quieran; derecho a poseer todo el ganado que puedan mantener sin empleo de mano de obra asalariada.

(15) Derecho a desarrollar industrias hogareñas que no involucren empleo de mano de obra asalariada.

La 13ª edición del *Boletín de Noticias del Comité Revolucionario Provisorio de Marineros, Hombres del Ejército Rojo y Obreros del Pueblo de Kronstadt*, publicado el 15 de marzo de 1921 también dice:

“Todos los campesinos han sido declarados explotadores y enemigos del pueblo. Los comunistas han asumido la ta-

rea de destrucción y están comenzando a establecer la economía soviética en la forma de explotaciones agrícolas que han de ser propiedad del estado, que es el nuevo terrateniente. La economía agrícola comunista ha sido introducida en todas partes y los comunistas se han apropiado de las mejores tierras con ese propósito, poniendo sobre las espaldas de los campesinos pobres una carga aún más pesada y dura de llevar que la que imponían en sus tiempos los viejos terratenientes.”

El mismo número de este boletín contiene citas de un discurso hecho por un campesino en el 8º Congreso de los Soviets en diciembre de 1920. “Todo está muy bien, ...la tierra nos pertenece, pero el pan que sale de ella es de ustedes; los ríos nos pertenecen, pero los pescados son de ustedes; los bosques nos pertenecen pero la madera es de ustedes.”

Los objetivos políticos del motín de Kronstadt pueden conocerse a través de un artículo central en la quinta edición del mismo boletín, que dice:

“Aquí en Kronstadt se puso la piedra basamental de la Tercera Revolución, que liberó a las masas trabajadoras de sus últimas cadenas y abrió el camino hacia la construcción de un estado socialista. La actual revolución le permitirá a las masas trabajadoras elegir libremente sus propios soviets, que entonces podrán hacer su trabajo sin presión del partido y transformar a los sindicatos burocráticos en organizaciones libres, que unirán a los trabajadores, campesinos e intelectuales.”

Estaba en sesiones el 10ª Congreso del Partido Bolchevique en Moscú, cuando llegó la noticia del motín de Kronstadt. Al principio los delegados reunidos pensaron que Kronstadt iba a aportar una nueva “Insurrección Checoeslovaca” y un faro para iluminar otra guerra civil y provocar nuevas intervenciones. El espectro de una nueva guerra civil puso bajo su som-

bra a toda la República Soviética, ya que los dirigentes exilados de los partidos Menchevique, Social Revolucionario, Cadete y Monárquico enviaron sus mejores deseos a los amotinados de Kronstadt.

Se envió un ejército a Kronstadt bajo el mando de Tujachevsky. Varios cientos de delegados se ofrecieron como voluntarios para servir en calidad de oficiales y comisarios en los contingentes que debían liquidar el amotinamiento. Entonces, mientras los amotinados enviaban telegrama tras telegrama a “Lenin, el incorruptible”, las fuerzas de Tujachevsky avanzaban desde Krasnaya Gorka, atravesando el traicionero hielo del Golfo de Finlandia, que los vientos de la primavera estaban derritiendo. En la noche del 16 de marzo dominaron Kronstadt que, en pleno sueño, consideraba imposible cualquier forma de ataque desde el mar. Siguieron las ejecuciones, los rebeldes fueron fusilados como amotinados y contrarrevolucionarios, pero los puntos económicos de su programa fueron incluidos en las resoluciones del 10º Congreso del Partido, que abogaba por el reemplazo del sistema de cuotas por un impuesto a la producción y se llevaron a la práctica más tarde en la Nueva Política Económica (NEP). Los reclamos políticos de los hombres de Kronstadt (que, pese a su vaguedad, apuntaban a la restauración de la democracia soviética) sólo se realizaron en forma parcial e incompleta. Por cierto Lenin comenzó la lucha contra la burocracia, pero debido a su enfermedad y muerte prematura, este “legado” del atraso zarista y la Guerra Civil se extendió como una plaga.

La pronta liquidación del motín de Kronstadt mostró al Partido Bolchevique en dónde estaba la debilidad de cualquier movimiento de masas dirigido contra la fuerza en el poder.

El Partido Bolchevique había adquirido el monopolio de la autoridad; era la única fuerza organizada que representaba al proletariado soviético ruso. Esa era su fuerza, pero ahí estaban también los gérmenes de su decadencia.

En ocasión de celebrarse su cincuenta cumpleaños el 23 de abril de 1920, Lenin aprovechó la oportunidad para dirigirse a una reunión de los miembros activos de la sección moscovita del partido en los siguientes términos:



“Aún hoy nuestro partido podría, bajo ciertas circunstancias caer en una posición muy peligrosa. Podría caer en la postura de un hombre que se ha vuelto presuntuoso. Todos saben que la declinación y caída de los partidos políticos a menudo es precedida por alguna circunstancia que le da a estos partidos la oportunidad de volverse presuntuosos. Permítanme concluir con la esperanza de que bajo ninguna circunstancia nues-

tro partido se volverá un partido presuntuoso.”

Capítulo IV.

La campaña polaca de 1920

Operaciones militares

Federico el Grande, en otro tiempo, revistió su política exterior con un ropaje de mal latín: *Prevenire, non preveniri*, dijo, queriendo decir con esto que es mejor lanzar un ataque sor-

presivo contra el enemigo que permitirle ser el primero en golpear.

Pilsudki actuó siguiendo esta máxima en la primavera de 1920. El doctor Vaclav Lipinski, durante muchos años embajador polaco en Berlín, lo asegura así de un modo más o menos desvergonzado en un artículo titulado “El Gran Mariscal”, que apareció como prefacio de la traducción alemana de las memorias de Pilsudski. Allí escribió:

“El año nuevo de 1920 iba a traer un cambio radical en la situación de la guerra. Los bolcheviques hicieron esforzados preparativos para un ataque sorpresivo contra Polonia luego de haber derrotado a los ejércitos de Kolchak, Denikin y Yudenich que enfrentaban a la Revolución. Era evidente el objetivo esencial de este ataque por sorpresa; intentaban destruir a Polonia para estrechar la mano de Alemania, aún sacudida por el fermento revolucionario y así encender el fuego de la revolución comunista por toda Europa. José Pilsudski que tenía el mando supremo de las fuerzas polacas, decidió anticiparse a la ofensiva del enemigo con una ofensiva propia.

”Dado que la primera información que recibió indicaba que había una concentración de fuerzas rusas en Ucrania, decidió golpear en la misma dirección y combinar este plan con operaciones políticas de largo alcance en relación a sus objetivos. Con el propósito de debilitar a Rusia y fortalecer las fuerzas de sus enemigos, Pilsudski firmó el 22 de abril de 1920 un acuerdo militar con Petliura, el dirigente militar y político del movimiento de independencia ucraniano; cuatro días más tarde lanzó severos ataques que le permitieron destruir dos ejércitos rusos y entrar a Kiev el 7 de mayo.”

La afirmación de Lipinski de que la Rusia soviética estaba haciendo “esforzados preparativos” para la guerra contra Polonia en la primavera de 1920, se desmiente por el hecho de

que sólo había fuerzas rusas muy débiles estacionadas sobre la frontera con Polonia. El 25 de abril, 40.000 hombres (tropas regulares polacas y las unidades de Petliura) avanzaron al interior de Ucrania, pero los polacos ya habían ocupado los pueblos de frontera llamados Mosyr y Rechnize el 6 de marzo.

Luego de la ocupación de esos pueblos el Consejo Revolucionario de Guerra de la República Soviética ordenó al ejército de caballería de Budyonni, por entonces en el Cáucaso, que se dirigiera a Ucrania. Estas fuerzas estaban aún en camino cuando Pilsudski lanzó su gran ofensiva.

Por entonces sólo estaban en Ucrania las escasas tropas del 12º Ejército Rojo que sumaba en total 12.000 hombres. Más al sur, en la vecindad de la frontera besárabe, el 14º Ejército Rojo ya participaba de sucesivos combates con las tropas de Petliura y formaciones rumanas “salvajes”. El 12º Ejército fue empujado al otro lado del Dnieper y los polacos tomaron Kiev, que cambió así su forma de gobierno por decimoquinta vez desde la Revolución.

Las autoridades soviéticas no enviaron ninguna fuerza importante a la frontera con Polonia hasta que Pilsudski inició las hostilidades. A comienzos de 1920 incluso habían ofrecido a los polacos condiciones de paz mucho más favorables que las ofrecidas por la Entente. Pero Pilsudski soñaba con las fronteras “*de antes de 1722*” (es decir, aquéllas existentes antes de la primera partición de Polonia), lo que le habría dado una parte de Ucrania, todo el este de Prusia, Lituania y la Rusia Blanca, y la mitad de Latvia para constituir la Gran Polonia a la que aspiraba.

Trotsky precisa en su trabajo *Acerca de la Doctrina Militar*, que el hecho de que Rusia estuviera obviamente a la defensiva, “contribuyó en gran medida a ganar para nuestra causa a

la opinión pública de numerosos intelectuales burgueses así como la de los trabajadores y campesinos”.

El Consejo Revolucionario de Guerra decidió formar dos grupos de ejércitos al servicio de la ofensiva planificada para la campaña polaca. Uno debía emplearse en el “frente occidental” y avanzar sobre Varsovia desde la Rusia Blanca, siguiendo una ruta que le permitiera cubrir su flanco por las fronteras lituana y del este de Prusia, mientras que el otro debía formar el “frente sudoccidental” y marchar sobre Lublin después de recuperar Kiev. Las operaciones de este frente sudoccidental debían coordinarse con las del frente occidental.

A Tujachevsky se lo nombró comandante en jefe del frente occidental; Smilga lo acompañó como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra, con Muklevitch como comisario del estado mayor. Las fuerzas componentes del frente occidental incluían el 4º Ejército (al mando de Sergejev), el 15º Ejército (al mando de Kork, con Lashevitch como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra), el 3º Ejército (Yakir) y el 16º Ejército (Pyatakov como miembro del Consejo Revolucionario de Guerra).

El comandante en jefe en el frente sudoccidental era Yegorov, que también conducía el 12º Ejército. Stalin era el miembro del Consejo Revolucionario de Guerra en este frente, que incluía, además del 12º Ejército, el 1º Ejército de caballería (al mando de Budyonny, con Voroshilov como comisario) y el 14º Ejército (Uborevitch) que operaba en la frontera besá-rabe.

Para coordinar las operaciones militares de ambos grupos de ejércitos, el Consejo Revolucionario de Guerra decidió que las fuerzas sudoccidentales (con excepción del 14º Ejército) se debían subordinar al comandante en jefe del frente occidental tan pronto como este último avanzara hasta el meri-

diano de Brest-Litovsk. Esta medida era un compromiso ya que Tujachevsky había pedido la inmediata subordinación de ambos ejércitos del frente sudoccidental a su comando, de modo de asegurar la unidad de las acciones. Pero S. S. Kamenev, que por entonces era el comandante en jefe de todas las fuerzas armadas de la Unión Soviética, decidió adoptar esta solución temporaria, porque había existido considerable fricción entre Tujachevsky y los comandantes del frente sudoccidental (Yegorov, Stalin y Voroshilov) desde la insurrección checoeslovaca en el verano de 1918.

Tan pronto Pilsudski inició las hostilidades, el Consejo Revolucionario de Guerra envió tropas de toda Rusia al frente polaco. Hasta abril de 1920 prácticamente no se había enviado ninguna fuerza a este área.

Desde diciembre de 1919 hasta abril de 1920 la región destinada a convertirse en el frente occidental fue ocupada por sólo tres divisiones y tres brigadas; en el frente sudoccidental, es decir, en el sector donde Pilsudski sostenía haber advertido tan grandes concentraciones de fuerzas que consideró que su *prevenire* era una medida indispensable para la defensa nacional había, en enero de 1920, sólo una división de infantería. En los meses siguientes desde los frentes Norte, distrito militar de los Urales; circuito militar de Tula, el Este, el Cáucaso y el Sur fueron enviadas al futuro teatro de guerra polaco las siguientes fuerzas:

Al frente occidental, dos divisiones de infantería y dos brigadas de infantería en abril, cinco divisiones y dos brigadas de infantería en mayo, tres divisiones de infantería y tres brigadas de caballería en junio, haciendo un total de diez divisiones y cinco brigadas de infantería y tres brigadas de caballería.

Al frente sudoccidental, cinco divisiones de caballería en abril (Budyonny) y tres divisiones de infantería en mayo y junio.

Estas cifras son la mejor refutación de que la República Soviética tuviera intenciones ofensivas contra Polonia antes de que Pilsudski iniciara las hostilidades.

Tujachevsky hace una descripción de la situación de la Rusia soviética en ese momento en su trabajo “El Avance más allá del Vístula”, que es una versión abreviada de la serie de conferencias que dio en la Academia de Guerra del 7 al 10 de febrero.

“Kolchak había sido liquidado en el Este y Denikin en el Cáucaso. La base de operaciones de Wrangel en Crimea era el único territorio aún ocupado por los Blancos. Se habían terminado todas las operaciones en el Norte y el Oeste, con la excepción de las del frente polaco. Ya se había concluido un tratado de paz con Latvia. Las acciones de Polonia vinieron por tanto en un momento relativamente favorable para nosotros.”

Aunque la mayoría de las tropas de Tujachevsky estaban aún en camino el 20 de mayo, ese día lanzó un ataque sobre Smolensk. Pilsudski sostiene en su libro *El año 1920* (escrito como respuesta al trabajo de Tujachevski recién mencionado), que en su ofensiva de mayo “El error principal de Tujachevsky (que condenó al fracaso a sus grandes planes por adelantado) se debió a una estimación equivocada de sus propias fuerzas y las de su enemigo, la que fue hecha sin tomar en cuenta para nada el número de efectivos de que disponía su oponente”.

Esta crítica muestra que Pilsudski se equivocó sobre cuáles eran los objetivos de Tujachevsky cuando avanzó sobre el área de Smolensk. No deseaba forzar una decisión allí, y por

cierto que no lo podía haber hecho dado que sólo había recibido la mitad de las tropas asignadas a su comando. Su verdadero objetivo era aliviar la presión en el frente sudoccidental de modo de permitir la recaptura de Kiev y el avance del 12º Ejército y las fuerzas de Budyonny sobre Lublin, de modo que las tropas del sudoeste no quedaran demasiado alejadas de su flanco izquierdo cuando comenzara su ofensiva inminente en el frente occidental.

Tujachevsky logró este resultado menor con su ofensiva de mayo, porque mientras daba duras batallas de retaguardia en el norte, Yegorov contraatacó el 5 de junio. La caballería de Budyonny atravesó las filas enemigas y el 12º y 14º Ejércitos siguieron sus pasos. Las fuerzas polacas entraron en precipitada retirada; el 8 de junio Budyonny tomó Zhitomir. Kiev fue recapturada el 12 de junio; el 25 de junio fue ocupado Brody. Pero mientras tanto la situación en el frente sudoccidental se había vuelto algo crítica, porque Wrangel había iniciado el 6 de junio un avance victorioso hacia el norte desde Crimea distraendo así refuerzos del frente sudoccidental que debieron ser enviados a enfrentarlo.

Para el comienzo de julio Tujachevsky había concentrado suficientes fuerzas como para iniciar la ofensiva. Los 48.837 infantes y 3.456 efectivos de caballería a su disposición durante su primer avance en mayo habían alcanzado ahora totales de 80.942 y 10.521 respectivamente, distribuidos del siguiente modo:

El 4º Ejército comprendía 14.000 efectivos de infantería y caballería, el 15º unos 26.000, el 3º unos 20.000 y el 16º unos 25.000. También estaba la 57 división de infantería, compuesta de unos 6.000 infantes y soldados de caballería; era una “división especial” que operaba en forma independiente en el flanco izquierdo del frente sudoccidental. Este más tarde

fue conocido como el Grupo Mosyryz, debido a su avance sobre Mosyryz.

El parque total de artillería del frente sudoccidental consistía en 395 cañones.

Tujachevsky señaló que sus fuerzas incluían también 68.725 hombres para los que no tenía armas, de modo que sólo podía emplearlos para reemplazar a los caídos en el frente.

Pilsudski estimó a las fuerzas enemigas que lo enfrentaban en Rusia Blanca en una cifra máxima de 200.000 hombres. Las estadísticas de los departamentos de equipamiento y comisariado del Estado Mayor de la Unión Soviética dan un total de 795.645 hombres y 150.572 caballos empleados en el frente occidental durante la campaña polaca, y Pilsudski sostiene que el Alto Mando rojo pudo poner en el campo de batalla algo más del 25 por ciento de todos los hombres de este frente. Debe notarse, sin embargo, que él evaluaba que sólo entre un 12 y un 15 por ciento de los hombres del Ejército Polaco pudieron entrar en acción “por su inferior disciplina y su debilidad y cobardía polaca”.

Pilsudski estima las fuerzas comandadas por el general Szepycky en el mismo sector que Tujachevsky en no más de 100 a 120.000 hombres. También cree que tenía entre 120 y 180.000 bajo su propio mando cuando comenzó su contraofensiva en agosto, siendo explicable esta gran imprecisión en sus estimaciones, según afirma quejosamente, “por la gran confusión prevaleciente en aquel tiempo”. Pero indudablemente hay que tomar todas las estadísticas de ambos beligerantes con la mayor reserva.

En junio Pilsudski quería “liquidar a Budyonny rápidamente”, porque los reveses de Tujachevsky en mayo lo llevaron a creer que no debía prever una ofensiva rusa en el norte en

forma inmediata. Por lo que transfirió considerables fuerzas al sur.

“No le daba ninguna importancia a la caballería de Budyonny”, escribió, “y pensé que sus victorias en anteriores teatros de guerra soviéticos fueron debidas más a la desintegración interna de las fuerzas de sus oponentes que a algún valor en sus métodos de lucha”. En consecuencia Pilsudski no prestó atención nuevamente a su frente Norte hasta que sus intentos por derrotar a Budyonny hubieron fracasado, es decir, poco antes de que abriera la ofensiva de Tujachevsky. Entonces dejó las operaciones contra Budyonny en manos de Rydz-Smigly, “que, al igual que casi todos los demás no se tomaba en serio la caballería del enemigo”.

El 4 de julio Tujachevsky lanzó un ataque en el sector entre Beresina y el norte de Dvina. Agrupó los ejércitos 4º, 15º y 3º en su ala derecha, obteniendo así una enorme superioridad numérica en el punto que había elegido como centro de sus operaciones. Atacando a 30.000 polacos con 50.000 infantes y 10.000 tropas de caballería (el 2º Ejército de caballería, al mando de Gay), atravesó el frente polaco y las tropas soviéticas avanzaron hacia el oeste en dirección a Varsovia.

El 14 de julio se tomó Vilna; el 19 cayó la antigua fortaleza de Grodno; el 27 los rusos estaban en Ossovetz. Pilsudski entonces pensó en lanzar un contragolpe sobre el flanco izquierdo de Tujachevsky desde el área de Brest-Litovsk; el 30 de julio el general Sikorski que comandaba las fuerzas que defendían la fortaleza le informó que no podían mantenerse diez días. Pero Brest-Litovsk cayó el 1 de agosto, dos días más tarde, y el mismo día fue tomado Bialystok.

Pilsudski nos ha dado la siguiente descripción de los Ejércitos Rojos y la impresión que causaron sobre las fuerzas polacas y la República Polaca entera:

“Las tropas de Tujachevsky avanzaron continuamente en cuanto se despejó el camino para el 4º Ejército y la caballería. Un día estaban a sólo 20 kilómetros de Varsovia y sus alrededores, es decir, a sólo un día de marcha normal. Este avance incesante, al estilo de un gusano, de una inmensa horda enemiga, que se mantuvo semanas enteras, con interrupciones espasmódicas aquí y allá, nos daba la impresión de algo irresistible como terribles nubes de tormenta que ruedan hacia adelante sin encontrar oposición. La presión de esta tormenta eléctrica rompió las juntas del aparato de estado, debilitó nuestra voluntad y le quitó el valor a nuestros soldados. En esta marcha sobre Varsovia, que se originó indudablemente en la energía y voluntad de Tujachevsky, éste demostró que se había convertido en un general muy por encima del comandante común y promedio.”

Pilsudski “llegó entonces a una decisión contraria a toda lógica y a los principios sanos de la guerra”. Retiró un número de unidades del frente sur polaco, dejando sólo dos divisiones y media de infantería para enfrentar al 12º Ejército Rojo y la caballería de Budyonny. Planeó su contraofensiva sobre el supuesto teórico de que no existían estas fuerzas soviéticas.

De esta manera concentró contra los rusos más de veinte divisiones en el frente occidental, quince de las cuales debían cumplir el papel pasivo de defensores de Varsovia. Su tarea se hizo posible y se vio facilitada por el hecho de que, pese al boicot iniciado por los trabajadores alemanes, le llegó considerable cantidad de material de artillería desde Francia.

Pilsudski niega a los franceses toda participación en su victoria sobre las fuerzas soviéticas y atribuye todos sus éxitos a la energía y la capacidad aportada por él y sus asociados polacos. “Fue debido a la extraordinaria energía evidenciada por el general Sosnovski en el área de Varsovia, que la artillería apareció en escena con una fuerza hasta entonces nunca vista

en nuestra guerra. Se aproximó mucho al ideal determinado por las experiencias de la Guerra Mundial. Con esta artillería pudimos desarrollar un fuego graneado apropiado.”

Cuando la artillería francesa manejada por oficiales franceses bajo el mando del general Sosnovski había aliviado a Pilsudski de la mayor parte del cuidado de Varsovia, éste concentró las cinco divisiones y media en el área de Deblin-Lublin, con la intención de enviarlas contra el flanco izquierdo desguarnecido de Tujachevsky en la dirección de Brest-Litovsk.

Pese a su avance continuo, los rusos en el frente occidental estaban en una posición crítica. Ambas alas de la fuerza principal quedaron en el aire. El 4º Ejército que operaba en el flanco derecho en conjunción con la fuerte tropa de caballería de Gay y el 5 de agosto había recibido órdenes de virar hacia el sur y avanzar en la dirección de Medlin-Varsovia, continuó su marcha en dirección noroeste hacia el corredor polaco, perdiendo por tanto contacto con el alto mando. En su libro, Pilsudski cita el ingenio de un oficial francés, que dijo que “en vez de llegar a Varsovia, el 4º Ejército ruso luchó contra el tratado de Versalles más que contra Polonia”.

En la madrugada del 16 de agosto Pilsudski lanzó su contraofensiva desde el área Deblin-Lublin. “Esta operación ilógica contraria a los principios sanos de la guerra” llevó a un triunfo completo debido a que las fuerzas rojas de los ejércitos del sudoeste no entraron en acción. Pilsudski se encontró con que sólo se oponían a sus fuerzas unos pocos miles de hombres del “Grupo Mosyrz”, que estaba dividido en muy pequeñas unidades que formaban un cordón ancho pero poco consistente contra Deblin-Lublin. Estos se retiraron en desorden cuando las divisiones polacas cayeron sobre ellos.

Las tropas de Pilsudski prácticamente no enfrentaron resistencia en los primeros tres días de su ofensiva. El mariscal que tomó responsabilidad directa por las operaciones, “sospe-

chaba que había trampas por todas partes”, “pensaba que estaba en una tierra encantada” y “veía misterios y acertijos por todas partes”.

El 18 de agosto Pilsudski estaba de vuelta en Varsovia donde dio orden para un avance general en toda la línea. El mismo día Tujachevsky ordenó una retirada general, pero “el comandante del 4º Ejército Rojo desobedeció las órdenes y comenzó un nuevo avance en dirección a Prusia oriental”. Las restantes formaciones del Ejército Rojo fluyeron en desordenado retroceso hacia sus posiciones originales en Beresina y el norte de Dvina, mientras que el 2º Ejército de caballería y partes del 4º Ejército que habían avanzado demasiado hacia el oeste se vieron forzados a ir sobre suelo prusiano oriental y quedaron prisioneros en Alemania hasta el fin de las hostilidades.

Se impuso un armisticio el 2 de octubre, cuando las fuerzas soviéticas ocupaban la línea que ahora forma la frontera entre ambos países, y el 18 de marzo de 1921 se firmó un tratado de paz entre Polonia y la Rusia soviética en Tallinn.

Los cargos de Tujachevsky contra Stalin, Yegorov y Voroshilov

Tujachevsky atribuye el colapso de la ofensiva rusa al hecho de que las fuerzas del frente sudoeste en general y el 1º Ejército de caballería en particular fueron inducidas por Stalin y Voroshilov a desobedecer las órdenes del comandante en jefe. En vez de actuar de acuerdo con sus instrucciones de concentrarse en el área de Samosz-Hrubezov, listos para un ataque sobre Lublin, continuaron su marcha sobre Lovov. Resume del siguiente modo la situación al comienzo de la ofensiva polaca:

“Los polacos hicieron un reagrupamiento audaz pero inteligente de sus fuerzas; dejando a Galitzia a su suerte, concentraron sus fuerzas para el ataque principal en el decisivo frente occidental. En ese momento crítico nuestras tropas estaban dispersas y moviéndose en varias direcciones. Nuestra ala izquierda, es decir los grupos que componían nuestro frente sudoccidental, fueron una fuente continua de preocupaciones en este sentido. Anticipando que el ejército de caballería estaría a disposición del frente occidental en todo momento y que estaríamos en condiciones de unimos con él, planeamos la formación de un grupo fuerte, que debía marchar sobre Lublin mientras concentrábamos allí las principales fuerzas del 12º Ejército y el 1º Ejército de caballería.

”Si se hubiera hecho esto a su debido momento, nuestro grupo de ejército allí hubiera significado una amenaza para los polacos, en cuyo caso no se hubieran atrevido a arriesgarse a atacar desde el área de Deblin-Lublin, porque entonces se habrían colocado en una situación crítica. Aún si el avance del ejército de caballería se hubiese demorado, las fuerzas polacas hubieran estado expuestas al peligro de una derrota completa e inevitable, porque nuestras fuerzas de caballería victoriosas los habrían tomado por la retaguardia.”

Ampliando la declaración de Tujachevsky debemos agregar que según Pilsudski sólo había 16.000 efectivos polacos para cerrar el paso a los 35.000 hombres que componían el 12º Ejército y el Ejército de Caballería, si éstos hubiesen avanzado sobre Lublin. Pero luego de la caída de Brody, el 25 de junio Stalin y Voroshilov dieron órdenes a la caballería de que virara en dirección a Lvov. “Lo peor de todo, observa Tujachevsky, es que nuestro ejército de caballería victorioso se vio envuelto en un severo combate en Lvov por esos días, perdiendo tiempo y dilapidando sus fuerzas en encuentros con la infantería fuertemente atrincherada frente a la ciudad y sostenida por caballería y fuertes escuadrones aéreos.”

Budyonny incluso continuó sus insensatos ataques contra las fortificaciones de Lvov cinco días después del inicio de la ofensiva de Pilsudski. No ordenó a sus debilitadas fuerzas que marcharan sobre Lublin hasta que “fue demasiado tarde”.

Pilsudki, que fue el gran rival de Tujachevsky y vencedor en el teatro de guerra polaco, hace la siguiente crítica de los ataques de su oponente contra los comandantes del frente sudoccidental:

“Si Tujachevsky esperaba cooperar con las fuerzas rusas del sur, debió haber esperado el desarrollo de sus operaciones allí y haberlos apoyado cuando era necesario. Pero en cuanto se decidió a avanzar hasta el Vístula sin esperar ayuda del sur, no tenía derecho a protestar más tarde por la falta de tal ayuda.”

Aquí Pilsudski pasa por alto el hecho de que Tujachevsky no estaba al mando de todas las fuerzas soviéticas y, así, le resultaba imposible dirigir los movimientos de los ejércitos del frente sudoccidental de acuerdo con sus propios deseos. En virtud del acuerdo al que llegó con S. Kamenev, las fuerzas del frente sudoccidental debían subordinarse a él luego de la captura de Brest-Litovsk; aunque sus tropas tomaron esta fortaleza el 1 de agosto, no fue hasta el 11 que Kamenev instruyó a sus comandantes “reagrupar sus fuerzas y despachar el ejército de caballería a Zamosc-Jrubeszov de inmediato”. El 12º Ejército de Yegorov fue puesto bajo el mando de Tujachevsky el 13 de agosto, pero al igual que el ejército de caballería, fue inducido por Stalin y Voroshilov a desobedecer estas órdenes.

Aparte de las observaciones citadas, Pilsudski es de la opinión de que una concentración de la caballería en el área de Zamosc-Hrubeszov habría anulado todo su plan de operaciones. “La eliminación de las poderosas fuerzas de combate que el enemigo poseía en la caballería de Budyonny era una con-

dición básica para la ejecución exitosa de mi plan”, escribe. “Nuestro frente sudoccidental debió ser abandonado a su suerte. No me parecía imposible que las fuerzas de caballería que nos habían infligido tanto daño reanudaran su marcha en avance. Su línea correcta de marcha era la que los hubiera acercado a los principales ejércitos rusos comandados por Tujachevsky, y esto también hubiera significado la mayor amenaza de peligro para nosotros. Todo me parecía negro y desesperanzado, siendo los únicos puntos favorables en el horizonte el que Budyonny no atacara mi retaguardia y la debilidad mostrada por el 12º Ejército Rojo.”

Pilsudki comenzó su ofensiva con sólo “estos puntos favorables en el horizonte”. Pero reconoció por adelantado que “sabía que las debilitadas fuerzas del frente sur no estarían en condiciones de contener al enemigo que las enfrentaba y por tanto instruí al 6º Ejército que retrocediera lentamente sobre Lvov en caso de que los rusos presionaran. Pero en caso de que Budyonny girara hacia el sur, ordené que nuestra caballería cooperara con las mejores divisiones de infantería que hubiera en esa zona con el fin de perseguirlo y retardar su avance a cualquier costo”.

Tujachevsky incluso no ponía tanto énfasis en la importancia decisiva de un ataque de la caballería rusa sobre el flanco de las tropas de choque polacas. Pilsudski planeó atraer a Budyonny aún más hacia los alrededores de Lvov con la retirada de sus propias tropas, pero también dio estrictas órdenes a sus tropas de retardar a cualquier costo el avance hacia el norte del jefe de la caballería.

Pilsudski va, sin embargo, aún más lejos. En vistas del peligro que lo amenaza, recurre a “una acción extremadamente arriesgada”. “Al retirar las divisiones de legionarios 1 y 3 del frente sur —escribe— abrí el camino para que la caballería de Budyonny nos atacara.”

Este era, en realidad, el elemento “ilógico” en el plan de ataque de Pilsudski “que iba en contra de los principios sensatos de la guerra”. Pero el 15 de agosto pudo observar triunfante que “el ejército de caballería de Budyonny desarrollaba actividades en el sur y nuestro 6º Ejército comenzó a retroceder hacia Lvov bajo la presión que él ejercía”. Estas operaciones lo aseguraban más o menos contra el riesgo de que la caballería roja lo atacara por el flanco o la retaguardia, de modo que pudo iniciar su ofensiva el 16 de agosto con más tranquilidad.

¿Con qué argumento defienden su acción los comandantes rusos del frente sudoccidental, Stalin, Voroshilov y Yegorev?

Al principio no intentaron defenderse. Recién algunos años más tarde, cuando ya Stalin estaba comprometido en su lucha contra Trotsky fue que afirmó que todo el plan de campaña desarrollado por Tujachevsky y Trotsky estaba mal concebido y que “estaba basado en un punto de vista meramente militar que ignoraba los aspectos políticos”. Su queja fue que este plan de campaña, basado en la circundación de Varsovia desde el norte, implicaba una marcha a través de áreas agrícolas, mientras que los grandes centros industriales estaban en una línea de avance a través del territorio al sur y sudoeste de Varsovia.

Pero la teoría de Stalin no se ve exactamente fortalecida por el hecho de que Lvov opuso una dura resistencia al avance de los Ejércitos Rojos del sudoeste, pese a su gran población proletaria. Lo que es más, cualquier Ejército Rojo que avanzara de Lodz a través de territorios al sur de Varsovia hubiera estado en peligro de sufrir ataques por el flanco, desde el norte y el sur, es decir, desde la fuertemente fortificada Varsovia y la fortaleza de Cracovia, que lo hubiera tomado en una pinza y lo hubieran aplastado.

El plan de Tujachevsky se basaba en la idea de que el gran giro de su ala derecha le permitiría obtener sostén de la Li-

tuania aliada y una Alemania con un fuerte movimiento obrero. Pero en todo caso un comandante subordinado no puede hacer permitir que fracase todo un plan de campaña simplemente porque no lo aprueba y prefiere pelear su propia guerra.

En realidad ni Stalin, ni Voroshilov, estaban motivados en 1920 por el deseo de “aplicar teorías revolucionarias científicas”. La verdadera razón de sus acciones era la vieja pelea y rivalidad entre Tujachevsky y los comandantes de las fuerzas sudoccidentales, a lo que podemos agregar los viejos elementos guerrilleros que llevaban en la sangre. Su plan de capturar Lvov no fue desarrollado hasta después de la caída de Brody. “Lvov está tan cerca, apenas unos cien kilómetros fuera de nuestra ruta”, dijeron. “¡Vamos! ¡A tomarla!”

Tujachevsky en su libro traza un paralelo entre la conducta de los jefes del frente sudoccidental y el comportamiento del general Rennenkampff en la batalla de Tannenberga en 1914. Amplió esta comparación con más detalles en conferencias en la Academia de Guerra y acusó a aquellos comandantes de traición deliberada. En aquel tiempo, sin embargo, Voroshilov era sólo un insignificante comandante de un distrito militar en el Cáucaso.

Hay, por cierto, determinado parecido entre el comportamiento del general Rennenkampff en 1914 y la conducta de los jefes del frente sudoccidental, que hoy son los dirigentes del gobierno y el ejército soviético. En agosto de 1914 los rusos invadieron Prusia oriental con dos ejércitos, con uno al norte bajo el mando de Rennenkampff que entró al territorio alemán desde el este, mientras que Samsonov dirigía fuerzas que atacaban desde el sur. El alto mando alemán decidió despejar el frente fronterizo a Rennenkampff de prácticamente todas sus tropas, de modo de buscar una victoria decisiva sobre Samsonov en el sur. El general Max Hoffmann que cumplió

un papel de primer orden en la batalla, da la siguiente descripción de la situación crítica de las fuerzas alemanas y de la conducta de Rennenkampff, que hizo posible la victoria alemana, en su libro *La guerra de las oportunidades perdidas*.

“Nadie, no importa cuán ignorante del arte de la guerra sea, podía dejar de ver que era imposible trasladar dos cuerpos de ejército del frente norte al del sur; nadie podía suponer que el general Rennenkampff se mantendría inactivo al recibir la noticia de la retirada alemana en la mañana del 21. El predecesor de Hindenburg, Prittwitz, no podría haber soportado la tensión de sus nervios en los días siguientes causada por esta cuestión vital: ¿Atacará o no Rennenkampff?

”El general Samsonov envió orden tras orden a Rennenkampff de que persiguiera a los alemanes, pero el ejército de Rennenkampff persistió en su incomprensible inmovilidad. Por lo tanto los comandantes alemanes despacharon dos cuerpos más de ejército al frente sur, en orden de utilizarlos para la batalla decisiva contra Samsonov.

”Surge naturalmente la pregunta de por qué Rennenkampff se negó a atacar a pesar de las repetidas órdenes que le envió Samsonov por el inalámbrico. El menor avance de su parte hubiera evitado la catástrofe de Tannenberg.

”Por consiguiente quisiera mencionar el rumor de que Rennenkampff negó su ayuda por enemistad personal hacia Samsonov. Sé por cierto que existía tal enemistad personal entre los dos hombres: venía desde la guerra ruso-japonesa en la batalla de Liao-Yang, cuando Samsonov tomó la defensa de las minas de carbón de Yentai con su división de cosacos siberianos, pero se vio obligado a evacuarlas porque el destacamento de Rennenkampff en el ala izquierda rusa se mantuvo inactiva pese a repetidas órdenes. Testigos me han contado de las palabras fuertes que hubo entre los dos comandantes en la estación de ferrocarril de Mukden luego de la batalla.”

El parecido entre el comportamiento de Rennenkampf, que causó la aniquilación completa de un ejército ruso, y la conducta de los jefes del frente sudoccidental, que llevó a la derrota de una campaña son por cierto de lo más sorprendente. Pero los factores que finalmente llevaron a la victoria de Pilsudski deben buscarse en una fuente mucho más profunda que cualquier consideración militar.

“Revolución desde afuera”

El plan del avance ruso sobre Varsovia estaba basado en la idea fundamental de la confraternización revolucionaria con los trabajadores polacos y la exacerbación de los conflictos revolucionarios en Alemania. Tujachevsky planteó la cuestión: “¿Podía Europa respaldar el movimiento socialista constituido por la marcha sobre Varsovia, con una revolución en el oeste?”.

Dio la siguiente respuesta:

“Los hechos dicen que ‘Sí’. Los trabajadores manifestaron una abierta oposición a la Entente. Mandaron de vuelta los vagones de ferrocarril llenos de armas y comida que Francia había enviado para ayudar a Polonia; se negaron a descargar los barcos franceses e ingleses enviados a Danzig con armas y municiones; provocaron accidentes en los ferrocarriles, etc. De Prusia Oriental vinieron cientos y miles de voluntarios, que formaron una brigada de fusileros bajo la bandera del Ejército Rojo. En Inglaterra las clases trabajadoras animaban un muy activo movimiento revolucionario.

”Luego de que se pierde una guerra es naturalmente fácil descubrir errores y fallas políticas. Pero ‘una revolución

desde fuera' era una posibilidad. La Europa capitalista estaba profundamente convulsionada y quizá la guerra polaca podría haber actuado como un eslabón que uniera a la Revolución de Octubre y una revolución en Europa occidental, si nuestras fallas estratégicas y nuestra derrota en el campo de batalla no lo hubieran hecho imposible.

”Nuestra tarea era difícil, atrevida y complicada; pero la solución de los problemas del mundo no es nunca una tarea fácil. No hay ninguna duda de que la revolución de los trabajadores polacos se hubiera hecho realidad si hubiéramos tenido éxito en privar a la burguesía polaca de su ejército burgués. La conflagración causada por tal revolución no se hubiera detenido en las fronteras polacas; se hubiera extendido a toda Europa como las aguas de un torrente de montaña.

”El Ejército Rojo nunca olvidará esta experiencia de ‘revolución desde fuera’. Si alguna vez la burguesía europea nos desafiaba a otra guerra, el Ejército Rojo logrará destruirla. En tal caso el Ejército Rojo sostendrá y extenderá la revolución en Europa.”

El error de Tujachevsky debe buscarse en su visión demasiado optimista de la situación revolucionaria en Polonia, o, para decirlo mejor, su subestimación del antagonismo nacional entre la raza polaca y los Gran Rusos, que habían sido sus opresores nacionales por más de un siglo. Este error le hace honor a Tujachevsky porque nace de su fervor revolucionario.

E. N. Sergeyev, que comandó el 4º Ejército Rojo, era decididamente escéptico en su juicio sobre los sentimientos revolucionarios de los trabajadores polacos. En su libro *Del Dvina al Vístula*, escribió:

“Los ocupantes de oficinas políticas muy lejos del frente eran los únicos que creían seriamente en la posibilidad de

una Revolución Polaca. Nosotros en el ejército teníamos poca fe en ello, y obviamente nuestro intento de formar un Ejército Rojo Polaco en Bialystok es suficiente prueba del hecho de que nuestras fuentes de información nos dieron una visión demasiado optimista de la situación en Polonia.”

Las “oficinas políticas” deben incluir la propia “oficina” de Lenin y la de la Comintern, que él y Zinoviev dirigían por entonces.

Pilsudski presta detallada atención en su libro a la cuestión de la “Revolución desde afuera” tal como la define Tujachevsky.

“Polonia —escribe— estuvo dominada durante ciento veinte años por las bendiciones del dominio extranjero al que odiaba apasionadamente, porque se mantenía por el poder de las bayonetas foráneas. Cuando Tujachevsky extendió su mano para tomar el centro de nuestra vida nacional, Varsovia, nuestra capital, si sus bayonetas hubiesen cumplido su trabajo, el único lugar para la Revolución Socialista hubiera estado en la punta de esas mismas bayonetas, porque dentro de Polonia no tenía ningún valor. Y sin embargo todos los cálculos de Tujachevsky y su país se basaban en la idea de que las bayonetas sólo necesitan lanzar su llamado, y entonces habría la posibilidad de que se desarrollara la Revolución Soviética en la tierra que habían invadido.”

La verdad, en todo caso, debe estar en algún punto entre la visión formada por los bolcheviques, incluido Tujachevsky, por un lado y la de Pilsudski por el otro. Sin duda la mayoría del campesinado polaco, casi todas las bajas clases medias e incluso una parte de la clase obrera de Polonia simpatizaban con las ideas nacionalistas de la burguesía polaca. Trotsky, que conocía la historia polaca y la mentalidad del proletariado polaco lo suficiente como para prever el resultado, se opuso a

la idea de extender la invasión más allá de las fronteras étnicas de Polonia, pero era el único miembro del Comité Central Bolchevique que sostenía esta idea. En su trabajo *Acerca de la Doctrina Militar* se detiene en detalle sobre este problema de la “Revolución desde afuera” ejemplificada en la campaña polaca:

“Sobreestimamos el carácter revolucionario de la situación interna de Polonia. Esta sobreestimación se expresó en la extraordinaria agresividad —o, más correctamente, en el fracaso de la agresividad que podríamos haber desplegado— de nuestras operaciones militares. Simplemente nos lanzamos hacia adelante despreocupadamente, y todos conocen las consecuencias: nos empujaron hacia atrás. En la gran guerra de clases actual, la intervención militar desde fuera puede cumplir un papel concomitante, cooperativo, secundario. La intervención militar puede acelerar el desenlace y hacer más fácil la victoria, pero sólo cuando las condiciones sociales y la conciencia política están maduras para la revolución. La intervención militar tiene el mismo efecto que los fórceps de un médico; si se usan en el momento indicado pueden acortar los dolores del parto, pero si se usan en forma prematura simplemente provocarán un aborto.”⁹

⁹ En su *Historia Oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética*, Pepov da la siguiente exposición de la postura de Trotsky: “Trotsky ahora nos quiere hacer creer que se opuso a la marcha sobre Varsovia porque previó las desastrosas consecuencias. Incluso presume de trazar un paralelo entre Brest-Litovsk (el tratado de paz de 1918) y Varsovia (1920), sosteniendo que Lenin advirtió al partido del peligro en 1918 y él (Trotsky) hizo lo mismo en 1919. En realidad Trotsky no se oponía a la marcha sobre Varsovia sobre la base de lo inadecuado de nuestras fuerzas, sino a sus prejuicios social-demócratas que lo hacían adversario de la idea de imponer una ‘revolución desde afuera’ a cualquier país. En julio de 1920, el comité central rechazó las propuestas antibolchevistas, kautskistas de Trotsky del modo más definido.”

La marcha sobre Varsovia no pudo desencadenar una Revolución en Europa Central por la combinación de dos factores: la inmadurez del proletariado polaco debido a los siglos de opresión transcurridos bajo los Gran Rusos y los errores militares asociados con los nombres de Stalin, Voroshilov y Yegorov.

En el momento en que las tropas del Ejército Rojo cruzaron el Vístula el centro de gravedad de la revolución no estaba en ese río, sino en el Spree y en el Ruhr; había saltado de Varsovia a Berlín. La hipótesis interna requerida para un conflicto

Pero hoy Stalin sostiene el mismo punto de vista que Pepov le atribuye a Trotsky. Podemos recordar su conversación de marzo de 1936 con Howard, el presidente del sindicato americano de prensa, conocido como los diarios Scrips-Howard, de los que cito lo siguiente:

"Howard: ¿No opina usted que puede haber temores bien fundados en los países capitalistas de que la Unión Soviética pueda decidirse a realizar conversiones forzadas de otros países a sus teorías políticas?

"Stalin: No hay razón para tales temores, usted está grandemente equivocado si piensa que los hombres del Soviet quisieron alguna vez cambiar la situación de otro país, por cualquier medio, no hablemos ya de hacerlo por la fuerza.

"Howard: ¿Esta declaración suya implica que la Unión Soviética ha renunciado de alguna manera a sus planes e intenciones de lograr una revolución mundial?

"Stalin: Nunca tuvimos tales planes o intenciones.

"Howard: Me parece a mí, señor Stalin, que es corriente en el mundo una impresión distinta desde hace mucho tiempo.

"Stalin: Eso es el resultado de un malentendido.

"Howard: ¿Un trágico malentendido?

"Stalin: No, cómico. O quizá tragicómico. Es una tontería tratar de hacer de la revolución un artículo de exportación. Si un país quiere hacer una revolución la quiere hacer por sí mismo; y si no la quiero no habrá ninguna revolución. Decir que queremos hacer revoluciones en otros países interviniendo en su modo de vida es afirmar algo que no es cierto y que nunca hemos sostenido."

revolucionario decisivo entre el proletariado y la burguesía había madurado en Alemania en 1920. El mariscal de campo von Blomberg pasa revista a la situación que existía entonces en Alemania en su prefacio a la traducción alemana de las *Memorias*¹⁰ de Pilsudski, con las siguientes palabras:

“La guerra ruso-polaca no es meramente una cuestión de interés para militares. Su resultado tiene un significado histórico universal. Difícilmente pueda sobreestimarse su importancia para Alemania, porque en esta guerra estaba en juego algo más que la liberación nacional de Polonia y la continuada existencia de la República Polaca. En su aspecto más profundo era la cuestión de si la revolución bolchevique habría de penetrar más en Europa y de ese modo imponer su dominio sobre Alemania así como sobre otros países. En la Alemania de 1920 las condiciones preliminares esenciales para tal revolución existían. Polonia luego de una dura batalla empujó al bolchevismo de vuelta al país de sus orígenes y levantó una fuerte barrera contra su avance hacia el oeste. Así Polonia salvó del colapso a toda Europa, incluyendo a Alemania.”

Lenin estaba a favor de la ofensiva militar porque la marcha sobre Varsovia podría haber acelerado el colapso de la Europa capitalista y facilitado las victorias de los proletariados de Alemania y otros países europeos. Luego de la derrota de las fuerzas soviéticas frente a Varsovia, dio la siguiente explicación en un discurso pronunciado el 2 de octubre de 1920, en la celebración del Día del Sindicato de los Trabajadores de la Industria del Cuero:

“El Tratado de Paz de Versalles y todo el sistema internacional resultante de la victoria de la Entente sobre Alemania, se hubiera visto convulsionado si Polonia se hubiese convertido en un estado soviético y los obreros de Varso-

¹⁰ *Memorias de un soldado y revolucionario polaco.*

via hubiesen recibido de la Rusia Soviética la ayuda que esperaban. Esa es la razón por la cual el avance de los Ejércitos Rojos sobre Varsovia se convirtió en una crisis internacional. Para nosotros era sólo cuestión de un avance victorioso por unos pocos días más y entonces no sólo hubiésemos capturado Varsovia; también habríamos sacudido hasta sus cimientos el Tratado de Paz de Versalles. Ese es el significado internacional de nuestra guerra con Polonia.”

Capítulo V.

Trotsky y el Ejército Rojo

La historia oficial tal como se escribe hoy en día en la Unión Soviética niega el papel cumplido por Trotsky como organizador de las victorias del Ejército Rojo, y pinta a Stalin como el mayor líder militar de la Guerra Civil. En el trabajo histórico de Pepov encontramos lo siguiente:

“El alto honor de haber organizado las victorias del Ejército Rojo le pertenece en Primer lugar al Partido y a su líder, Lenin. El mejor y más leal colaborador de Lenin en la esfera militar fue el compañero Stalin. Fue el compañero Stalin quien en el otoño de 1918 cumplió un papel decisivo en la brillante defensa de Tassaritsyn contra el general Krasnov, que era entonces el más serio oponente del gobierno soviético. En

aquellos días Tasaritsyn sirvió como cuña entre los dos principales grupos de fuerzas de la Guardia Blanca en el sur y el este.

”En los primeros meses de 1919 la esforzada acción del compañero Stalin frenó el avance de Kolchak en el sector norte del frente oriental. El compañero Stalin también desplegó gran actividad en los frentes occidental y noroccidental en la primera mitad de 1919. Finalmente fue quien ideó el plan para la aniquilación de Denikin en el frente sur en el otoño de 1919.”

Esta historia oficial guarda silencio sobre el papel cumplido por Stalin en la campaña polaca de 1920 pero hace los siguientes comentarios sobre Trotsky:

“El partido obtuvo sus victorias en la Guerra Civil sobre los principales enemigos de los soviets bajo la conducción de Lenin y contra los consejos contenidos en los planes de Trotsky. No podemos negar el papel de Trotsky en la Guerra Civil como propagandista y como ejecutor de las decisiones del Comité Central, *cuando quiso cumplirlas*, pero su estrategia y toda su política estaban viciadas de muchos defectos orgánicos. El profundo descrecimiento de Trotsky en la capacidad del proletariado para dirigir al campesinado y la capacidad del partido para dirigir el Ejército Rojo es característico de su estrategia y política. Esto explica su introducción de la disciplina exclusivamente formal y de los métodos compulsivos acostumbrados de los ejércitos burgueses; aquí también podemos hallar la razón de sus esfuerzos por mantener al partido lo más alejado posible del ejército, su ilimitada confianza en los especialistas burgueses, y su baja opinión del Ejército Rojo en comparación con los ejércitos de la Guardia Blanca. Todo esto refleja la psicología de los ex oficiales zaristas que obtuvieron puestos en el estado mayor.”

Karl Radek escribió de un modo similar el 23 de febrero de 1935, el decimoséptimo aniversario del Ejército Rojo. Llamó a Stalin “el líder del ejército proletario y el genio militar de la Guerra Civil”, pero dijo de Trotsky que era “el prototipo del general pequeño burgués vacilante que saturó el frente con ex oficiales zaristas del estado mayor, sin tomar en cuenta su actitud hacia la Revolución o su capacidad militar, y trató de impresionar con sus imposibles uniformes de estado mayor. Pero a Stalin nunca le importaron las ‘charreteras’ de los oficiales”.

Las historias oficiales actuales no sólo le niegan a Trotsky sus méritos como conductor del Ejército Rojo; también niegan su papel como líder de la Revolución de Octubre en Petrogrado. Nada menos que José Stalin ha escrito las siguientes palabras en su folleto titulado *Acerca del Trotskismo*.

“Debo decir que Trotsky no cumplió ningún papel dirigente en la Revolución de Octubre ni podía haberlo hecho. Como presidente del Soviet de Petrogrado, simplemente ejecutó la voluntad del partido tal como se expresaba en sus resoluciones, que guiaron cada uno de sus pasos. No cumplió ningún papel destacado en el partido ni en la Revolución de Octubre, y por cierto no podía hacerlo, porque era un miembro relativamente nuevo del partido en aquellos días de Octubre.”

Un artículo central que apareció en *Pravda* el 6 de noviembre de 1918, en conmemoración del primer aniversario de la Revolución de Octubre, echa una luz relativamente diferente sobre la actividad de Trotsky durante esos días, pues afirma:

“Todo el trabajo y la organización práctica del levantamiento fue llevado a cabo bajo la dirección directa de Trotsky, el presidente del Soviet de Petrogrado. Podemos afirmar con toda certeza que debemos la pronta adhesión de la guarnición a la causa de los soviets y la hábil organi-

zación del trabajo del Comité Revolucionario de Guerra del partido en primer y principal lugar al compañero Trotsky.”

El autor de este artículo fue José Stalin y lo firmó con su nombre completo.

Larissa Reissner, la muchacha bolchevique que peleó en las filas de la Guardia Roja en la Revolución de Octubre y luego ingresó al Ejército Rojo como soldado raso, tomó parte en 1919 en la Guerra Civil como Comisario, agregada al estado mayor de la Flota del Báltico, y ganó reputación mundial más tarde por sus descripciones de la Guerra Civil. Ella describe a Trotsky en el frente en su libro *Octubre*.

El pasaje que cita se refiere a los días críticos de la Insurrección checoeslovaca, cuando el Ejército Rojo, que entonces recién estaba en proceso de formación, aún no había recibido su bautismo de fuego. Sus regimientos retrocedían aterrorizados ante la carga de los checoeslovacos. Se había perdido Kazan, y los restos del derrotado Ejército Rojo se reagruparon en Sviyazhsk.

“Trotsky llegó a Sviyazhsk el tercer o cuarto día después de la caída de Kazan. Su tren blindado se detuvo en la pequeña estación, con la evidente intención de quedarse un largo tiempo. Pronto se manifestó todo el genio organizativo de Trotsky. Se las arregló para hacer un racionamiento efectivo y trajo más baterías y varios regimientos a Sviyazhsk, pese a la evidente quiebra de los ferrocarriles —en síntesis, hizo todo lo necesario para enfrentar el inminente ataque. Lo que es más, no deberíamos olvidar lo que hubo que hacer en 1918, cuando aún ejercía su influencia destructiva la desmovilización general, y la gran sensación que causó en las calles de Moscú la aparición de un destacamento bien equipado del Ejército Rojo. Trotsky, en aquellos días remaba contra la corriente, contra el cansancio de cuatro años de guerra y contra

la remezón de la revolución que inundaba todo el país, llevando consigo las ruinas de la vieja disciplina zarista y engendraba un odio feroz a todo lo que hiciera recordar las órdenes de los oficiales, las barracas y la vida militar.

”A pesar de todo, las raciones mejoraron notoriamente; llegaron diarios, sobretodos y botas. Y allí donde se distribuían las botas encontramos un verdadero estado mayor. El ejército hundi6 fuerte sus raíces allí y ya no pens6 en huir.

”Trotsky logr6 darle a su ej6rcito reci6n nacido una columna vertebral de cero. Se qued6 a vivir en Sviyazhsk con la firme determinaci6n de no ceder una pulgada de territorio. Logr6 ser un conductor sabio, inflexible y firme de su peque6o pu6ado de defensores.”

Mientras el Ej6rcito Rojo se preparaba para atacar Kazan, una gran formaci6n de tropas de la Guardia Blanca gan6 la retaguardia de las fuerzas sovi6ticas por la noche y atac6 la estaci6n de ferrocarril de Sviyazhsk.

Entonces Trotsky moviliz6 todo el personal del tren — funcionarios, telegrafistas, camilleros y su propia custodia— en pocas palabras, todo el que pudiera empu6ar un fusil. Las oficinas del estado mayor se vaciaron en un abrir y cerrar de ojos; nadie se qued6 en la base.”

Todas estas fuerzas fueron lanzadas contra los guardias blancos que se acercaban al tren; el enemigo no descubri6 que toda la oposici6n que lo enfrentaba era un pu6ado de combatientes reunidos de apuro, detr6s de los cuales no haba nadie m6s que Trotsky y Slavin, el comandante del 56 cuerpo de ej6rcito. Esa noche el tren de Trotsky se qued6 ah6, sin su locomotora, como lo hac6a siempre. Ni una sola unidad del 56 Ej6rcito, que estaba por iniciar la ofensiva y haba avanzado una distancia considerable desde Sviyazhsk, vio interrumpido su descanso por un llamado para que volviera del frente a

ayudar en la defensa de la ciudad casi desprotegida. El ejército y la flotilla no supieron nada del ataque nocturno hasta que ya había pasado, y los guardias blancos retrocedieron en la firme convicción que se habían enfrentado prácticamente con una división entera.

“Al día siguiente veintisiete desertores que se habían refugiado en los barcos comparecieron ante una corte marcial y luego fueron fusilados. Entre ellos había varios comunistas.

”Cualquiera que haya vivido con el Ejército Rojo, que haya nacido y crecido con él en la lucha en Kazan, puede confirmar el hecho de que el espíritu de hierro de este ejército nunca podría haberse solidificado y que nunca se habría dado el estrecho contacto entre el partido y la masa de soldados y el igualmente estrecho contacto entre el combatiente raso y el oficial al mando supremo, si en las vísperas del sitio a Kazan, que habría de costar la vida de tantos cientos de soldados, el partido no hubiese hecho esta demostración ante los ojos de todo el ejército de hombres dispuestos a hacer el sacrificio supremo por la Revolución, si no hubiese mostrado que las duras leyes de la disciplina fraterna les cabía también a los miembros del partido, y que tenía el coraje de aplicar las leyes de la República Soviética tan duramente a ellos como a cualquier otro transgresor.

”Los veintisiete fueron fusilados y sus cadáveres llenaron la brecha que los Blancos habían abierto en la confianza y la resolución del 5º Ejército.

”Un ejército de obreros y campesinos tenía que expresarse de un modo u otro; tenía que crear su propio aspecto exterior y tomar su propia forma, pero nadie podía profetizar cómo se daría esto. En aquel entonces naturalmente no había ningún programa dogmático y ninguna receta para el crecimiento y desarrollo de este poderoso organismo.

”Sólo había una premonición en el partido y en las masas, una especie de conjetura creativa, concerniente a la naturaleza de esta, hasta entonces, desconocida organización militar revolucionaria, que forjó características nuevas y genuinas en cada día de combate. El mérito especial de Trotsky puede encontrarse en el hecho de que necesitaba sólo un instante para percibir la menor reacción en las masas de hombres, que ya llevaban la marca de esta fórmula organizativa única en sus personas.

”Trotsky recolectó y sistematizó cada pequeño método de trabajo que podía ayudar a la asediada Sviyazhsk a simplificar, corregir y acelerar el trabajo militar.

”Un hombre que es un excelente orador, y que ha desarrollado la forma racional, sin falla, plástica, de un nuevo ejército, puede sin embargo congelar su espíritu o permitir que éste se disipe. Tales riesgos sólo pueden ser eliminados si el hombre es también un gran revolucionario con una intuición creativa y con un transmisor interno de cien kilovats de potencia, sin el cual nadie puede dirigirse a las masas.”

Trotsky poseía esta capacidad de iniciativa.

“El soldado, comandante y comisario de guerra que había en él nunca pudieron eliminar al revolucionario. Y cuando en su voz metálica sobrehumana denunciaba a un desertor, realmente temía en él al amotinado cuya traición o simple cobardía eran tan dañinas y destructivas, no sólo para las operaciones militares, sino para toda la causa de la revolución proletaria.”

Estas son las palabras de Larissa Reissner. Podemos agregar que la gran moral revolucionaria de Trotsky le permitía ver a los combatientes del Ejército Rojo, no sólo como sus soldados de la Guerra Civil, sino también como los constructores

del futuro orden socialista. Los “voluntarios” de Wrangel cantaban en 1919:

“Se acerca una nave,
contra sus costados golpean las olas
cuando los hombres del Ejército Rojo
traten de desembarcar
se los daremos a comer a los peces”.

El Ejército Rojo lo adaptó para su propio uso sustituyendo:

“Cuando los voluntarios de Wrangel
traten de desembarcar
se los daremos a comer a los peces.”

Pero Trotsky dio una orden prohibiendo esta parodia, con el argumento de que los voluntarios de Wrangel eran sólo hombres engañados, y que la revolución proletaria encontraría la manera de traerlos a su lado. Tales versos, explicó, eran simplemente producto de la brutalización militar, que los soldados del Ejército Rojo deben repudiar, porque eran el material humano con el que se debía construir el estado socialista.

Uno de los grandes méritos de Trotsky como organizador del Ejército Rojo, fue la manera en que aplicó su conocimiento teórico al trabajo práctico menor de todos los días, en la construcción del ejército. Poco después del comienzo de los cuatro años de Guerra Civil un grupo de trabajadores militares bolcheviques propuso una “Doctrina Militar Especial del Proletariado Revolucionario”, que culminaba con la “Teoría de la Ofensiva Total”, a lo que Trotsky les dio la siguiente respuesta:

“Debemos dedicar toda nuestra atención al mejoramiento de nuestros materiales y a hacerlos más eficientes, más que a fantásticos esquemas de reorganización. Cada unidad del ejército debe recibir sus raciones regularmente, no se debe permitir que se pudran aprovisionamientos de comida y las comidas deben cocinarse como es debido. Debemos enseñarles a nuestros soldados a ser limpios y asegurarnos de que exterminen a los insectos. Deben hacer correctamente la instrucción militar y lo más posible al aire libre. Debe enseñarseles a hacer breve y razonable su discurso político, a limpiar sus fusiles y engrasar sus botas. Deben aprender tiro y deben ayudar a sus oficiales a asegurar una observancia estricta de los reglamentos para mantener el contacto con otras unidades en el campo de batalla, el trabajo de reconocimiento, informes y montar guardia. Deben aprender y enseñar el arte de la adaptación a condiciones locales, deben saber colocarse en forma apropiada las polainas para evitar lastimarse las piernas y una vez más deben aprender a engrasar sus botas. Ese es nuestro programa para el año que viene en general y la próxima primavera en particular, y si cualquiera quiere aprovechar ocasiones solemnes para describir este programa práctico como una ‘doctrina militar’, bienvenido.”

Con esta definición de las tareas que tenía por delante, Trotsky le dio al Ejército rojo la palanca que necesitaba para levantar el nivel general de eficiencia.

Dado que ya hemos citado la opinión de Radek en 1935 sobre el papel cumplido por Trotsky en la evolución del Ejército Rojo, no estaría mal citar el artículo titulado *León Trotsky, Organizador de la Victoria*, que escribió en 1923:

“Nuestro aparato de Estado suena y rueda. Pero nuestro verdadero éxito es el Ejército Rojo. Su creador y su centro nervioso es el compañero L. D. Trotsky. La historia de la Revolución Proletaria ha demostrado que las plumas (Pluma era el

seudónimo de Trotsky antes de la Revolución) pueden convertirse en espadas. Trotsky es uno de los mejores escritores sobre socialismo internacional, pero sus dotes literarias no le han impedido transformarse en el primer conductor y el primer organizador del primer ejército del proletariado.

”El genio organizativo de Trotsky se expresó en la actitud valiente con la que adoptó la idea de emplear especialistas militares para construir el ejército. Sólo la fogosa fe de Trotsky en nuestro poder social, su fe en nuestra capacidad de encontrar los mejores medios para obtener réditos de los conocimientos de estos expertos militares, al mismo tiempo que nuestra negativa a permitirles que nos mandaran en cuestiones políticas, su fe en la capacidad de vigilancia de los trabajadores progresistas para triunfar sobre las intrigas contrarrevolucionarias de los antiguos oficiales zaristas, pudo quebrar las sospechas de nuestros trabajadores militares y enseñarles a utilizar las habilidades de estos oficiales. Sólo podíamos encontrar una solución práctica exitosa a este problema descubriendo un jefe militar con una voluntad de hierro y que no sólo contara con la plena confianza del partido sino que también pudiera utilizar su voluntad de hierro para dominar a los capataces a los que obligó a servir a nuestra causa. No sólo encontró el compañero Trotsky una manera de subyugar a estos ex oficiales del viejo ejército en virtud de la energía que desplegó; fue aún más lejos, pues se las arregló para ganar la confianza de los mejores elementos entre los expertos y convertirlos de enemigos de la Rusia soviética en convencidos adherentes a nuestra causa.

”En este caso la Revolución Rusa ha trabajado a través del cerebro, el corazón y el sistema nervioso de su gran representante. Cuando nos aventuramos por primera vez a la batalla, L. D. Trotsky nos mostró cómo aplicar los principios de una campaña política al conflicto armado en el que teníamos que usar argumentos de acero. Concentramos todas nuestras fuer-

zas materiales en la guerra. Todo nuestro partido comprende la necesidad de hacerlo, pero esta necesidad encontró su mayor expresión en la voluntad de hierro de Trotsky.

”Luego de nuestra victoria sobre Denikin en marzo de 1920, Trotsky le dijo al Congreso del Partido: ‘¡Saquemos toda Rusia para vencer a los Blancos!’ En estas pocas palabras expresó toda la vasta concentración de voluntad que necesitábamos para la victoria. Necesitábamos un hombre que pudiera encarnar nuestro llamado a la lucha, que pudiera ser un toque a rebato que nos llamara a las armas y a obedecer esa voluntad que demandaba, primero y principalmente, subordinación incondicional a la gran y terrible necesidad de ir a la guerra. Sólo un hombre que supiera trabajar como lo hizo Trotsky, sólo un hombre que supiera hablarle a los soldados como lo hacía Trotsky, sólo un hombre así podía convertirse en el portaestandarte de los obreros armados.

”Lo era todo en una sola persona. Sopesaba los consejos estratégicos de sus expertos en su cerebro y encontraba la manera de aplicarlos con la mayor ventaja bajo las condiciones sociales como las veía él. Sabía combinar el impulso que emanaba de catorce frentes y diez mil comunistas que le decían en el centro lo que podía esperar del ejército, cómo mejor trabajar con él y qué forma darle; sabía cómo fundir todas estas cosas en un plan estratégico y un esquema organizativo. Y con todo este magnífico trabajo que cumplía, comprendía como nadie, la manera de aplicar su conocimiento ni significado de los factores morales en la guerra.

”El nuestro era un ejército campesino. En él la dictadura del proletariado, es decir, el comando de este ejército por obreros y representantes de las clases trabajadoras, se concretó en la persona de Trotsky y en las de los compañeros que colaboraron con él. Se logró, por sobre todo, gracias al modo en que Trotsky se servía de la ayuda de todo el aparato del partido

para inspirar a este ejército de campesinos cansados de guerra, con la profunda convicción de que peleaban por sus propios intereses.

”Trotsky trabajó con todo nuestro partido en la tarea de crear un Ejército Rojo. No lo podría haber hecho sin la cooperación del partido. Pero la creación del Ejército Rojo y sus victorias hubieran exigido muchos más sacrificios si él no hubiese estado allí. Si nuestro partido es el primer partido del proletariado que logró construir un gran ejército, esta página gloriosa en la historia de la Revolución Rusa debe ir unida por siempre al nombre de León Davidovitch Trotsky, el hombre cuyos trabajos y hazañas serán objeto no sólo de veneración, sino también de estudio para las generaciones futuras de trabajadores, que se lancen a la conquista de todo el mundo.”

Este fue el juicio de Karl Radek sobre el papel de Trotsky como creador, organizador y conductor del Ejército Rojo en febrero de 1923, cuando Lenin vivía, y él estaba aún bajo el control de Lenin.

En sus recuerdos de Lenin (*Vladimir Lenin*) Máximo Gorki relató una conversación que tuvo con él. Cuando en el curso de la misma mencionó la hostilidad de ciertos bolcheviques hacia Trotsky, Lenin golpeó la mesa con el puño y dijo:

“Muéstreme otro hombre que sea capaz de crear prácticamente un ejército modelo en un año y ganar también el respeto de los expertos militares. ¡Nosotros tenemos ese hombre! ¡Nosotros tenemos todo!”

Capítulo VI.

El Ejército Rojo en los años de paz

La caída de Trotsky: Frunse y Voroshilov

En el otoño de 1924, unos pocos meses después de la muerte de Lenin, Zinoviev exigió la remoción de Trotsky de su puesto de Comisario de Guerra y su expulsión del partido.

En el prefacio a su libro sobre la Revolución de Octubre, Trotsky critica muy duramente la actitud vacilante de Zinoviev en esos días y su oposición a la decisión del partido de iniciar la revolución. Trotsky también plantea la pregunta: ¿Qué hubiera sucedido si Zinoviev hubiese sido el líder del partido en 1917, si hubiese ocupado el puesto de autoridad que era suyo en 1923 y nuevamente en 1924, cuando encabezaba la Comintern?

La deducción política que debe extraerse del razonamiento de Trotsky es que hubiese sido necesario una conducción que ofreciera las mayores garantías, para evitar derrotas similares a las sufridas por el proletariado alemán en 1923, cuando las circunstancias le eran favorables.

En el otoño de 1924 la conducción del partido y el estado estaban en manos de la así llamada Troika¹¹ o triunvirato de Zinoviev, Kamenev y Stalin. El último de los nombrados, que previamente había incitado a Zinoviev a la acción contra Trotsky, de pronto apareció en el papel de “mediador”, y así se llegó a un compromiso. Trotsky fue relevado de sus funciones militares, pero se mantuvo como miembro del Partido Bolchevique.

Varios meses antes Sklansky, el primer vice-comisario de Guerra y el amigo confidencial más cercano de Trotsky, había sido relevado de la noche a la mañana, cuando se encontraba de franco, y enviado a América, donde estaba destinado a ahogarse un año más tarde en un viaje en barco. Su lugar fue ocupado por Miguel Frunse, amigo íntimo de Zinoviev. Las relaciones de Trotsky y Frunse en el Comisariado de Guerra eran de mutuo antagonismo más que de cooperación.

Frunse era un viejo bolchevique del tipo del revolucionario profesional. Era hijo de un cirujano del ejército, nacido en Pishpek, Asia central, en 1885; luego de pasar su matriculación de escuela secundaria, estudió economía en la Escuela Técnica de Petersburgo, pero fue expulsado en 1904 por participar en un curso de marxismo.

Al año siguiente lo encontramos activo como organizador del Partido Bolchevique en Ivanovo-Voznesensk, el centro de la industria textil rusa. Fue delegado al 3er. Congreso del Partido (Londres, 1905) y al 4º Congreso (Estocolmo, 1906), pero

¹¹ Nombre ruso del trío de caballos que tira a la par.

al año siguiente fue arrestado y sentenciado a cuatro años de prisión. Al año siguiente fue sentenciado a muerte por “resistir a la autoridad del Estado”, pero la corte de apelaciones conmutó la pena a seis años de trabajos forzados.

Frunse escapó de la prisión de Chita en 1915. En el momento de la Revolución de Febrero de 1917 estaba haciendo trabajo militar ilegal en Minsk; más tarde se convirtió en el conductor del Partido Bolchevique en la Rusia Blanca y el frente occidental. En octubre de 1917 llegó a Moscú a la cabeza de 2.000 trabajadores armados. Se convirtió en Comisario Militar en Yaroslavl en el verano de 1918, comandante de ejército en el frente oriental en diciembre del mismo año y fue puesto al mando de un grupo de ejércitos en este frente en 1919. Las fuerzas bajo su mando derrotaron a Kolchak y conquistaron el Turkeistán para los Soviets. También dirigió las operaciones finales contra Wrangel en Crimea, donde mostró gran coraje personal en el asalto a Perekop.

Frunse era un hombre de gran educación, que combinaba un gran talento organizativo con una extrema minuciosidad. Fue Comisario de Guerra sólo unos pocos meses; murió en una operación de cálculos biliares, que le fue impuesta contra su voluntad por el Comité Central. El consejo médico que lo examinó se pronunció en contra de la operación, pero declaró que no volvería a estar en su plenitud para trabajar si no se operaba. Por tanto Stalin indujo al partido a ordenarle que se sometiera a la operación.

La elección del sucesor de Frunse provocó un conflicto en la *Troika*. Primero Zinoviev propuso a Lasevitch, un viejo bolchevique que tuvo un papel destacado en el trabajo militar durante la Guerra Civil; éste fue el hombre que promovió el encuentro ilegal del grupo de oposición de Zinoviev en un bosque cerca de Moscú algunos años más tarde, por lo cual fue relevado de su puesto y exiliado a Siberia, donde murió.

El candidato de Stalin era Ordyonikidse. Cuando Zinoviev comprendió que no podía conseguir el puesto para Lasevitch, hizo un intento audaz de eliminar a Stalin de la conducción del partido y el estado proponiéndolo como Comisario de Guerra. Más tarde Stalin le reconoció a amigos que esta propuesta le vino como una revelación y le hizo comprender que las diferencias entre Zinoviev y él inevitablemente llevarían a una lucha por el poder, en el que uno u otro tendría que caer.

Por fin su comedia de intrigas terminó con un compromiso que le dio a Voroshilov un nombramiento temporario como sucesor de Frunse. Zinoviev estaba convencido de que no tendría grandes dificultades en ganar al hombre para sus posiciones políticas, ya que era fácilmente influenciable y no particularmente inteligente. Pero Zinoviev estaba destinado a tener una experiencia desafortunada con Voroshilov.

Sucedió cuando los dos hombres estaban de vacaciones en Crimea. Allí Zinoviev confió sus planes a Voroshilov y pensó que había convencido al nuevo Comisario de la necesidad de contener la excesiva influencia de Stalin. Voroshilov prometió apoyarlo; luego, fue a una reunión del Comité Central donde reveló las intenciones de Zinoviev y aceleró la caída de éste.

Voroshilov tiene una dura vida de proletario detrás suyo. Es hijo de un ferroviario, nacido en 1881; a los siete años empezó a trabajar y por tanto no pudo ir a la escuela. Al principio trabajó en los socavones de minas; más tarde fue obrero agrícola, bajo un *kulak*. Luego trabajó como pastor, pero a los doce años pudo ir a una escuela aldeana. A los quince estaba empleado en una fábrica metalúrgica, y a los diecisiete fue arrestado por primera vez por participar en una huelga.

Al estar trabajando como metalúrgico en la fábrica Hartmann en Lugansk en 1903, tuvo su primer contacto con círculos marxistas. En 1906 el joven obrero fue delegado al Congreso

del Partido en Estocolmo; al año siguiente fue arrestado por actividad ilegal, pero escapó poco después y fue a Bakú al servicio del partido. Desde entonces estuvo en contacto con Stalin.

Al estallar la Guerra Mundial estaba en el exilio, pero fue influenciado por la propaganda chovinista y se presentó como voluntario para el servicio activo. Durante la Revolución de Febrero volvió al seno del partido.

Voroshilov nunca pudo llenar los vacíos en su educación, aunque hizo los mayores esfuerzos por lograrlo, por lo menos en sus primeros años en el comisariado de guerra. Su autoridad en el alto mando del Ejército Rojo era y es escasa, porque siempre se lo ha visto como un simple vocero de los líderes del Partido Bolchevique. Nunca ha desarrollado ideas militares propias en las sesiones del Consejo Revolucionario de Guerra, aunque ha mostrado cierta originalidad en el diseño de nuevos uniformes para varias unidades militares. Fue el responsable de la reimposición de los viejos grados de oficiales, desde teniente hasta mariscal de campo, en 1936.

Voroshilov entró a su nuevo puesto con dos Órdenes de la Bandera Roja que había ganado en la Guerra Civil. Tan pronto como estuvo en su puesto se condecoró con dos más por acción heroica en aquel período, gesto innecesario porque su coraje era bien conocido en todo el ejército.

Trotsky lo define así en un artículo fechado el 17 de junio de 1937:

“No es ningún secreto que el viejo bolchevique Voroshilov es una figura puramente decorativa. En vida de Lenin nadie hubiera soñado con elegirlo al Comité Central. Aunque su coraje en la Guerra Civil es innegable, demostró una total falta de capacidad administrativa y militar y demostró tener la visión de un campesino atrasado. Ni Stalin ni ningún otro miembro

del Politburó tenía ninguna ilusión sobre sus cualidades como líder militar, y por esa razón hicieron esfuerzos por mantenerlo en funciones con el sostén de colegas expertos.”

Con estas palabras Trotsky ha expresado la opinión común del cuerpo de oficiales superiores tanto como la de las cabezas del partido y el gobierno.

A pesar de lo cual el “Primer Mariscal Rojo de la Unión Soviética”, es una figura popular para la generación más joven y los soldados del Ejército Rojo. Voroshilov es un excelente jinete y un experto tirador, que participa en muchas competencias de tiro dentro y fuera del ejército. Es el ideal de todo soldado rojo y todo joven ciudadano soviético convertirse en un “tirador Voroshilov”, es decir, tirar tan bien como Voroshilov y recibir una medalla por su hazaña.

Los verdaderos conductores del Ejército Rojo en los últimos años han sido Tujachevsky y Gamarnik. Sus mejores subordinados inmediatos fueron los tres miembros del Consejo de Guerra de la Unión Soviética de los distritos militares más importantes: Yakir, Uborevitch y Blücher.

La organización del ejército

El primer pronunciamiento definido sobre la estructura del nuevo ejército se encuentra en las *Diez Tesis del Poder Soviético* que Lenin delineó para el 7º Congreso del Partido en marzo de 1918.¹² La sección 5 prescribe:

“La creación de fuerzas armadas de campesinos y obreros que deben permanecer en el más estrecho contacto posible con el

¹² Ver apéndice I.

pueblo (los soviets y los campesinos y obreros armados). La organización del armamento general del pueblo como un primer paso hacia toda una nación en armas.”

Esta resolución fue adoptada en forma concreta en el programa del partido diseñado por el 8º Congreso del partido en marzo de 1919.¹³ Determinaba la introducción de un sistema completo de milicia, sobre la base de que “en contradicción con la estructura del viejo ejército, es necesario hacer lo más breve posible el período de instrucción en los cuarteles. Los cuarteles deben aproximarse a una escuela político-militar y asegurar el contacto más estrecho posible entre las formaciones militares y las fábricas, talleres, sindicatos y organizaciones de las aldeas más pobres”.

La Guerra Civil impidió al gobierno soviético aplicar este programa en 1919. En abril de 1920, poco antes del inicio de la guerra ruso-polaca, el 92 Congreso del partido decidió, en una resolución especial, llamada “La transición al sistema de milicia”, construir un Ejército Rojo de Paz sobre los principios generales del sistema de milicia. Esta resolución sostenía, sin embargo, que “las milicias de obreros y campesinos deben basarse en cuadros que hayan recibido instrucción técnico-militar y política”.¹⁴

Luego de la guerra ruso-polaca la futura forma del ejército se convirtió en tema de violentas discusiones en el partido y aún más violentas entre los oficiales. Los que sostenían el sistema de milicia y los defensores del ejército permanente representaban dos puntos de vista extremadamente antagónicos, siendo Tujachevsky el principal defensor del sistema de ejército permanente. Tujachevsky publicó en enero de 1921 una polémica titulada “*El Ejército Rojo y la Milicia*”, en el que sostenía su propia posición del modo más mordaz. Es interesante

¹³ Ver apéndice I.

¹⁴ Ver apéndice I.

advertir los audaces pensamientos de este oficial que comandó un ejército a los veintiocho años, aunque debe admitirse que a veces los expresaba de un modo demasiado ardoroso:

“Los adherentes al sistema de la milicia no toman en cuenta para nada la presente misión militar de la Rusia soviética de diseminar la revolución por todo el mundo. Las ricas variedades de vida socialista y de la revolución socialista no pueden ser encerradas en un marco particular. Se extenderán irresistiblemente por todo el mundo, y su fuerza expansiva durará mientras haya burgueses en el mundo.

“¿Cuál es la mejor manera de lograr sus objetivos? Es la vía de la insurrección armada en todos los estados, o el camino de los ataques socialistas armados sobre los estados burgueses o la combinación de ambos. Nadie puede hacer profecías definidas, porque el curso de la revolución nos mostrará el camino correcto. Una cosa, sin embargo, debe darse por cierta: si una revolución socialista logra tomar el poder en cualquier país, tendrá un derecho evidente a expandirse y buscará cubrir el mundo entero haciendo sentir su influencia directa en todos los países vecinos. Su instrumento más poderoso serán naturalmente sus fuerzas armadas.

La estructura de un ejército está determinada por un lado por los objetivos políticos que persigue y por el otro por el sistema de reclutamiento que emplea. Es evidente que el proletariado que emerge victorioso de una guerra de clases no puede reclutar su ejército por la vía ordinaria del servicio militar nacional compulsivo. La obligación de servir en él sólo debe afectar a las clases trabajadoras.

”Por tanto vemos que la Revolución Socialista ha creado un nuevo sistema de reclutamiento para su ejército clasista internacional, dando así un contraste con las revoluciones burguesas que desarrollaron ejércitos nacionales democráticos.

”Los rasgos característicos de un ejército de milicia son su gran tamaño y su comparativamente poca eficiencia combativa. Los grandes ejércitos que no cuentan con el núcleo de formaciones militares permanentes no pueden recibir ningún entrenamiento profundo con unidades regulares en tiempos de paz, dado que sólo se reúnen cuando hay orden de movilización. Por tanto su eficiencia en el combate es poca.

”Este defecto debe remediarse de un modo u otro y el modo más adecuado es por la vía de una técnica militar. El éxito del sistema de milicia depende de la existencia de un sistema de comunicaciones extremadamente bien construido que permita el transporte de hombres por ferrocarril, automóvil y vías navegables. Puede volverse una fuente de gran poder, pero sólo cuando el estado en cuestión tiene prácticamente toda su tierra bajo cultivo y posee gran riqueza e industrias altamente desarrolladas. Un ejército de milicia no vale nada si no cuenta con estas reservas de fuerza humana y una técnica militar que pueda ser aplicada hasta los límites más extremos. En nuestro caso la introducción del sistema de milicia sería equivalente a la crucifixión de la Rusia Soviética.”

Tujachevsky consideraba al sistema de milicia “una idea anticuada, o más correctamente una superstición anticuada que viene de los tiempos de la Segunda Internacional”, que no estaba inspirada en el principio de la ofensiva socialista. Sin embargo, Lenin y Trotsky al igual que la mayoría del Partido Bolchevique, no estaban de acuerdo en aquel momento con la posición de Tujachevsky.

Tujachevsky pensaba en la creación de un ejército revolucionario moderno, dispuesto y capaz de defender a la Rusia soviética contra ataques imperialistas y para apoyar a los proletarios de otros países y a los pueblos coloniales, con la ayuda armada fraternal en sus luchas contra los opresores. Pero las condiciones internas para la creación de tal ejército no exis-

tían, dado que las relaciones estrechas y mejores entre las clases trabajadoras y el campesinado que esto suponía aún no existían. El Ejército Rojo debió construirse por tanto de una manera que le permitiría servir primordialmente como un vínculo entre la ciudad y el campo.

Los años 1922 y 1923 se invirtieron en la difícil tarea de desmovilizar a los millones que habían servido en la Guerra Civil. En 1924 se inició la construcción del Ejército Rojo sobre los principios generales definidos por el programa militar del 9º Congreso del partido.

Desde entonces el servicio militar obligatorio en Rusia ha sido dividido en tres partes: (1) entrenamiento preliminar; (2) servicio bajo bandera; (3) servicio en la reserva. El servicio bajo bandera se hace en el así llamado “Ejército de Cuadros” regular y permanente o en el “Ejército Territorial”, basado en el sistema de milicia. El período de servicio en el ejército regular varía de acuerdo con el arma; en la infantería es de dos años, en la artillería y otros cuerpos especializados dura tres años, y en la marina y la aviación cuatro años.

Originariamente había un reglamento por el que sólo hombres de origen proletario o semiproletario podían servir en el ejército, y se excluía a los hijos de *kulaks*, curas u otras personas que no habían obtenido plena ciudadanía. Este reglamento excluyente fue abolido sin embargo en 1937.

Todos los hombres reclutados para el servicio tenían que pasar por tres comisiones de reclutamiento. La primera de éstas era la “Comisión Social”, que tenía que definir si el origen social del recluta lo hacía apto para el servicio en el Ejército Rojo; esta comisión también dividía a los reclutas en grupos de acuerdo a su disponibilidad social, siendo asignados algunos hijos de campesinos que explotaban granjas individuales al Ejército Territorial, junto con jóvenes obreros y empleados

con familiares a su cargo. Luego venía la “Comisión Médica” que distribuía los reclutas en las siguientes categorías:

- (1) No apto para servicio militar.
- (2) Apto pura servicio con el Ejército Territorial.
- (3) Apto para servicio en el Ejército de Cuadros.
- (4) Apto para servicio en la artillería, armada, aviación y ramas especiales.

Finalmente la “Comisión Militar” distribuía a los reclutas entre el Ejército Territorial y el Ejército de Cuadros y los destinaba a las armas en las que debían servir en uno u otro sistema militar. Los reclutas que servían en el cuerpo de tanquistas, aviación o armada, tenían que pasar ciertos exámenes (psicotécnicos y otros) luego de un período de prueba.

En el Ejército Territorial el entrenamiento se extendía una cantidad de años, pero en promedio el recluta territorial podía contar con un período de cinco años, de los que pasaría entre ocho y once meses con su unidad. Esto incluía dos meses de servicio en el cuartel el primer año, seguido de períodos de unas seis semanas en el campamento o haciendo maniobras en los años siguientes.

Los conscriptos territoriales de una zona formaban una unidad militar comandada por oficiales de la reserva de ese distrito.

El sistema en vigencia para el reclutamiento en las estepas es el siguiente: los hombres de tres aldeas en condiciones de servir son reunidos y a partir de allí constituyen una unidad de su regimiento, si bien aún desarmados. Bajo la conducción de unos pocos oficiales, convergen por marchas a pie, y transporte por automóvil, ferrocarril y barco al depósito dis-

trital y se considera formado el regimiento en cuanto se distribuyen uniformes y equipo.

En caso de movilización estas formaciones territoriales tienen que cooperar acelerando la marcha del Ejército Rojo regular.

El sistema territorial posibilita la menor interrupción de la vida industrial y económica por el servicio militar. Los territoriales campesinos son sólo llamados para instrucción en los meses en los que es menos problemático sacarlos del trabajo en la tierra. Los trabajadores empleados en las fábricas reciben su paga habitual durante su período de servicio. A diferencia del sistema suizo de milicia, los territoriales rusos no se llevan el uniforme, armas y equipo a sus casas cuando completan la instrucción militar.

La desventaja de esta forma de instrucción está en el menor valor militar de los hombres que la hacen. Según Gussev, las experiencias de la Guerra Civil muestran que “las formaciones territoriales pelean fundamentalmente por sus hogares. Odian tomar parte en ofensivas o retiradas que los alejen de la vecindad de sus casas y familias”.

La forma organizativa del Ejército de Cuadros ruso es similar a la que se ve en cualquier ejército permanente de los países imperialistas. Pero hasta 1934, el 74 por ciento de las divisiones del Ejército Rojo eran territoriales, dejando sólo un 26 por ciento para el ejército permanente. En 1935 se invirtieron estas proporciones y ahora tenemos 77 por ciento de tropas en divisiones regulares y sólo 23 por ciento en las fuerzas territoriales.

De 1923 a 1934 la fuerza del Ejército de Cuadros fue de unos 560.000 hombres. Entonces se aumentó a 940.000 en 1935 y finalmente en 1936 a 1.300.000, distribuidos entre todas las ramas de las fuerzas de defensa. Estas cifras no incluyen los hombres que sirven en las fuerzas territoriales rojas.

Desde 1935 en adelante las divisiones regulares han sido convertidas gradualmente en una fuerza apta para la guerra, y el 1 de enero de 1936, Tujachevsky sostuvo en su informe al Comité Ejecutivo Central de los soviets que “el entrenamiento para la guerra dado en tiempos de paz se aproxima lo más cerca posible a las condiciones del servicio realmente de guerra. Nuestro sistema es lo más perfecto que puede ser tanto para movilización como para entrenamiento”.

Podemos observar que las exigencias originales de Tujachevsky no han sido cumplidas. Pero las hipótesis políticas en las que se basó en 1921 para formularlas ya no existen.

El aspecto político del Ejército Rojo

El juramento militar de los hombres del Ejército Rojo era en su primera versión el siguiente:

“Al entrar aquí a la comunidad del Ejército Rojo de obreros y campesinos y asumiendo deliberadamente y por mi propia voluntad los deberes de dar ayuda en las duras guerras santas de los pueblos oprimidos, juro ante mis hermanos en armas, ante toda la nación de trabajadores y ante mi propia conciencia revolucionaria, que estoy listo para luchar valientemente y sin temor, traición ni vacilación por la gran causa a la que los hijos de las mejores familias de trabajadores y campesinos ya han dado sus vidas, por la victoria del poder soviético y el triunfo del socialismo.”

Al hacerse cargo del Comisariado de Guerra, Trotsky diseñó una nueva forma de juramento militar, que comprometía a los soldados del Ejército Rojo a servir no sólo a la Rusia soviética y los trabajadores rusos, sino al proletariado de todo el mundo:

“(1) Yo, hijo de padres obreros y ciudadano de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, asumo el título de soldado en el Ejército de Obreros y Campesinos.

”(2) Ante los trabajadores de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el mundo entero me comprometo a llevar este título con honor, a aprender el arte de la guerra concienzudamente y a valorar como a la niña de mis ojos la propiedad del pueblo y a protegerla contra robo y destrucción.

”(3) Me comprometo a observar estricta y resueltamente la disciplina revolucionaria y a obedecer sin demoras todas las órdenes que me den mis comandantes bajo cuyo mando he sido puesto por el gobierno de obreros y campesinos.

”(4) Me comprometo a abstenerme de toda acción derogatoria de la dignidad del ciudadano soviético y a impedir que las cometan mis compañeros y a dirigir todas mis acciones y pensamientos hacia la liberación de todos los trabajadores.

”(5) Me comprometo a responder al primer llamado del gobierno de obreros y campesinos contra todo ataque y peligro de cualquier enemigo, y a no ahorrar esfuerzos ni mi propia vida en el combate por la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y por la causa del socialismo y la confraternidad de todas las razas.

”(6) Que sólo merezca el desprecio y que me castigue la dura mano de la ley revolucionaria si alguna vez con intención malvada rompo este solemne juramento.”

Toda la política educativa en las filas del Ejército Rojo estuvo penetrada en un principio por este espíritu internacionalista. La magnitud de la tarea que se propuso se hace evidente cuando comprendemos que los campesinos constituían la amplia mayoría del ejército. Pero como lo escribió Gussev en 1921: “Si los cuarteles, escuelas y prensa del zar pudieron convertir a los campesinos en soldados capaces de asesinar a

sus padres y hermanos, ¿por qué no podríamos nosotros crear con esos mismos campesinos un ejército que ayudara a la Revolución Mundial?”.

La conducción del ejército estuvo en manos de la triple autoridad del comandante, el comisario y el administrador político. La conducción militar le correspondía al comandante. La función de comisario fue creada para mantener bajo observación política a los comandantes. Junto a éstos estaba la “Administración Política del Ejército”, que era un componente del Comisariado de Guerra (más tarde conocido como el Comisariado de Defensa); ésta era una institución de cierta importancia, sujeta, sin embargo, al control directo del partido. El primer jefe de la Administración Política fue Gussev; su sucesor fue Bubnov, quien cedió el cargo a su vez a Gamarnik, manteniendo esta función el último nombrado hasta mayo de 1937. Los tres eran miembros del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética.

La Administración Política trabajaba a través de la mediación de las células del partido, que existían en todas las unidades desde el estado mayor hasta las compañías. Mientras se mantuvo el principio de Lenin de que “cada miembro del partido es responsable ante todo el partido y el partido es responsable por cada individuo”, estas células partidarias pudieron resolver todos los problemas políticos que se presentaron en el ejército, y participaron en la elaboración de la política del partido sobre la base del centralismo democrático. Lo que es más, ejercieron un control político y moral sobre sus miembros y también sobre los oficiales y soldados que no eran del partido.

Finalmente, la Administración Política organizaba y dirigía todo el vasto trabajo cultural y político-educativo dentro del ejército por medio de la instrucción política, escuelas y cursos políticos, bibliotecas y distribución de literatura, periódicos

murales y del Ejército Rojo, teatros, cines, rincones leninistas, contactos con fábricas y aldeas, Trabajo de Ayuda Roja, la Sociedad para la Defensa del Aire y la Química (Ossoaviachim), asociaciones musicales y teatrales, clubes deportivos, clubes de ajedrez, etc. A los reclutas iletrados se les enseñaba a leer y escribir en los primeros meses de su instrucción, mientras que a un gran número de soldados se los preparaba durante su último año para el futuro empleo civil como conductores de tractor, operarios de máquinas, líderes de granjas colectivas y trabajadores industriales especializados; en muchos casos estos hombres recibieron instrucción por medio de cursos de varias semanas para lo cual eran destacados a concurrir a las fábricas. Así el Ejército Rojo proveía a las aldeas de trabajadores y organizadores calificados.

En el trabajo partidario no había distinción entre oficiales y soldados; las únicas diferencias que se reconocían eran las existentes entre miembros del partido, candidatos al ingreso al partido y hombres sin partido. Un comandante de compañía comunista que se comportaba de un modo no comunista en el servicio o en la vida privada tenía que responder por su conducta ante la célula, el secretario de la cual podía ser su subordinado militar directo. Si un oficial sin partido solicitaba su admisión en el partido, tenía que someterse a un examen general profundo de sus cualidades humanas y políticas en una reunión del partido, a la que se invitaba a otros hombres de fuera del partido. En tales casos, soldados que incluso podían ser del mismo pueblo que su oficial, se presentaban para dar informes de sus tendencias políticas y su comportamiento personal en relación a sus compañeros y subordinados y se le hacían preguntas a las que debía dar respuestas prácticas y detalladas. La decisión de su aceptación o rechazo le correspondía entonces a la célula partidaria y las autoridades partidarias por encima de ésta.

Mientras en el partido dominaron los principios democráticos, estas células militares constituyeron una valiosa garantía para la continuidad e intensificación del carácter proletario del Ejército Rojo. Formaban un muro de contención contra el desarrollo de una clase de oficiales.

Las distinciones económicas y sociales dentro de las filas del Ejército Rojo se mantuvieron mínimas durante los primeros años de paz. Los oficiales rojo —especialmente los que pertenecían al Partido Comunista— llevaban un modo de vida extremadamente espartano.

Recuerdo un incidente que tuvo lugar en 1925, poco después de que los autobuses hicieran su aparición en las calles de Moscú. Al dejar el cuartel le pedí al comandante de la compañía, que estaba conmigo por casualidad, que me acompañara en un ómnibus al centro de la ciudad. Se negó con toda seriedad, argumentando que no era correcto que un comandante proletario anduviera en un autobús.

En 1924 el sueldo de un comandante de cuerpo era de 150 rublos al mes, lo que correspondía en números redondos a lo que ganaba un metalúrgico bien pago. Eso era 25 rublos menos que el “Máximo del Partido”, es decir, el salario mensual más alto que se permitía aceptar a un miembro del partido en aquellos tiempos. El comandante de división recibía 100 rublos por mes y un comandante de compañía 43 rublos. Un jefe de grupo (suboficial) recibía sólo 15 rublos por mes.

Por entonces no había comedor especial para los oficiales. Se preparaban las comidas de los soldados y los oficiales en las mismas cocinas. Los oficiales comunistas raras veces usaban las insignias de su grado fuera del servicio, y a menudo incluso no las usaban cuando estaban en funciones. En aquellos tiempos el Ejército Rojo sólo reconocía una relación de superior a subordinado durante el cumplimiento de deberes milita-

res, y en todo caso cada soldado conocía a su oficial de mando con o sin las insignias de su grado.

Se abolieron los sirvientes de oficiales. Los oficiales por tanto tenían que limpiar sus propias botas. Recuerdo otro incidente en 1925, que sucedió en un campamento de verano en el distrito del Volga. Cuando las tropas estaban en servicio, un soldado, que resultó ser campesino de las colonias del Volga alemán, fue enviado a la tienda del comandante de su compañía a buscar un mapa. Habiendo advertido que las botas de su oficial de mando estaban sucias, se sentó fuera de la tienda a limpiarlas. La consecuencia de su acción fue una queja contra el oficial en cuestión y el secretario de la célula de la compañía.

El oficial pudo demostrar su inocencia en esta “recaída en abusos zaristas”, pero al secretario de la célula se lo amonestó por no haber dado al soldado suficiente instrucción de conciencia proletaria de clase. Luego de esto la compañía teatral del regimiento representó una serie de escenas de la vida en el cuartel en tiempos del zarismo, en las que los sirvientes de oficiales y el lustrado de botas eran los temas principales.

La “función básica” del trabajo de educación política era, como escribió Gussev en 1921 cuando dirigía la Administración Política “convertir a una gran proporción de los campesinos en comunistas internacionalistas y al resto —o al menos la generación más joven— en simpatizantes de la idea de una guerra revolucionaria en agresión, porque la idea de una guerra revolucionaria de defensa era fácil de aprehender para los campesinos”. Gussev también dio los siguientes consejos prácticos para la realización de este trabajo de educación internacionalista:

“La educación en el espíritu del internacionalismo supone naturalmente en primer lugar que el hombre del Ejército Rojo esté familiarizado con el ABC del comunismo. Sin esta base

teórica no podremos hacer progresos. La clave de la cuestión no ha de encontrarse sin embargo en el internacionalismo abstracto, sino en la iniciación cotidiana del soldado en la esfera de intereses de la Revolución Mundial por la vía de sus intereses inmediato como campesino. De otro modo el trabajo será inútil.

”Por ejemplo, el instructor debe ser capaz de ligar el destino de la tierra del campesino en el distrito de Ufa con el destino de la Revolución Mundial y demostrar más allá de toda objeción que sólo el éxito de la Revolución Mundial puede garantizar al campesino el derecho permanente sobre su tierra. Puede haber gran distancia entre la tierra del campesino en el distrito de Ufa y la Revolución Mundial pero debe por cualquier medio ser salvada esa distancia, mostrándole al campesino dónde está su verdadero interés. Hemos preparado material de instrucción de este tipo bien concreto explicando casos que muestran la ayuda que nosotros y nuestros campesinos hemos recibido del proletariado de Europa Occidental durante la Guerra Civil y también durante la hambruna. Hay sólo un paso desde estas instancias a la idea de la ayuda mutua y a las concepciones sobre el deber del campesinado ruso en relación a la Revolución Mundial.”

Se complementaba el trabajo de educación con discursos de delegados de partidos comunistas de otros países, emigrantes políticos (Ayuda Roja) y representantes de pueblos coloniales.

La literatura del Ejército Rojo también estaba dedicada a la tarea de despertar e intensificar el internacionalismo de los soldados. En 1929 una obra titulada *El Primer Ejército Rojo de Caballería*, fue representada en la sede central del Ejército Rojo en Moscú. El elenco estaba formado completamente por amateurs pertenecientes al Ejército Rojo, siendo los papeles femeninos cubiertos por las esposas de los oficiales. En una

escena un soldado ruso era condenado a “ser fusilado por el enemigo” por hacer propaganda revolucionaria durante la Guerra Mundial, es decir, a la orden del oficial, varios suboficiales lo obligaban —a punta de pistola— a subir a las defensas de las trincheras y exponerse a las balas alemanas. En medio de la excitación e indignación de sus camaradas, que sin embargo no se atrevían a amotinarse, se subió, pero en vez de las balas mortales que se esperaban, desde las trincheras enemigas sólo vino un grito en alemán: “¡Comaradas, no dispararemos!”. Entonces los soldados alemanes proletarios salieron de sus trincheras y confraternizaron con sus camaradas de clase rusos.

Varios comunistas extranjeros que presenciaron esta obra conmigo se dirigieron a Gamarnik en el intervalo y le hablaron de la inolvidable impresión que les había hecho este canto al internacionalismo expresado en forma de arte dramático. Gamarnik nos llevó detrás del escenario y nos presentó a los actores principales que hacían de “teniente zarista” y “soldado”. Descubrimos que el soldado de la escena era un teniente que pertenecía a la compañía del Primer Regimiento de Fusileros Proletarios, mientras que el “teniente” que lo insultaba y golpeaba y luego le ordenaba subir a las defensas de la trinchera era soldado en el pelotón del teniente de fusileros, es decir, un subordinado directo del “soldado” al que maltrataba en escena. “¿Podría algún ejército imperialista hacer una cosa así sin socavar las bases de la disciplina militar?”, preguntó Gamarnik con una sonrisa.

En 1924 escribí una obra de teatro para el Ejército Rojo a pedido de Gamarnik. El tema era la guerra contra el capitalismo llevada a cabo por el Ejército Rojo de Bavaria, en cuyas filas había un número de prisioneros de guerra rusos e italianos dispuestos a dar su vida por la Revolución Alemana e Internacional.

En 1929 un joven soldado del Ejército Rojo de origen campesino trató de explicar las bases de la disciplina socialista a un general del ejército alemán, que visitó la Casa Central. En uno de los salones del casino el general encontró una clase de oficiales y soldados sentados juntos en bancos de escuela para recibir un curso de alemán.

El general le preguntó a un comandante de división rojo que participaba de la clase cómo se podían compatibilizar ese estado de cosas con la disciplina militar. Podría suceder, señaló, que la instructora le hiciera una pregunta a un oficial y que éste no pudiera contestar. Si uno de sus soldados contestaba bien, lo haría quedar como un tonto frente a sus hombres.

“Al contrario, competimos el uno con el otro con compañerismo socialista”, contestó con una sonrisa el comandante de división.

“¿Y por qué yo no habría de aprender alemán mejor que el compañero comandante de división?”, preguntó un soldado sentado junto al general. “Es una gran autoridad para mí, porque es mi instructor en asuntos militares y políticos, y sobre estas cosas puedo aprender mucho de él. Pero en todo lo demás, en cuestiones de agricultura, por ejemplo, yo soy una gran autoridad para él. Nosotros los campesinos fuimos destinados a la cosecha luego de las maniobras del último otoño y entonces dirigí una cuadrilla de veinticuatro hombres porque soy un granjero experimentado. El comandante de mi propio regimiento trabajó bajo mis órdenes; es metalúrgico y no sabe nada de cultivos. Ahí sí que hubiera quedado como un tonto si hubiera tenido que dirigir nuestra cuadrilla de cosecha.”

El espíritu internacionalista y la base socialista de la disciplina en el Ejército Rojo fueron barridos durante los años 1931-33, que constituyeron un período de severa crisis. Actualmente todo el trabajo educativo se concentra en inculcar “patriotismo de la Unión Soviética” y arrogancia nacionalista. La

consecuencia de la política de alianza de bloques con gobiernos imperialistas fue que la concepción de lucha de clases dentro de los estados imperialistas y las luchas de las razas coloniales oprimidas contra los estados imperialistas, debió dejar su lugar a la teoría opuesta de estados y ciudadanos “amigos” y “hostiles”. El efecto de esto es que hoy un hombre del Ejército Rojo —o, por cierto, cualquier ciudadano soviético promedio— ve a cualquier alemán como su “enemigo” y a un francés o americano (aunque sea el señor Pierpont Morgan)¹⁵ como su amigo.

También han sido tiradas por la borda las relaciones naturales y simples entre los oficiales y soldados del Ejército Rojo. Los oficiales rojos ahora conforman una casta cerrada y privilegiada. Algunas instituciones democráticas del ejército desaparecieron poco después de que Voroshilov asumiera sus funciones. Ya "en 1926 los salarios de los oficiales fueron fuertemente incrementados. Se restablecieron los comedores de oficiales; las antiguas relaciones entre oficiales y soldados dentro y fuera del servicio, fueron reintroducidas. En numerosos casos “la elevación del nivel cultural” llevó a oficiales a divorciarse de esposas de origen proletario o campesino, que no estaban a la altura de los niveles sociales indicados, y a casarse con hijas de la antigua aristocracia, la vieja burguesía o la nueva burocracia. En verdad éste fue un fenómeno masivo.

El nivel de vida de los oficiales soviéticos ahora no es más bajo que el de sus colegas en los ejércitos imperialistas, pero el nivel de vida de la masa del pueblo y de los soldados del Ejército Rojo aún está muy por debajo del correspondiente nivel en Europa Occidental y América. Al igual que los “comandantes” de la burocracia stalinista, los oficiales del Ejército Rojo ahora conforman una clase privilegiada especial

¹⁵ Morgan es el equivalente de lo que hoy representa Rockefeller, el máximo burgués. (N. de T.)

que ha roto con la masa de los trabajadores soviéticos y ha ascendido por encima de ellos. Se ha creado un tipo especial de oficial despolitizado. Los oficiales superiores provenientes de la vieja clase de oficiales zaristas se mantuvieron esencialmente opuestos al internacionalismo proletario, mientras que los más jóvenes, aún los de origen proletario, comenzaron a odiar el internacionalismo como un elemento molesto. Están conformes con su “vida confortable” y en consecuencia cantan la *Internacional* o pronuncian el juramento diseñado para el Ejército Rojo por Trotsky tan mecánicamente como cualquier cristiano promedio repite su catecismo.

Estos oficiales “despolitizados” ven a la política de alianzas de bloque inaugurada por Stalin y Litvinov como una garantía de la permanencia y fortalecimiento de su posición privilegiada. Su ídolo en el ejército ahora es Voroshilov, el viejo partidario de la guerra de guerrillas que una vez llamó a una cruzada contra los “portadores de charreteras”, la disciplina militar y el sistema de ejército centralizado. Pero, al fin de cuentas, fue Voroshilov el que una vez sostuvo que la diferencia esencial entre un ejército proletario y uno imperialista debía encontrarse en las distintas formas organizativas en vez de en la ideología y política que dictan los fines y objetivos por los que se los crea. La sobrevaluación de las formas externas siempre ha sido una de sus características fundamentales.

El Ejército Rojo no existe sólo en el papel; es ahora un componente vivo del cuerpo de la Unión Soviética. Pero su aspecto político ha sufrido el mismo cambio que el aspecto político de la Unión Soviética entera bajo el régimen autocrático de Stalin.

M. N. Tujachevsky

Inmediatamente después de que asumiera Voroshilov en 1925, Tujachevsky fue removido de su puesto clave en el estado mayor del Ejército Rojo. Fue enviado primero a Leníngrado como comandante de un distrito militar y más tarde a Minsk.

En aquel entonces una comisión formada por Trotsky y presidida por Tujachevsky todavía estaba trabajando en los nuevos reglamentos para el servicio de campaña del Ejército Rojo. Sus miembros, incluyendo Yakir, Uborevitch, Primakov y Eydeman, protestaron por la imposibilidad de prescindir de su valiosa cooperación, y así el hombre exiliado a las provincias siguió siendo presidente del cuerpo que debía establecer las primeras bases tácticas y estratégicas para el Ejército Rojo en estos reglamentos del servicio de campaña.

En su prefacio a los *Reglamentos Provisorios para el Servicio de Campaña*, que apareció en el invierno de 1925-26, Tujachevsky lanzó un agudo ataque contra la teoría que tenía su principal defensor en Voroshilov, y que sostenía que “el Ejército Rojo no puede asumir la tarea de alcanzar el nivel técnico de los ejércitos imperialistas; debe obtener victorias sobre la base de su entusiasmo”. Tujachevsky llamó a tales concepciones “charlatanería tonta que ayuda a la contrarrevolución” y planteó la posición de que “la técnica superior de los ejércitos imperialistas debe ser superada por el Ejército Rojo a través del desarrollo y el dominio de una técnica aún más poderosa”.

Tujachevsky sirvió en las provincias más de cinco años, pero siguió siendo el jefe espiritual del ejército. Continuó dando clases en la Academia de Guerra, y sus artículos sobre problemas organizativos, tácticos y estratégicos aún aparecían en

revistas técnicas militares. Todo esfuerzo por inducirlo a publicar algún juicio condenatorio sobre Trotsky, que hubiera podido abrirle camino para su avance en el Ejército Rojo, se estrelló contra su carácter recto y su devoción fanática a la verdad.

Mientras tanto los asuntos internacionales habían sufrido un cambio. En el Lejano Oriente los pequeños choques en el frente de Manchuria amenazaban con convertirse en operaciones a gran escala. En consecuencia hubo un movimiento entre los líderes del Ejército Rojo en favor de traer a Tujachevsky de vuelta al estado mayor. Se quebró la resistencia de Voroshilov y Tujachevsky fue nombrado jefe del departamento de operaciones del Ejército Rojo. Había estado alejado de la opinión pública soviética durante años, y fue sólo cuando la victoria del fascismo en Alemania acercó el peligro de guerra en dos frentes, que el Comité Central llegó a la decisión de elevar su popularidad en todo el país. Eran conscientes de que el comandante en jefe en la próxima guerra tendría que ser muy conocido para la masa del pueblo, y así, desde entonces, Tujachevsky ocupó el lugar de Voroshilov como principal vocero sobre cuestiones de defensa en todos los congresos soviéticos.

Dirigió sus principales esfuerzos a superar el atraso técnico y táctico que era un legado del zarismo. El problema principal era la mecanización del Ejército Rojo.

El campeón y propagandista original de la mecanización era Trotsky. En 1924 había introducido el tema de la motorización y mecanización del Ejército Rojo en un acto masivo en el Campo de Octubre en Moscú con la consigna: “¡Motores para el Ejército Rojo!”.

En su demanda de mecanización Tujachevsky tuvo el apoyo de Feldmann. El bolchevique de Odessa, de quien toma su nombre el boulevard Feldmann en su pueblo natal, estaba por

entonces a cargo del Departamento de Guerra del Comisariado del Pueblo para Industrias Pesadas, y trabajaba en estrecho contacto con su segundo, el Comisario del Pueblo Piatakov.

Tujachevsky también prestó particular atención a la Fuerza Aérea. Durante algunos años había estudiado el problema de la combinación de funciones del aeroplano y el tanque en una máquina que sería conocida como el “tanque volador”, es decir, un auto blindado que automáticamente o por unas pocas vueltas de manija podía transformarse en un avión y luego reconvertirse en un tanque en condiciones de entrar en acción en cuanto aterrizara. También hay una solución intermedia de este problema en la forma de un gran avión que puede transportar un tanque por aire y depositarlo detrás de las líneas enemigas.

El estudio del “tanque volador” llevó a experimentos exitosos en el empleo a gran escala de tropas de asalto especiales que podían ser lanzadas detrás de las líneas enemigas por paracaídas. No es ninguna casualidad que esta idea de infantería aérea se originara en el cerebro de Tujachevsky, el comandante en jefe del primer Ejército Rojo de Obreros y Campesinos.

La idea de lanzar tales destacamentos en la retaguardia del enemigo presupone que esta área está habitada por gente que simpatiza con los invasores aéreos, porque de otro modo las tropas de choque aéreas que pudieran sobrevivir a la atención de las baterías antiaéreas del enemigo, serían liquidadas por unidades mecanizadas enviadas rápidamente a enfrentarlas. La concepción de un cuerpo de paracaidistas por lo tanto está íntimamente relacionada con la idea de la Revolución Socialista Internacional. En 1921 cuando Tujachevsky aún estaba en condiciones de hacer propaganda abierta en favor de sus teorías internacionalistas, escribió lo siguiente:

“La revolución socialista ha revolucionado la estrategia. Nuestro Ejército Rojo nunca combatirá a un enemigo sin

ayuda, porque siempre encontrará el apoyo que espera de los trabajadores del país con cuya burguesía está enfrentado en guerra. Este apoyo no se limitará a estallidos revolucionarios en la retaguardia de los ejércitos del enemigo, ya que uno de sus puntos esenciales es el hecho de que se pueden reclutar refuerzos entre los trabajadores de los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Tales refuerzos no serán reclutados sólo de la población local; también vendrán de las filas de los ejércitos capitalistas. Este acceso a un flujo de fuerzas de combate internacionales es un rasgo característico de los métodos de guerra del Ejército Rojo.”

Diez años más tarde ya no estaba en condiciones de propagar abiertamente sus ideas sobre la naturaleza internacional del Ejército Rojo, pero actuó en base a ellas creando las condiciones técnicas preliminares para dar apoyo a revoluciones socialistas en otros países. Los destacamentos de paracaidistas deberían convertirse en una ayuda para proletarios de cualquier país imperialista que estuvieran combatiendo por su libertad. También hizo un estudio exhaustivo de los problemas planteados por el lanzamiento de infantería aérea en el Ruhr, en Prusia oriental y en el territorio entre Berlín y Sajonia, de modo que pudieran correr en ayuda del proletariado alemán en caso de una revolución. Así la historia militar unirá la evolución de la infantería aérea al nombre de Tujachevsky.

El problema de los cuadros aún era un punto doloroso en el Ejército Rojo. Los viejos oficiales que habían hecho sus carreras en el ejército zarista o en la Guerra Civil estaban demasiado metidos en las tradiciones del viejo ejército que no sabían sacar provecho, poderío y rapidez en la acción de la infantería mecanizada o motorizada. En el 17º Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1934, Voroshilov dijo:

“Hubo un tiempo en que todos nosotros —el compañero Yákir, el compañero Tujachevsky, el compañero Uborevitch y todos los otros miembros del Alto Mando y el Consejo Revolucionario de Guerra— estábamos preocupados por la misma cuestión: ¿Serán capaces los oficiales y soldados del Ejército Rojo de dominar la nueva técnica, de la que aún son ignorantes?” Voroshilov entonces nombró como jefes de instrucción del Ejército Rojo a los tres hombres que él y Stalin tres años más tarde habrían de enviar a la muerte ante el pelotón de fusilamiento. Si los soldados y oficiales rojos han hecho algún progreso hacia el dominio de la nueva técnica, se debe fundamentalmente a los esfuerzos de este trío.

Bajo la dirección de Tujachevsky se diseñaron nuevos planes de estudio para la Academia de Guerra y los Altos y Bajos mandos y se desarrollaron nuevos métodos de instrucción. Pero su único, especial y propio tema era la estrategia y la misión específica para la que se preparó fue el mando de las fuerzas rusas en caso de hostilidades entre la Unión Soviética y alguna potencia imperialista.

¿Fue realmente el gran general que sus colaboradores y el Comité Central del Partido Bolchevique de la Unión Soviética proclamaron en un tiempo?

El mariscal Pilsudski, el mayor adversario militar contra quien lanzó sus fuerzas Tujachevsky en un conflicto mayor, escribió lo siguiente:

“Tujachevsky influía a sus subordinados por virtud de su trabajo enérgico y voluntarioso. Esta fina cualidad de conductor lo define para siempre como un general de ideas audaces y con el don de saber ejecutarlas vigorosamente. Me da la impresión de un general que tiende hacia las ideas abstractas, pero muestra fuerza de voluntad, energía y una extraña obstinación en los métodos de trabajo que elige para sí mismo. Los generales de este tipo raramente son capaces de tener una

visión amplia porque ligan, por decirlo así, toda su personalidad exclusivamente a la tarea inmediata; pero por el otro lado, dan la certeza de que no dudarán en llevar a cabo la tarea que acometen. Tujachevsky manejaba a sus tropas con mucha habilidad y cualquiera puede percibir fácilmente las señas de un general de primer orden en su osada pero lógicamente correcta marcha sobre Varsovia.”

Esta era la opinión de Pilsudski sobre Tujachevsky a la edad de veintisiete años. Poca diferencia se hubiera notado en un juicio contemporáneo sobre Napoleón cuando encaró, a la misma edad, su campaña egipcia.

El juicio final sobre Tujachevsky de su jefe directo en los días de la guerra ruso-polaca es casi idéntico al del mariscal Pilsudski. Trotsky escribió en 1937:

“Indudablemente Tujachevsky mostró un talento extraordinario. Le faltaba sin embargo la capacidad de analizar una situación militar desde todos los puntos de vista. Siempre había un elemento de aventura en su estrategia. Por esta razón tuvimos varias diferencias de opinión, que siempre se mantuvieron en un tono de amistad. También me vi obligado a criticar sus intentos de crear una nueva ‘doctrina de guerra’ por medio de fórmulas marxistas elementales adaptadas de apuro. No debemos olvidar sin embargo que aún era muy joven en aquellos tiempos, y había dado un salto acelerado desde las filas de los oficiales de la Guardia al campo bolchevique.

”Más tarde puede no haber estudiado marxismo con gran diligencia (nadie lo hace hoy en día en la Unión Soviética) pero por cierto que hizo grandes esfuerzos en el estudio del arte de la guerra. Dominó la nueva técnica y no le faltó éxito en su papel de mecanizador del ejército. Sólo otra guerra, en la que, por adelantado, ya estaba ubicado en el papel de generalísimo, hubiera mostrado si había adquirido el equilibrio interno

de poderes sin el cual nadie se ha convertido jamás en un gran general.”

Queda poco que agregar a los veredictos de Pilsudski y Trotsky. Ambos lo conocieron en su impetuosa juventud. Trotsky incluso hace esta reserva.

Tujachevsky aprendió mucho en sus últimos diez años de vida. Incluso hizo un estudio profundo del marxismo y los principios revolucionarios que Stalin ha traicionado. En la Unión Soviética personas que llegan a escalones tan altos de la escala política como lo hizo Tujachevsky aún pueden conseguir ediciones inalteradas y completas de estas obras; lo que es más tales colecciones incluyen todos los otros libros y tratados publicados en el extranjero, incluyendo los de Trotsky.

El joven Tujachevsky hablaba con libertad. El hombre maduro comprendió el valor del silencio. Al igual que todos cuantos en la Unión Soviética se han mantenido leales a los principios del socialismo internacionalista, mantuvo sus opiniones políticas encerradas en su corazón, confiando sólo en unos pocos compañeros del viejo Partido Bolchevique y la Guerra Civil que compartían sus opiniones. En las palabras del viejo proverbio de los tiempos zaristas, que nuevamente se ha vuelto una realidad viva: “Mantuvo la boca llena de agua”.¹⁶

Hablaba de problemas militares sólo ante auditorios militares o ante los cuerpos políticos principales del estado o de los

¹⁶ Este proverbio ruso requiere cierta explicación. Nadie puede hablar con agua en la boca; los rusos mantenían “agua en la boca” para evitar que una palabra dicha sin pensar pudiera llevarlos en los días del zarismo a la cárcel de la Ochrana, como hoy en día conduce a las cárceles de la GPU. También hay un chiste sobre la sequía en Rusia que se debe a que 165.000.000 de personas “mantienen agua en la boca”.

funcionarios del partido, a quienes debía someter sus propuestas y hacer sus informes sobre la situación de las fuerzas de combate y las tareas de la defensa. En el intercambio social, sin embargo, la vitalidad y alegría de vivir de este general rojo lo hacían un expositor vivaz de los pensamientos generados por su intelecto chisporroteante. También era muy versado en todas las ramas del arte y la literatura, a las que dedicaba sus horas de descanso no invertidas en el estudio de la historia.

Herriot, el hombre de estado francés, ha registrado el incidente de un encuentro con Tujachevsky en una visita a Moscú. El comunicativo Budyonny —ese viejo guerrero práctico de la Guerra Civil, que sigue siendo una criatura de la naturaleza a pesar de la altura a que ha llegado en su carrera— se quejaba de la dificultad que experimentaba en la Academia de Guerra cuando trataba de meter a martillazos la “gran teoría” en su cráneo de campesino cosaco del Don. Como testigo de sus dificultades citó a un cierto “Misha”, que estaba casualmente junto a él. Este era, en realidad, Tujachevsky, que confirmó con una sonrisa las afirmaciones del general de caballería.

Herriot tiró una pregunta militar al ruedo. Tujachevsky la contestó con amabilidad pero brevemente y luego Herriot se encontró metido en una discusión sobre el último libro de Malraux y la última producción de la literatura francesa antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo. El ministro de Relaciones Exteriores francés de aquellos días creyó que estaba adulando a Tujachevsky cuando él escribió que el pelo, la frente y los ojos de Tujachevsky se parecían a los de Napoleón.

El rasgo político más prominente de Tujachevsky era el internacionalismo que expresaba en sus acciones. Para él esta forma de internacionalismo no era meramente un dogma o una tesis, sino una posición tomada Las máximas principales

en las que se basaban sus posiciones político-militares y acciones no cambiaron nunca desde que las expresara en una forma verdaderamente clásica en 1921:

“Fuera de la frontera de la Unión Soviética nuestro Ejército Rojo debe ser visto como una formación de cuadros internacionalistas. Cada misión que inicie nuestra república debe estar estrechamente ligada a la misión de la Revolución Mundial. Esto se aplica muy especialmente a nuestro Ejército Rojo, que constituye el primer núcleo del Ejército Rojo internacional. Este ejército debe ser un modelo en todo sentido, y por tanto perfecto en un sentido político. Este ejército debe aprender a olvidarse de que predomina en él un elemento nacional; debe comprender que es el ejército del proletariado mundial y nada más. A donde vaya, el pueblo debe sentir que es un Ejército Rojo y no un ejército ruso.”

En su mente el joven Tujachevsky vio a este Ejército Rojo como un hecho cumplido, y por tanto en sus planes pasó por encima de muchas etapas de su desarrollo. En 1921 dio pasos hacia la formación de un Estado Mayor Internacional, al respecto del cual Trotsky escribió lo siguiente en su tratado *Acerca de la Doctrina Militar*:

“El compañero Tujachevsky pidió autorización a la Comintern para formar un Estado General Internacional dentro de este cuerpo. Naturalmente esta propuesta no llegó a nada, porque no habían madurado las condiciones y no estaba de acuerdo con la misión que el 3er. Congreso Mundial se había propuesto. Aún cuando la Comintern ya se hubiese convertido en una fuerza viva, aún si fuertes organizaciones comunistas hubieran surgido en los principales países, un tal Estado Mayor Internacional sólo se hubiese podido formar sobre la base de un Estado Mayor nacional, en varios estados proletarios. Pero mientras no existan tales estados proletarios, un Estado Mayor internacional sólo puede ser una caricatura.

”Tujachevsky consideró correcto acentuar su error imprimiendo su carta a la Comintern al final de su interesante libro *La Guerra de Clases*. Este error se asemeja al que cometió en su violento ataque contra la formación de un ejército miliciano. Pero las ‘ofensivas no garantizadas’ constituyen uno de los flancos débiles del compañero Tujachevsky, que es uno de los mejores expertos militares de la joven generación.”

Como ya lo hemos señalado, Tujachevsky no estaba tan equivocado en la cuestión de la milicia. Su error en la cuestión del Estado Mayor general por cierto se “parece” al que Trotsky está cometiendo hoy en día al intentar crear una Cuarta Internacional cuando el socialismo internacionalista no cuenta con ningún partido lo suficientemente fuerte ideológica y numéricamente en los principales países del mundo.

El trabajo de M. N. Tujachevsky está tan indisolublemente ligado a la eficiencia técnica lograda por el moderno Ejército Rojo motorizado y mecanizado como el trabajo y la personalidad de Trotsky están ligados al Ejército Rojo de la Guerra Civil. Pero su concepción política central del Ejército Rojo como un “sirviente de la Revolución Socialista en Europa” (sobre la base del principio establecido por Lenin el 12 de enero de 1918) lo llevó a él y a otros miembros de mentalidad internacionalista del Alto Mando a chocar con las autoridades del régimen de Stalin.

Capítulo VII.

Veinte años después

La situación política de la Unión Soviética hoy

Desde que comenzó la aplicación del Primer Plan Quinquenal en 1928, la estructura política y social de la Unión Soviética ha sufrido cambios radicales.

En aquel año la Unión Soviética era esencialmente un estado socialista, aunque predominaran los métodos de producción pequeño burgueses. Pese a manifestaciones de degeneración burocrática, la dictadura del proletariado encontraba en la democracia soviética un medio adecuado que le servía de lazo entre el campesinado y las clases trabajadoras bajo el liderazgo del proletariado industrial. El producto excedente del esta-

do era distribuido entre los ciudadanos trabajadores soviéticos sobre la base de un sistema que se acercaba al principio socialista de “A cada cual según sus necesidades”. Se abolió el monopolio de la educación de que gozaba anteriormente la sociedad burguesa, mientras que el monopolio educativo de una nueva clase privilegiada aún no había aparecido en escena, de modo que el orden social general se aproximaba como tendencia hacia el segundo principio básico del socialismo: “De cada cual de acuerdo a sus posibilidades”. La limitación del salario máximo impuesta a los miembros del partido (burlada sólo por unos pocos funcionarios del partido que se las arreglaban para obtener un segundo salario) impedía que los conductores del partido y el gobierno perdieran contacto social, cultural y económico con las masas.

La tendencia premeditada de la política exterior de la Unión Soviética era internacionalista, a pesar de que una serie de errores desastrosos y su curso zigzagueante sin sentido, tendieron a debilitar y desorganizar más que a fortalecer al movimiento revolucionario. La naturaleza internacionalista de esta política exterior se manifestaba también en el hecho de que el Partido Comunista de la Unión Soviética y la Comintern trabajaban a su modo (o mejor dicho, a su modo erróneo) para revolucionar a los trabajadores alemanes y por el derrocamiento de las clases dominantes alemanas, aún cuando las relaciones diplomáticas entre ambos países eran todo lo amigables que se podía esperar y que el leit motiv de la política exterior de la Unión Soviética era aún “guerra al sistema de Versalles”.

El año 1928 fue testigo del inicio de desarrollos industriales demasiado acelerados, junto con un oficial golpe mortal a la actividad privada en el comercio y la industria, que formaba un importante eslabón de la conexión entre la ciudad y los habitantes de los campos. Los campesinos empezaron entonces a quejarse porque estas medidas golpeaban muy duramen-

te a las industrias livianas que les proveían los artículos de uso cotidiano.

Objetaban tener que cambiar su producción agrícola por rublos, con los que no podían comprar herramientas, ropa, ni bienes industriales y su protesta tomó la forma de un intento de las aldeas de cercar por hambre a las ciudades. El Comité Central que recibía órdenes de Stalin respondió decretando la inmediata colectivización del 40 por ciento de las granjas.

Stalin imaginó que el control centralizado del 40 por ciento de toda la producción agrícola le daría al estado proletario suficiente comida como para alimentar a las ciudades y el ejército, y así podría imponer su voluntad al restante 60 por ciento representado por los 10.000.000 de granjas de familiares diseminadas por el país. Pero naturalmente el efecto fue el opuesto, porque esta colectivización estaba trabada por rígidos plazos y porcentuales fijos y llevada a cabo sin ninguna preparación técnica ni ideológica. De hecho y tal como lo expresó Trotsky, fue llevada a cabo “por medio del látigo y con las luces apagadas”. La consecuencia fue que los campesinos prefirieron masacrar a gran parte de su ganado, antes que entregárselo a los *kolkhozi* mientras que un número considerable de animales murieron miserablemente en las granjas colectivas, en las que por entonces faltaban los medios para operaciones agrícolas a gran escala. Para escapar a las levas forzosas de productos agrícolas por parte del estado, los campesinos comenzaron a sembrar sólo lo que necesitaban para su uso personal.

No tardaron mucho en manifestarse los resultados de esta política. En 1931 se dio el flagelo de la hambruna; alcanzó su clímax en 1932 y las masas de la Unión Soviética no tuvieron alivio hasta la primavera de 1933.

Las mayores penurias se dieron en las zonas donde los campesinos, que habían trabajado durante siglos sus propias tie-

rras a su manera tradicional, dieron las más duras batallas contra las medidas compulsivas del estado. Esto se dio en Ucrania, las áreas de “tierras negras” de Rusia central, Siberia y las estepas ricas en pan del Cáucaso.

Desde un comienzo la lucha en Ucrania estuvo signada por fuertes tendencias nacionalistas y un movimiento de autonomía que apuntaba a una Ucrania Soviética independiente dentro del marco de la URSS. Uno de los mayores promotores de estos esfuerzos fue Skripnik, el viejo comunista ucraniano, Comisario del Pueblo para Educación y miembro del Politburó del Partido Bolchevique Ucraniano. En 1933 se suicidó para evitar el arresto.

El efecto sobre el Ejército Rojo fue desastroso. En todas las unidades hubo deserciones en masa de soldados campesinos, que volvieron de apuro a sus antiguas aldeas, con o sin fusiles, para vengarse de los funcionarios de las organizaciones de granjas colectivas. Los campesinos escribían a sus hijos bajo bandera ordenándoles ir a ver a “Stalin, jefe de la gente de la ciudad” para exigir la restauración de sus derechos. Algunos incluso le reclamaron a sus hijos que volvieran a la aldea con el fusil para ayudarlos. En realidad en esos meses de crítica situación internacional en que las masas alemanas tenían que decidir entre el fascismo y el socialismo el Ejército Rojo estaba inmovilizado por la crisis y el hambre y este estado de cosas en Rusia ayudó en gran medida a inclinarlos a favor del fascismo. Esto también sucedía en momentos en que en el lejano oriente las condiciones políticas y militares estaban maduras para una ocupación exitosa de Manchuria por las fuerzas del imperialismo japonés.

En 1933 lo peor de la crisis ya había pasado. El capital invertido en las industrias pesadas comenzó a dar sus primeros resultados prácticos, mientras la industria liviana comenzó a

producir una cantidad creciente de productos que las masas necesitan. La producción agrícola también comenzó a crecer.

Pero la situación política y social de la Unión Soviética había sufrido un cambio radical en los años de crisis. Para mantener su autoridad sobre las masas a las que se convocaba a soportar sacrificios y privaciones sin límite, los conductores del aparato de estado y del partido se vieron obligados a abolir todas las formas exteriores de la democracia soviética.

Los Soviets fueron privados de todas sus funciones políticas, mientras que los sindicatos fueron prácticamente liquidados al amalgamarlos con el Comisariado del Trabajo del Pueblo. El partido mismo se convirtió en un apolítico cuerpo militarizado.

En los años de hambre y crisis de la Guerra Civil la importante tarea reguladora de la “distribución de las privaciones entre las clases y entre los obreros y campesinos” le correspondió al Partido Bolchevique como vanguardia del proletariado revolucionario. Pero en los años de hambre y crisis de 1931-33 las privaciones de toda la masa del pueblo ruso fueron tan enormes que el aparato del estado se vio obligado a comprar los servicios de una pequeña clase privilegiada, a la que entonces se le podía confiar la instrumentación de su política. El primer paso en esta dirección incluyó la abolición de la limitación de salarios para los miembros del partido y el estado y la elite de la inteligentzia técnica.

Cuando terminó la crisis, la brecha entre el alto nivel de vida de esta clase dominante y el de las masas, lejos de reducirse, se amplió. En un extremo de la escala social se dio un nivel de confort siempre creciente, mientras que en el otro, donde se encontraba la gran masa del pueblo, el nivel de vida se mantuvo tan bajo como siempre.

Este contraste entre dos niveles de vida creó un nuevo monopolio de la educación. Stalin adoptó el viejo principio hipócrita del capitalismo liberal “De cada cual según sus medios, a cada cual según sus logros”, como una máxima socialista, con la cláusula de que los “logros” de un director de fábrica rojo o de un funcionario de estado o del partido debían valorarse ciento cincuenta veces más que los de un minero, sin hablar de los de una lavandera.

Esta nueva política interna se reflejó en la conducción de la política internacional. La política exterior perseguida por Stalin y Litvinov ya no tomaba en cuenta al proletariado europeo y americano a los que Lenin declaró “los únicos aliados seguros y confiables de la Rusia Soviética”. La Unión Soviética ya no hizo más esfuerzos por explotar los conflictos entre potencias imperialistas en interés de una revolución socialista internacional; por el contrario encontró refugio en uno de los bloques imperialistas, trayendo como regalo de bodas a esta unión la suspensión de la guerra de clases que libraban los partidos comunistas de los países en cuestión y el inicio de una propaganda, por parte de esos partidos, en favor de la defensa de sus patrias imperialistas.

Estas son las bases sociales y políticas de esta etapa en la que transcurre esa “guerra en la oscuridad” que ha llevado a la ejecución de los viejos bolcheviques y los generales rojos, y así, junto con la liquidación del régimen interno y la conducción de su ejército, Rusia ha perdido la capacidad de actuar como baluarte del socialismo internacional.

La ejecución de los generales rojos

La sociedad soviética y todas sus organizaciones están divididas ideológicamente entre los defensores de la democracia soviética y los de la línea autocrática; entre los internacionalistas que buscan como aliados a los trabajadores del mundo y las razas oprimidas coloniales y los patriotas de la Unión Soviética que desean atar a la URSS al carro de un grupo de potencias imperialistas. No se salva de esta división el Ejército Rojo.

Tujachevsky compartía la conducción de la línea democrático-soviética-internacionalista con Gamarnik, que ocupaba el cargo de jefe de la Administración Política del Ejército y la Armada desde 1927. Trotsky no comprende el carácter dual de la Unión Soviética stalinista, que ninguna oligarquía jamás podrá separar de su base socialista (esto sólo podría darse como resultado de una guerra imperialista en la que la Unión Soviética formara parte de un grupo de potencias imperialistas) y no comprende tampoco a los jefes del Ejército Rojo ejecutados de los que escribe:

“Durante diez años Gamarnik ocupó puestos de responsabilidad en el corazón del aparato del partido; trabajó en colaboración cotidiana con la GPU. ¿Bajo tales circunstancias es concebible que un hombre llevara adelante dos políticas diferentes, una hacia el mundo exterior y otra para sí mismo? Como miembro del Comité Central y principal representante del partido gobernante en el ejército, Gamarnik al igual que Tujachevsky, era carne de la carne y sangre de la sangre de la casta dominante.”

Gamarnik sufrió el mismo destino que muchos viejos bolcheviques tales como Rykov, Bujarin y Tomsy, que eran los tres principales representantes del ala derecha de la oposición comunista. Cumplió un papel directivo en la campaña de Stalin contra el trotskismo porque Trotsky y su nuevo partido de oposición cometieron en realidad errores en su actitud hacia

una cantidad de problemas, y porque creía que la línea de Stalin llevaría en verdad al triunfo del socialismo. Pero cuando llegó a la convicción contraria en 1931-33, los años de la crisis severa, y aún más en los años siguientes, comenzó a hacer la única cosa posible bajo las circunstancias de aquel momento en la Unión Soviética, es decir, “llevar dos políticas diferentes”. Una de éstas por cierto era para beneficio del mundo exterior, pero la otra no era para sí mismo, sino para una liberación socialista del régimen de Stalin.

Desde el punto de vista militar Tujachevsky apoyó las políticas de industrialización y colectivización. Un ejército revolucionario moderno es inconcebible sin una fuerte base industrial, mientras que el sistema de granjas colectivas incrementó enormemente el poder combativo del ejército, porque liberó muchos más hombres para el servicio en el frente sin dañar el trabajo agrícola y el abastecimiento alimenticio del pueblo, que los que podía liberar el sistema basado en 25.000.000 de propietarios agrícolas, con cada uno de ellos trabajando su propia tierra. Lo que es más el campesino que trabaja en una granja colectiva aprende a manejar tractores y maquinaria agrícola y así puede ser más fácilmente convertido en un buen soldado que un hombre que ara el suelo con un arado primitivo.

En los años de crisis Tujachevsky consideró que la burocratización del país, la supresión de la democracia partidaria y la abolición del autogobierno en todos los cuerpos, desde la comunidad de aldea hasta la conducción de las repúblicas que conformaban la Unión Soviética, eran medidas temporarias y de emergencia. Pero cuando terminó la crisis, esta forma autocrática de gobierno fue reforzada y no disminuida y, en consecuencia, las masas comenzaron a manifestar una oposición silenciosa al aparato oficial que identificaron con el poder soviético.

Este proceso tuvo efectos desastrosos en las más grandes repúblicas de la Unión Soviética, tales como Ucrania, Rusia Blanca, Georgia, Armenia y el Turkestán. Allí la línea auto-crítica, impuesta principalmente por administradores de origen gran ruso, llevó a mayores antagonismos raciales, engendrados por la arrogancia de estos funcionarios y, así, se fortalecieron los sentimientos nacionalistas de los habitantes. Esto podría afectar gravemente la capacidad de combate del Ejército Rojo para cualquier guerra futura y Gamarnik, Tujachevsky y otros oficiales en funciones de alta responsabilidad, se sentían perseguidos por el fantasma del ejército austro-húngaro, con su variedad de nacionalidades, que no pudo soportar su bautismo de fuego.

La exigencia de la reintroducción de los métodos democráticos encontró otro defensor en la persona del comandante del ejército del extremo oriente, el actual mariscal Blücher. En 1933 logró introducir importantes medidas de democratización en las áreas bajo su control por medio de una declaración (presentada prácticamente en la forma de un ultimátum) en el sentido de que en caso contrario no asumiría ninguna responsabilidad por la defensa de la frontera. Entonces el gobierno soviético dio un decreto aboliendo las levass compulsivas sobre toda la producción agrícola en la región y restauró los rasgos principales de la Nueva Política Económica (NEP).

En todas las cuestiones de la política interna Tujachevsky, Gamarnik y otros camaradas sostuvieron las demandas de una democratización del país como lo único que permitiría crear las condiciones necesarias para una explotación completa de la fuerza humana de los territorios soviéticos para los objetivos de la defensa. Con respecto a los asuntos externos, consideraban que la renuncia de Rusia a su posición de adalid de los movimientos de independencia entre las razas coloniales y la lucha socialista por la emancipación, amenazaba con dejar aislada a la Unión Soviética.

Hasta mayo de 1937 las fuerzas activas del Ejército Rojo permanecieron inmunes a la persecución de la GPU de Stalin, que por entonces estaba comandada por el mariscal Yagoda. Aún así el antagonismo entre el Ejército Rojo y la CPU venía de lejos y se agudizó cada vez más.

Como jefe de este último cuerpo, Yagoda tenía control sobre un ejército especial de 250.000 hombres escogidos. Había representantes de la GPU en todas las comisiones de reclutamiento y los mejores representantes de masculinidad física y mental eran destinados a sus fuerzas. Sus oficiales y soldados recibían paga más alta y mejores raciones y equipo que sus compañeros del Ejército Rojo. Cuando formaciones de la GPU tomaban parte en maniobras del ejército, invariablemente se hacían necesarias negociaciones preliminares, antes de que pudiera llegarse a ningún acuerdo de trabajo entre los oficiales al mando de los dos cuerpos.

Por casi diez años el alto mando del Ejército Rojo había llevado adelante una campaña contra el intolerable dualismo en las fuerzas de defensa. Entonces, de pronto, Stalin aparentemente accedió a sus demandas, aunque no hacía mucho que había promovido al jefe de la GPU al grado de mariscal. Mientras tanto Yagoda había ganado gran popularidad en todo el país por su preparación de los “casos” que llevaron a la ejecución de los viejos bolcheviques.

Pero los motivos que llevaron a Stalin a ordenar el arresto de Yagoda y la liquidación de la GPU, como estado dentro del estado, no eran de ningún modo similares a los puntos de vista de Gamarnik y Tujachevsky. Estos últimos querían terminar con el sistema militar dual de modo de acabar con el régimen de terror de Yagoda en interés de la democracia soviética; Stalin, por el otro lado, eliminó la dualidad del aparato de estado y el aparato de la GPU, al servicio de su propio despotismo totalitario terrorista.

Stalin utilizó el apoyo del Ejército Rojo para destruir a la GPU, como estado dentro del estado; entonces giró en redondo y aplastó la oposición soviética democrática internacionalista dentro del ejército. Al ser interrogado en el curso del juicio a Piatakov, Radek compró su vida a cambio de traicionar a Tujachevsky, Gamarnik y sus asociados, informando que pertenecían a la oposición comunista. Además, Stalin y Voroshilov tenían que saldar una cuenta con Tujachevsky desde los tiempos de la Guerra Civil y la campaña polaca.

Gamarnik se suicidó cuando lo estaban por arrestar. Previamente había sido partidario del juego de esperar; incluso le recomendó a Piatakov que reconociera todo lo que le exigieran Stalin y Yagoda durante su “juicio”, porque pensaba que los líderes de la oposición soviética debían hacer todo lo posible para salvar sus vidas, dado que el factor tiempo trabajaba irresistiblemente en favor de una expansión de la fuerza de la democracia soviética. Durante el juicio de Piatakov, Gamarnik hizo varios intentos vanos ante Stalin de obtener clemencia para él con el argumento de que el Ejército Rojo no podía prescindir de su cooperación en el Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada.

Tujachevsky y los otros generales rojos fueron fusilados por orden de Stalin. No tuvieron “juicio”, o mejor dicho ni siquiera el tipo de procedimiento que la costumbre rusa permite que ocupe el lugar de un juicio en estos casos.

En todos los grandes juicios políticos el Politburó decide la pena para el acusado por adelantado. Si se dan posteriores procedimientos públicos, son simplemente una farsa. La sala de la corte está conectada por cable telefónico a la oficina de Stalin; éste sigue los procedimientos por medio de un altoparlante e interviene por comunicación directa con el juez que preside, cuando lo cree conveniente.

En los así llamados “juicios secretos” el Politburó nombra a los jueces del panel. Su sola función, sin embargo, es la de firmar un protocolo que es redactado por adelantado.

Stalin manchó los nombres de Budyonny y Blücher, los populares héroes de la Guerra Civil, haciéndolos actuar de jueces en la “corte militar” que juzgó a los generales rojos. Lo hizo de modo de asociarlos con este “juicio” a los ojos del ejército y de la opinión pública soviética.

Las acusaciones de la oligarquía stalinista contra los generales rojos son tan monstruosas como contradictorias. Se los acusó de haber actuado como espías al servicio del estado mayor alemán, al que ofrecieron Ucrania y la Rusia Blanca a cambio del apoyo que les daría Alemania en la política interior rusa. También se dijo que planeaban la restauración del capitalismo en Rusia y la reinstauración de los terratenientes con todos sus viejos poderes. Finalmente se los acusó de planificar una guerra revolucionaria contra las potencias imperialistas occidentales de modo de llevar a cabo una Revolución Socialista Mundial por la fuerza de las armas.

Una parte de estas acusaciones era para consumo interior, es decir, para los ciudadanos de la Unión Soviética y la clase obrera internacional. La otra era para el mercado extranjero, es decir, las potencias imperialistas en buenas relaciones con Rusia.

Razones de política interior requerían que los generales rojos fueran calumniados como espías y partidarios de la restauración capitalista, ya que era imposible ejecutarlos como campeones de la democracia soviética y el internacionalismo. Para beneficio de los aliados imperialistas de la Unión Soviética, la burocracia entonces inventó el cargo de las “relaciones amistosas de Tujachevsky con” y su plan de entregar Ucrania y Rusia Blanca (las áreas agrícolas más importantes de Rusia) al fascismo alemán.

La afirmación de que Tujachevsky intentaba llevar a cabo una guerra revolucionaria contra la Europa capitalista era para las burguesías de todas las naciones, incluyendo los fascistas alemanes y los demócratas franceses. Así Stalin esperaba obtener el aplauso general al aparecer como representante de la paz y el orden en Europa. Su desprecio por la humanidad es tan grande que no le molesta el hecho de que estas distintas acusaciones se contradigan.

Desde el punto de vista de la clase dominante que él representa, Stalin está en una situación en la que no podría haber actuado de otra manera. La principal función del aparato de estado existente en la Unión Soviética es proteger los intereses comunes de esta clase (compuesta por toda la burocracia estatal y los principales ingenieros, directores de la industria, gerentes de granjas colectivas, manipuladores de la opinión pública, etc.), contra los intereses de clase del proletariado y los intereses de la sociedad soviética en general, y por este medio contra la revolución socialista mundial. Pero como los intereses vitales de la oligarquía están indisolublemente ligados a los de la Revolución de Octubre, es decir, con los intereses de la Revolución Socialista que comenzó en 1917 y sólo puede completarse en la victoria de la revolución socialista internacional, la Unión Soviética está obligada —incluso bajo la conducción de Stalin— a trabajar contra la burguesía en un sentido revolucionario objetivo. La Unión Soviética es conservadora en relación a los privilegios de esta clase dominante y contrarrevolucionaria en el modo en que sacrifica los intereses de la clase trabajadora, pero sigue siendo un factor revolucionario en la actitud hacia la burguesía mundial. Esta contradicción esencial obliga a la oligarquía a tomar el curso zigzagueante sin principios que sigue en todas sus acciones y declaraciones políticas; es también el punto de partida para los juicios contra los generales rojos y para la explicación oficial de su “crimen”.

El “juicio” de los jefes fue un golpe al corazón del Ejército Rojo. Pero el “juicio” no fue la causa, sino una mera expresión, de la crisis dentro del ejército, que se agudizó e intensificó a partir de este hecho. Como bien lo ha dicho Trotsky, las ejecuciones de mayo en Moscú y los subsiguientes arrestos y condenas en masa de oficiales de todos los grados han descabezado al Ejército Rojo. La confianza en la capacidad combativa del ejército ha sido duramente golpeada por la difamación y eliminación física de sus conductores. ¿Si un Tujachevsky, un Gamarnik, un Yakir, un Eydemann, un Uborevitch o un Primakov pueden ser comprados por el fascismo, por qué no también un Voroshilov, un Yegorov, un Budyonny, un Blücher o un oficial zarista apolítico como Shaposhnikov? ¿Por qué no el propio Stalin? ¿Si el 60 por ciento de los hombres que ocupaban puestos a la cabeza del partido, el estado y el ejército bajo Lenin son espías y traidores, por qué no también el otro 40 por ciento? Esta es la pregunta que se debe estar haciendo cada civil soviético, cada oficial y cada hombre en el Ejército Rojo. Pero como el cuerpo de oficiales del ejército contiene pocos hombres que creen realmente que Tujachevsky y otros generales rojos son culpables de traición, el único resultado del “juicio” ha sido el de crear una brecha insuperable entre el ejército y la camarilla stalinista gobernante.

¿Quiénes son los hombres que reemplazarán a los generales ejecutados? ¿Qué garantía pueden dar de su capacidad para conducir al ejército a la victoria en cualquier guerra futura?

El más popular de los actuales mariscales es sin duda Budyonny. Su ejército de caballería fue una ingeniosa combinación de las tácticas de Gengis Khan con los elementos de la guerra moderna. Sus grupos de jinetes luchaban con fusiles y ametralladoras llevados en las viejas y primitivas carretas de la estepa. Su poder ofensivo estaba en las cargas que hacían con las lanzas y los sables en ristre. Montados en la pequeña

raza de caballos de la estepa o en los hijos de la sangre de los padrillos ucranianos, se lanzaban a través de las filas enemigas a toda carrera cargando sobre las vastas estepas, cuyo pasto “susurra la historia cómo en tantas noches alumbradas por las estrellas y en días nublados, los jinetes de Budyonny cargaron con bravura en la batalla”, como dice la canción.

Pero Budyonny hasta ahora no ha mostrado la capacidad de adaptar su habilidad indiscutida a los métodos de la técnica moderna. La razón esencial de su éxito en la Guerra Civil se encuentra en el hecho de que luchó contra enemigos no atrincherados y en terreno abierto. Cuando Stalin y Voroshilov le ordenaron atacar la fortaleza de Lvov en 1920, sus fuerzas fueron diezmadas.

Shaposhnikov es el actual jefe del Estado Mayor. Recibió una instrucción completa en la escuela de guerra zarista, pero no posee ninguna virtud como estratega. Durante la Guerra Civil fue empleado como ejecutivo de estados mayores en las bases, tarea en la cual se distinguió por su diligencia y confiabilidad, pero nunca desarrolló el menor sentido de iniciativa. En 1936 encabezó la delegación rusa que atendió las maniobras checoeslovacas, y cuando brindó a la salud del ex general de la Guardia Blanca rusa Voiczechovsky, que ahora tiene mando en el ejército checoeslovaco, expresó el punto de vista del típico oficial no politizado en las siguientes palabras:

“Sólo fue una cuestión casual lo que nos hizo pelear del lado de los rojos o los blancos en la Guerra Civil.”

Yegorov es un típico oficial zarista sin educación. No habla ningún idioma más que su ruso nativo. En la Guerra Civil fue tan conocido por su estrechez mental como por su coraje. Aún cuando no se le pueda achacar la responsabilidad por la derrota de 1920, cuando estaba al mando del frente sudoccidental y se negó a poner sus fuerzas a disposición de Tujachevsky, no hay duda de que su acción fue la causa de las

proporciones desastrosas que esta derrota alcanzó. En mayo de 1937 se le dio el puesto anteriormente ocupado por Tujahevsky.

Después de Budyonny el mariscal Blücher es el más popular de los líderes del Ejército Rojo. Mostró habilidad militar cuando comandaba una división en la Guerra Civil; en 1924 el Consejo Revolucionario de Guerra lo mandó a China, donde trabajó bajo Borodín y se convirtió en consejero militar de Chiang Kai-Shek, bajo el seudónimo de “General Galen”. Blücher-Galen reorganizó las fuerzas chinas del sur y las condujo victoriosamente en Shanghai, ciudad que capturó cuando los obreros organizaron una rebelión en la retaguardia de los ejércitos del norte. Cuando el mariscal Chiang Kai-Shek traicionó, masacrando a los trabajadores de Shanghai, mandó a Borodin de vuelta a Rusia, pero le ofreció al general Galen riquezas y honores si aceptaba quedarse como su consejero. Cuando Blücher se negó a aceptar esto fue escoltado hasta la frontera rusa con plenos honores militares. Dos años más tarde estuvo a cargo de las operaciones militares de los soviets en la frontera de Manchuria durante el conflicto en el lejano oriente.

En 1926-27 Blücher mostró gran habilidad en la manera que utilizó el atraso militar de los ejércitos chinos del sur para derrocar a las igualmente atrasadas tropas de las fuerzas del norte. En 1929 derrotó a las tropas chinas con una serie de operaciones veloces y vigorosas. Pero esta última campaña no da ninguna medida de la fuerza combativa del Ejército Rojo o la capacidad de Blücher en una guerra contra ejércitos modernos.

En 1929 los soldados chinos lucharon muy débilmente contra las tropas rusas. En agosto de 1937, las mismas fuerzas chinas desplegaron un heroísmo extraordinario inspirado en su profundo y justificado odio contra los ejércitos del imperia-

lismo japonés. Pero la superioridad técnica y táctica del ejército japonés sobre el chino no es menor que la superioridad técnica y táctica rusa de 1929.

La defensa rusa ha sido debilitada por el “juicio” y subsecuente desorganización del Ejército Rojo. La burocracia debió haber sido consciente de esto cuando ordenó la ejecución de los generales rojos. ¿Se sintieron tan fuertes entonces como para darse el lujo de no prestar atención a la conmoción que necesariamente debía causar en todo el país?

La estabilidad interna de un régimen autocrático difícilmente pueda medirse previamente a su caída. Robespierre envió a la guillotina a un líder opositor tras otro. Parecía que su poder era ilimitado; hizo decapitar a Danton, el gran tribuno del pueblo, y ninguna mano se levantó para salvar a su víctima. Y entonces repentinamente, por una cuestión trivial relativa al arresto de una persona insignificante, el aparato de estado de quebró entre sus manos. La Convención lo arrestó y su cabeza cayó bajo el filo de la guillotina; el único hombre que se puso del lado del dictador revolucionario y murió con él fue Saint-Just. Pero esta comparación entre la Francia de Robespierre y la Rusia de Stalin sólo puede aplicarse a la evaluación de la estabilidad de las dos dictaduras autocráticas.

No es una convicción de la propia solidez, sino más bien una sensación de inseguridad, la que empuja a la oligarquía stalinista a exterminar a todas las personas que podrían servir como puntos de referencia para la lucha de las masas socialistas por el poder en caso de una crisis.

Luego de la Revolución de Octubre muchos monárquicos rusos se reprocharon a sí mismos agriamente el no haber cortado la cabeza de la “hidra de la revolución” en el momento indicado, ya que había habido un período en el que la Ochrana zarista tuvo en su poder a todos los líderes revolucionarios,

sin excepción. Pero los burócratas stalinistas han aprendido la lección de la tardía sapiencia de los monárquicos.

Ya en 1921 el motín de Kronstadt demostró el hecho de que las masas populares (que mostraron con sus huelgas su simpatía hacia los amotinados) sólo se abstuvieron de derrocar al gobierno bolchevique porque no había ninguna otra fuerza socialista organizada en el país. La crisis de 1931-33 mostró la magnitud completa del peligro que amenazaba a la camarilla stalinista. Sólo se sorteó ese peligro debido a que los viejos dirigentes opositores, Zinoviev, Kamenev, Piatakov, Tomsky, Rykov, Bujarin y Sokolnikov estuvieron de acuerdo en postergar sus diferencias con el régimen stalinista, por el momento, en vista de los peligros mortales de crisis, hambruna y guerra inminente que amenazaban al país.

En un estado totalitario las masas son privadas del más mínimo vestigio de poder político y, así, el momento de crisis las encuentra sin una organización que pueda dar batalla a su servicio. Sólo pueden solicitar ayuda de grupos ya constituidos y de personas que tengan alguna forma de autoridad.

Por medio de los “procedimientos” contra los líderes de la vieja guardia bolchevique y el Ejército Rojo, el actual gobierno trata de proteger su dominio frente al peligro de la crisis que podría provocar en el país una guerra futura. Esa es la razón por la que fusila no solamente a los representantes visibles de las tendencias democráticas e internacionalistas soviéticas, sino también a esos miles de trabajadores comunistas desconocidos, organizadores del partido, industriales y oficiales, en realidad todos los pequeños Tujachevskys y Piatakovs a los que acusa de espionaje a favor de Alemania o Japón o de “sabotaje trotskista”.

La ejecución de Tujachevsky y otros generales rojos fue una clara medida de guerra adoptada por la burocracia stalinista, cuyo objetivo era exterminar los muchos posibles puntos de

convergencia para una lucha por el poder en caso de una guerra futura. Pero en el esfuerzo por consolidar el estado de cosas del que emana su poder, están socavando los cimientos de la sociedad socialista y así destruyendo las condiciones mismas de su propia existencia.

Perspectivas y tareas futuras

Esta es por tanto la situación veinte años después de la Revolución de Octubre. Pese a la gran expansión de su base técnica y la mecanización del Ejército Rojo, la estabilidad de la Unión Soviética ha sido puesta en mayor peligro por la política de Stalin, que el que jamás enfrentara en los días de la Guerra Civil. La política internacionalista de Lenin dejó a las potencias imperialistas impotentes para realizar acciones bélicas contra la Unión Soviética, pero la limitada política nacionalista y la desorganización provocada en las filas del movimiento obrero internacional por la política de la Comintern, han hecho imposible para el proletariado de los países imperialistas impedir una guerra criminal contra la Unión Soviética. El peligro que amenaza a la clase obrera por la política actual de Stalin es tanto mayor en virtud de que la lleva a cabo en nombre de Lenin. Pero sólo está utilizando una vieja y probada receta, porque en 1915 Lenin escribió en su polémica contra los líderes de la Segunda Internacional y su política de centralismo:

“La historia nos muestra que después de la muerte de cualquier líder revolucionario que ha ganado popularidad entre las masas, sus enemigos se apropian de su nombre y lo utilizan para engañar a las clases oprimidas.”

Las únicas condiciones bajo las cuales todo el potencial humano y todas las posibilidades económicas pueden ser explotadas completamente para propósitos de guerra, son aquellas que entrañan la democratización del país y la eliminación de todos los conflictos entre las masas y sus gobernantes y entre las varias nacionalidades que componen el estado. Pero un gobierno autocrático acentúa estos conflictos, desorganiza el sistema económico y priva a las masas de todo poder de iniciativa. En cualquier guerra futura la victoria será del beligerante que tenga “mejores nervios”, siempre y cuando por supuesto cuente con suficientes recursos materiales y mentales. Pero un autócrata provoca intranquilidad y nerviosismo en el aparato del ejército, la industria y el estado, en virtud de su intervención personal en todos los asuntos.

Un ejemplo de esto se encuentra en la manera en que Stalin ignoró las protestas de los constructores de aviones cuando les ordenó construir el inmenso aeroplano conocido como el “Máximo Gorki”, en tiempo récord y con un lujo desconocido hasta entonces. Esta máquina debía volar sobre Moscú el 23 de febrero de 1934, el aniversario del Ejército Rojo, pero cuando el piloto trató de hacerla despegar del Campo de Octubre el día indicado, no pudo elevarla. Toda la construcción de la máquina tuvo que ser rehecha en dos meses.

El 1º de mayo el “Máximo Gorki” hizo su vuelo inaugural entre los aplausos de la concurrencia. La máquina estaba diseñada para proveer al estado mayor de un centro de operaciones volante, para el caso de una guerra en dos frentes, que podrían estar separados por 10.000 kilómetros y, así, mantener al alto mando en estrecho contacto con ambos grupos de ejércitos. Pero la inexperiencia de sus diseñadores en la construcción de máquinas gigantescas de este tipo y las diversas alteraciones que debieron llevarse a cabo para hacerlo volar en el día indicado, lo hicieron un pájaro tan frágil que Tujahevsky se negó a incorporarlo al ejército. Cuando ocurrió el

desastre previsto por los expertos debido a una pequeña colisión con otra máquina que tocó la punta de una de sus alas — el impacto de una batería antiaérea hubiera tenido el mismo efecto—, Stalin pronto arruinó los planes de la industria aérea ordenando doce máquinas gigantes del mismo tipo.

Uno de los requisitos más importantes para una movilización exitosa es un sistema de transporte ferroviario bien organizado, lo que es aún más necesario en la Unión Soviética que en otros países porque la red ferroviaria es muy mala, con gran distancia entre sus líneas. Pero aún en tiempos de paz los ferrocarriles soviéticos andan muy mal.

Kaganovitch trató de mejorarlos con un sistema de premios así como de fusilamientos por “sabotaje”. Pero no fue a la raíz del problema, porque las vías están en un estado lamentable. La mayor parte está en las mismas condiciones que bajo el zarismo, a lo que hay que agregar el desgaste por veinte años más de uso. Los niveles salariales de los ferroviarios son extremadamente bajos, exceptuando el de algunas pocas personas que reciben salarios stajanovianos.¹⁷ En 1925 Kolzov publicó los resultados de una investigación médica acerca de la situación de treinta maquinistas, acusados de negligencia que habían causado colisiones; se encontró que todos estaban desnutridos, mientras que el 80 por ciento sufría de tuberculosis. Todos le dijeron a la corte que estaban en un estado de agotamiento físico cuando ocurrieron los accidentes.

Este es el estado de los ferrocarriles en tiempos de paz. Pero en 1934 el gobierno soviético ordenó un ensayo de movili-

¹⁷ Stalin introdujo un sistema de incentivo a la producción basado en utilizar a trabajadores especialmente aptos para demostrar que se podía aumentar los ritmos y el rendimiento. Stajanov fue el más renombrado de esos obreros “modelo” y se llamó al movimiento de impulso a la producción “Stajanovismo”. Así la burocracia reforzó su política contrarrevolucionaria en el terreno de la producción. (N. del T.)

ción en el ferrocarril siberiano. El resultado fue desastroso, porque en dos días todo el tráfico quedó en un estado tal de caos y parálisis que se necesitaron esfuerzos gigantescos para restaurar el horario normal de trenes de tiempos de paz. En este sentido debemos decir que el problema no fue debido a la naturaleza del esquema de movilización que era perfectamente realizable.

A Lenin le gustaba hacer bromas sobre la “dejadez asiática” de los rusos en base a anécdotas como la siguiente. En los primeros tiempos de la Guerra Mundial, cuando EE.UU. aún era neutral, un yanqui visitó los países beligerantes. En Halle preguntó cuándo salía el siguiente tren expreso para Berlín y le dijeron: “12 minutos y 26 segundos después de las 14 horas”. Entonces al ver su azoramiento ante tanta exactitud el jefe de estación dijo: “Pero mi querido amigo, estamos en guerra”. Luego fue a Rusia y quiso tomar un tren de Saratov a Moscú. Pero el jefe de estación en Saratov sólo se rascó la cabeza. “¿El expreso a Moscú, eh?”, dijo. “Bueno, tendría que haber llegado hace mucho tiempo. Son las 16 horas y si el tren llega antes de las 20, y si podemos conseguir una locomotora, puede ser que salga esta noche.” El americano estaba horrorizado. “Pero amigo mío, hay una guerra”, le recordó el jefe de estación.

Hoy en día la “dejadez asiática” está muy lejos aún de haber sido desterrada. Pero actualmente está en estado latente y en su lugar tenemos el nerviosismo, la indecisión y el temor que provoca un gobierno autocrático.

Aún hoy, en tiempos de paz, la conjunción de la sed de cifras récord y el temor pánico a la responsabilidad ha llevado a la vida económica de todo el país a una situación febril. Hoy las instalaciones industriales trabajan al cien por ciento de su capacidad, pero la producción de muchas industrias importantes está aún muy por debajo del nivel normal.

Esto es debido en parte a cuestiones objetivas. Los planes son demasiado ambiciosos. Pero otra de las causas esenciales de este incumplimiento se encuentra en los efectos psicológicos de este régimen autocrático y terrorista. Los métodos de intimidación que emplea no producirán pioneros de la industria, sino funcionarios miserables, asustador, indecisos, sin ningún sentido de iniciativa.

Estas críticas a todo el aparato del estado y la industria pueden aplicarse con mayor fuerza aún al ejército. “Un ejército moderno” —escribió Lenin en 1915 en su ensayo *El Colapso de la Segunda Internacional*— “es una organización modelo. Esta organización sólo es buena cuando combina la elasticidad con el arte de dotar de una sola voluntad a millones de hombres. Cuando un millón de hombres inspirados por el mismo objetivo particular, puede cambiar la naturaleza de sus agrupamientos y acciones, el lugar y los métodos de esa acción, y sus herramientas y armas —todo en concordancia con las cambiantes necesidades y condiciones de la guerra— entonces tenemos algo que puede definirse como organización”.

La guerra moderna, que puede dejar a un hombre completamente librado a sus propios recursos en el campo de batalla y exigirle al soldado un poder de decisión igual al requerido a un general en las guerras de los siglos anteriores, presupone un alto sentido de la iniciativa y una gran voluntad de asumir responsabilidades que sólo pueden desarrollarse en una sociedad verdaderamente democrática, es decir, en un estado socialista en el que se hayan abolido todas las diferencias de clase y antagonismos raciales. Un ejército moderno y un régimen autocrático se rechazan como el agua y el fuego.

En 1928 le dije a Blücher que su mejor aliado en la campaña china era el coronel alemán Bauer, que cuando servía de instructor a las fuerzas chinas del norte le hacía practicar el paso de ganso a sus soldados. Este paso presupone el tipo de orga-

nización militar, la estructura general del estado y el ejército y la forma de disciplina —o más bien de disciplina cadavérica— con la que Federico el Grande obtuvo sus victorias bajo las condiciones técnicas y tácticas del siglo XIII. Pero asegura por adelantado la destrucción de un ejército del siglo XX que tenga que combatir las fuerzas modernas de un oponente actualizado.

En la ya citada polémica contra la Segunda Internacional Lenin dijo que: “El espíritu vivo del marxismo es su espíritu revolucionario”. Estigmatizó el “marxismo muerto” de los socialistas y centralistas patrióticos. El alma viva del Ejército Rojo es su espíritu revolucionario internacionalista, pero la política de Stalin mató al Ejército Rojo mucho antes de que lo descabezara con la ejecución de sus líderes.

El factor decisivo ya no es la posesión de cien aviones o mil tanques más o menos que el enemigo (no obstante lo importante que tiene este factor), sino el cambio de política de la línea autocrática a la democrático-soviética, del terreno descompuesto del nacionalismo estrecho y la arrogancia, a los firmes cimientos del internacionalismo revolucionario. Tujahevsky y Gamarnik, que comprendieron esto y así volvieron su atención hacia la política, tuvieron que pagar con sus vidas su claridad y devoción a la causa socialista. Su muerte fue una dura pérdida para la clase obrera internacional, pero hay mucho más en juego: ¡La Revolución de Octubre!

Los bolcheviques ganaron la Guerra Civil porque lograron crear las condiciones políticas y socio-económicas que necesitaban para tomar y mantener el poder. El Ejército Rojo sólo podrá ganar una guerra futura con alguna potencia imperialista y la Unión Soviética emergerá de tal guerra como un estado socialista y soviético si el proletariado ruso logra crear las necesarias condiciones para tal victoria.

El centro de gravedad de la defensa soviética ha pasado de la esfera militar a la política. Una vez más, por tanto, la historia ha hecho que el problema militar se convierta en la esencia del problema político.

Capítulo VIII.

Los últimos sucesos en Rusia

Las últimas líneas de este trabajo fueron escritas en noviembre de 1937. Desde entonces los sucesos de los últimos cuatro meses (y muy especialmente el “juicio” Rikov-Bujarin) han echado nueva luz sobre el estado actual del Ejército Rojo y las intenciones y objetivos de sus jefes ejecutados. Por tanto tengo una deuda de gratitud con mi editor inglés, porque a pesar de que el libro estaba ya por aparecer, ha tenido la amabilidad de permitirme hacer este agregado, que se basa en las últimas declaraciones oficiales rusas y cierta información privada. Una parte de esta última me ha sido entregada por oficiales pertenecientes al grupo de Tujachevsky.

Me propongo referirme primero al “juicio” antes mencionado. Las acusaciones que se presentaron con el mismo profuso

despliegue de falso dramatismo por parte del fiscal y los defensores, involucraban al grupo Tujachevsky-Gamarnik en dos sentidos fundamentales. En relación a la política interior se dijo que conspiraban para derrocar al régimen soviético y restaurar el capitalismo, mientras que su política exterior equivalía a actos de alta traición en beneficio de los imperia- lismos británico, alemán, japonés y polaco. Tomando primero este último cargo, nos encontramos con que la alta traición cometida por los líderes del Ejército Rojo data del año 1920, de acuerdo con las “evidencias” obtenidas por la máxima corte soviética. Es por tanto casi contemporánea del nacimiento de la Unión Soviética y el Ejército Rojo.

El protocolo oficial del “juicio” contiene la siguiente declara- ción de Krestinsky, que fue durante tantos años el embajador soviético en Berlín:

“En 1921 Trotsky sugirió que yo debía tratar de obtener de Seeckt un subsidio financiero regular para él para el desarro- llo de sus actividades ilegales. Trotsky también me dijo que si Seeckt le exigía que ganara el dinero como trabajo de espio- naje yo podía y debía estar de acuerdo. Por tanto le presenté la cuestión a Seeckt y mencioné la suma de 250.000 marcos oro (unos 60.000 dólares) por año. Entonces Seeckt discutió la cuestión con el jefe del estado mayor alemán y luego me dijo que en principio estaba de acuerdo. Dijo que la participa- ción de Trotsky en el acuerdo sería la de abastecerlo de in- formación confidencial seria de naturaleza militar, que podría transmitir, ya sea directo desde Moscú, o a través mío en Ber- lín.”

Trotsky hizo esto. Cuando Vishinsky le preguntó a Kres- tinsky cuánto dinero obtuvo en total por esta vía, recibió esta respuesta:

“De 1923 a 1930 recibimos pagos efectivos anuales de 250.000 marcos oro.”

“¿Es decir, unos 2.000.000 de marcos de oro?”, preguntó Vishinsky y agregó la siguiente pregunta: “¿Pero no estaba su organización trotskista en contacto con Seeckt aún antes de 1921?”.

Krestinsky: Estaban en contacto, pero preferiría no decir nada sobre eso en corte pública.

Vishinsky: ¿Puede decirme quién era Kopp?

Krestinsky: Kopp era un viejo menchevique muy amigo de Trotsky.

Vishinsky: ¿Pero Kopp no tomó contacto con Seeckt ya en 1920 y discutió con él este mismísimo punto que usted no quiere mencionar si no es en una sesión secreta?

Krestinsky: Sí, Seeckt tomó contacto con Kopp.

Vishinsky: De lo que deduzco el hecho de que esas negociaciones comenzaron antes de 1921 o 1922. Buscó un modo de tomar contacto con Seeckt y lo encontró vía Kopp.

Aunque suene monstruoso e increíble, éste es uno de los episodios del “juicio” que tiene cierta “relación” con la verdad.

Es perfectamente cierto que Seeckt tomó contacto con Trotsky en julio de 1920 a través de la intermediación de Kopp, que por entonces era embajador soviético en Berlín. Es igualmente cierto que Krestinsky continuó estas negociaciones en 1921 y que se llegó a un acuerdo en 1922, por el que el ejército alemán enviaba a los líderes del Ejército Rojo pagos anuales que sumaban los antedichos 250.000 marcos oro. Es también cierto que Trotsky, alias el Comisario de Guerra del Pueblo, facilitó la visita a Rusia “de agentes del ejército alemán” o —para decirlo con mayor precisión— oficiales en actividad del ejército alemán y oficiales retirados del viejo ejército alemán (“ejército negro”). Estos oficiales alemanes

llevaron a cabo actividades conspirativas en el territorio soviético continuamente desde 1923 hasta 1930. Estos son los hechos, pero su significado es precisamente el opuesto del que se sostuvo en el “juicio”.

¿Cuál es la verdad entonces?

Cuando el Ejército Rojo avanzó sobre Varsovia en julio de 1920 bajo la conducción de Tujachevsky y el “sistema imperialista construido sobre el tratado de Versalles comenzó a crujir por todas sus juntas”, como comentó Lenin el 15 de octubre de 1920, Seeckt tomó contacto con el gobierno soviético a través de Kopp e hizo sugerencias sobre una cooperación entre el ejército alemán y el Ejército Rojo “contra Versalles”. Según Lenin “ésta era la época en que todos en Alemania, incluyendo los más oscuros reaccionarios y monárquicos, declaraban que los bolcheviques serían su salvación”. Lenin también da la siguiente descripción del estado de ánimo prevaleciente en Alemania durante el avance ruso sobre Varsovia:

“Ha surgido un tipo curioso de reaccionario-revolucionario en Alemania. Encontramos un ejemplo de esto en el crudo muchachón de Prusia oriental que dijo que debía volver Wilhelm porque no había ni ley ni orden en Alemania, pero que los alemanes deben marchar con los bolcheviques” (discurso de Lenin del 22 de septiembre de 1920).

Fue sólo el brusco cambio de la marea de guerra y el colapso de la ofensiva rusa cuando estaba a la vista de Varsovia, lo que impidió que se llegara a un acuerdo definitivo en 1920 en las negociaciones entre Seeckt y el gobierno soviético. Al año siguiente Krestinsky retomó conversaciones con Seeckt bajo órdenes de su gobierno, es decir, Lenin y Trotsky, pero las condiciones preliminares para un acuerdo militar secreto entre el Ejército Rojo y el ejército alemán no se dieron hasta

que Alemania y la Unión Soviética concluyeron el tratado de Rapallo en 1922.

Este acuerdo secreto llevó al establecimiento de una escuela volante para oficiales alemanes en Ljuberzi, un pueblo a veintidós kilómetros de Moscú. Lo que es más, oficiales alemanes de todos los grados hicieron cursos en manejo de tanques, de artillería y de la combinación de éstas con otras armas, dado que el Tratado de Versalles prohibía al ejército alemán el uso de tanques, artillería pesada y aviones militares. El departamento administrativo del Ejército Rojo aportaba los instructores y recibía la suma anual de 250.000 marcos oro de la conducción del ejército alemán, mientras que el abastecimiento de aviones y otros materiales estaba reglamentado por otro acuerdo especial.

Cuando Hitler llegó al poder, Tujachevsky y Gamarnik exigieron la inmediata suspensión de las relaciones militares con el ejército alemán. Stalin no acordó con ellos, porque aún pensaba basar su política exterior en un eje Berlín-Moscú. Todos los viejos diplomáticos soviéticos (y particularmente Krestinsky, Karachan y Sokolnikov) querían romper relaciones diplomáticas con Alemania luego del incendio del Reichstag y las subsecuentes acusaciones de Hitler y Goering contra la Unión Soviética, pero pese a sus protestas el Comisariado del Pueblo para Asuntos Extranjeros, que por entonces dirigía Litvinov, mantuvo casi dos años más la vieja política anti-Versalles; mientras tanto se hundió el sistema de Versalles, pero no por los golpes de la Revolución Proletaria ni del Ejército Rojo, sino por la furia de la ofensiva fascista.

El acuerdo secreto entre el ejército alemán y el Ejército Rojo no se canceló hasta que Hitler lo abolió en 1935. Para entonces había cumplido su objetivo de proveer a Alemania con los especialistas que requería para entrenar una fuerza aérea, un cuerpo de tanquistas y una dotación de artillería pesada.

Del mismo modo la escuela volante alemana en Ljuberzi no fue liquidada hasta 1935. En el verano de 1933 un agitado oficial ruso me contó el siguiente episodio típico:

Poco después del incendio del Reichstag le dijo a unos oficiales del ejército alemán en Ljuberzi: “¡Los rusos somos una manga de idiotas! ¡Le hemos entrenado los oficiales a Hitler, que mostrará su gratitud con bombas sobre Moscú!”.

“No, no sobre Moscú”, contestaron los aviadores militares del Reich. “¡Sobro París! ¡Sí, sobre París!”

En el “juicio” se acusó de alta traición a Trotsky y al grupo dirigido por Tujachevsky y Gamarnik. Como esto se basaba en la historia del Tratado de Rapallo y sus acuerdos militares secretos, consideré necesario referirme a este episodio detalladamente. Todas las demás acusaciones sobre intrigas con potencias extranjeras que se hicieron contra los generales rojos (es decir, las negociaciones con Trotsky y el ejército alemán entre 1934 y 1937) son puros inventos de los cerebros de Stalin y Yeshov, de modo que no vale la pena gastar palabras en ellos.¹⁸

Al igual que los otros genuinos líderes de la oposición comunista y los inventados por Stalin para sus propios fines, los generales rojos fueron acusados de intrigas y conspiraciones dentro de la URSS. Aquí también encontramos una base verídica similar en los cargos.

De acuerdo con los documentos oficiales del “juicio”, aparece como que “el grupo militar dirigido por Tujachevsky y Gamarnik fue metido en la conspiración por Piatakov al servicio de Trotsky a fines de 1933”. Se dijo que Krestinsky había hecho contacto con los líderes del Ejército Rojo en 1934, pero

¹⁸ No entra en los alcances del presente trabajo analizar el complicado sistema de interrogatorios que lograba las declaraciones de los acusados. Esto será tema de un trabajo posterior.

también se dijo que Tujachevsky había tomado contacto con Rikov, Bujarin, Tomsy y sus seguidores ya en 1930, cuando también negoció con Rudsutak, que había ocupado el puesto de vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo durante algunos años. Se decía que el programa político de todos estos grupos de oposición incluía la restauración del capitalismo, la reinstauración de los terratenientes e, incluso, la partición de la Unión Soviética.

Los documentos oficiales citan un número de variaciones en los planes formulados por estos conspiradores para el derrocamiento del gobierno soviético. Sus actividades iniciales tendían hacia la promoción de revueltas masivas, en las que lograron cierto éxito en 1931-34, cuando estallaron rebeliones en Ucrania, el norte del Cáucaso y Siberia occidental. Pero estos alzamientos aislados no lograron ninguna victoria decisiva.

Se dijo que en 1934 desarrollaron un plan para arrestar a los delegados al Congreso partidario. La ejecución de estos planes “estaba a cargo de los grupos dirigidos por Tujachevsky y Yagoda”, pero de acuerdo a las declaraciones de Rikov, los conspiradores se sintieron desmoralizados ante “la resuelta actitud del partido, la popularidad del gobierno y la ausencia de siquiera una mínima señal de descontento en el país”. Esta declaración suena algo rara, dado que la posición de Rikov tendría que haberle permitido saber que dos tercios del gobierno de la URSS estaban conspirando, al igual que cinco sextos del gobierno de Rusia blanca y la Ucrania y nueve décimas del gobierno de Turkestán, dado que éste fue el porcentaje de miembros del gobierno arrestados, muchos de los cuales fueron después fusilados.

Sea como fuere, los delegados al Congreso no fueron arrestados y en consecuencia los conspiradores decidieron sacar provecho de una situación de guerra, es decir, en caso de hos-

tilidades “abrirían el frente” a las tropas de los fascistas alemanes y japoneses con los que se habían aliado. Pero pese a todas las promesas de Trotsky, del ejército alemán y del estado mayor japonés, la guerra no se materializó, por lo que decidieron intentar un “golpe palaciego”. Tujachevsky debía reunir varios generales conspiradores en su cuartel; entonces debían entrar por la fuerza al Kremlin con alguna excusa, ocupar su central telefónica y asesinar a los miembros del gobierno y a los dirigentes del partido. Todo esto se afirma en la confesión de Rosenholtz; es más, nos enteramos de que “Gamarnik propuso ocupar el edificio del Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores (es decir, la GPU), durante el golpe de estado militar. Era su intención llevar a cabo este plan con la ayuda de algún cuerpo de tropas que él conduciría personalmente, ya que descontaba que su carácter de viejo dirigente partidario y político le daría suficiente autoridad sobre los soldados”.

Estos son entonces los cargos que contienen los documentos oficiales. Veamos qué lejos está de corresponder a la verdad.

De acuerdo con fuentes serias de información había efectivamente un plan para dar un “golpe palaciego” y derrocar la dictadura de Stalin. También es cierto que el Ejército Rojo debía cumplir un papel decisivo en la ejecución del plan, que debía llevarse a cabo bajo la conducción de Tujachevsky y Gamarnik. La División de Fusileros Proletarios de Moscú, dirigida por el general Petrovsky, hijo del presidente del Soviet de la República Ucraniana, debía ocupar el Kremlin y quebrar la resistencia de las tropas de la GPU, comandadas por Yagoda hasta el otoño de 1936 cuando Yeshov ocupó su lugar. Los conspiradores esperaban contar con el apoyo de los trabajadores y la neutralidad benevolente de los campesinos, en caso de una resistencia dura por parte del ejército motorizado y excelentemente armado de la GPU. Tropas ucranianas

comandadas por el general Dubovoi debían ser despachadas precipitadamente hacia Moscú.

La fecha de este “golpe palaciego” fue repetidamente pospuesta debido a las vacilaciones de los conspiradores, que temían que el desorden interno temporario causado por el derrocamiento de la dictadura de Stalin pudiera ser explotado por el imperialismo en general y los alemanes y japoneses en particular. Cuando Piatakov y sus camaradas fueron llevados a juicio en enero de 1937, Radek dio algunos indicios de la asociación de Tujachevsky con el grupo de la Oposición Comunista. Entonces la fecha del alzamiento fue fijada para mayo, pero Stalin y Yeshov se apresuraron a tomar medidas para contrarrestarlo. Fueron arrestados Tujachevsky, Gamarnik y varios cientos de oficiales de alta graduación en las primeras semanas de mayo y algunos de ellos, incluyendo Petrovsky y Dubovoi fueron prontamente fusilados.

Entonces, si realmente había un plan de rebelión, ¿no estaba justificado Stalin al llevar a los conspiradores a juicio por alta traición y fusilarlos? Desde el punto de vista del mantenimiento de la dictadura tanto como desde la posición de la clase privilegiada en cuyo nombre ejerce la dictadura, la respuesta debe ser afirmativa. Pero un verdadero socialista no puede evaluar las luchas políticas por el poder desde el punto de vista de los derechos legales formales. Para el socialista la cuestión sólo puede ser: ¿este alzamiento debía llevarse a cabo en interés del progreso de la humanidad, es decir, en favor del socialismo, o en contra del socialismo?

Lo que hay que considerar principalmente son las intenciones y objetivos del grupo de oposición dentro del Partido Comunista con sus representantes en el Ejército Rojo bajo la conducción de Tujachevsky; los métodos con los cuales pensaban alcanzar esos objetivos son secundarios. Hay algo que debe quedar claro: cuando un gobierno totalitario aplasta a

sangre y fuego cualquier manifestación opositora, no hay ninguna posibilidad de llevar adelante un programa político por medios democráticos.

Ni los métodos con los que se llevó adelante el “juicio” pudieron impedir que a cuenta gotas trascendieran los verdaderos objetivos de la Oposición Comunista. Cuando, por ejemplo, Vishinsky preguntó lo que Bujarin consideraba que habría de suceder en el futuro con la Unión Soviética bajo la conducción de Stalin, el autor del programa de la Internacional Comunista respondió: “Pronosticábamos una tendencia hacia el capitalismo”. Cuando Vishinsky lo amenazó, agregó en el tono de un escolar que ha aprendido su lección: “Estábamos equivocados, nos está conduciendo a la completa victoria del socialismo”.

El eje en torno al cual giraban todos los problemas políticos planteados por la Oposición Comunista era la restauración de la democracia soviética a la que consideraban la principal base y única garantía para una remodelación de la sociedad en un sentido socialista. Al decir democracia soviética implicaban la reconstrucción del partido y los sindicatos como instrumentos y formas de expresión de una democracia obrera. “¡Todo el poder a los soviets!” era su consigna. La democracia soviética debe implicar también un retorno a la política nacional de Lenin de auto-gobierno soviético para las varias repúblicas socialistas que componen la Unión Soviética, a la par que la concreción de la democracia soviética inevitablemente involucraría la abolición de los privilegios económicos y políticos dados a la clase dominante bajo el régimen de Stalin. Como éste no tenía ninguna intención de renunciar a estos privilegios voluntariamente, no quedaba otro medio o camino para inducirlos a que lo hicieran que no fuera obligándolos.

El programa con el cual la Oposición Comunista planeaba lograr la restauración de la democracia soviética era a grandes trazos el siguiente.

I. En la esfera industrial.

Forzar el desarrollo de la industria de bienes de consumo de modo de satisfacer las necesidades de las masas urbanas y rurales y así estimular la producción agrícola por medios naturales en vez de hacerlo con medidas administrativas compulsivas. Las industrias pesadas construidas a costa de sacrificios excesivos ahora están en condiciones, en general, de responder a las demandas de la economía nacional, aún en lo relativo a la defensa. El acero no es lo único que se necesita para llevar adelante una guerra; también hacen falta manteca, botas y vestimenta. La Oposición Comunista por lo tanto se proponía frenar las nuevas inversiones en la industria pesada y poner fin inmediatamente a las construcciones de lujo gigantescas, tales como el “Palacio de los Soviets” de Moscú, para lo que se había destinado una suma equivalente al doble de la que se dedica al complejo Magnetogorsk (minería e industria pesada) que da empleo y aloja a 200.000 trabajadores.

Liberalizar el monopolio del comercio exterior para productos de la industria de consumo que no pueden ser fabricados en cantidades suficientes dentro de la URSS. Una liberalización de este tipo se dio en 1931-34 aunque las masas no fueron las beneficiarias sino los privilegiados propietarios de oro, moneda extranjera o cupones especiales, que pudieron comprar productos alimenticios importados, productos textiles, automóviles, etc., en las tiendas Torgsin del estado (tiendas de productos importados). Pero esta vez la liberalización no habría de beneficiar a las clases privilegiadas sino que respondería a las necesidades de las masas.

II. En la esfera de la agricultura.

La aplicación del principio de la auténtica libertad de los campesinos de elegir entre la pertenencia a granjas colectivas o cultivar sus propias tierras como granjas unipersonales. Los campesinos de granjas colectivas podrían decidir qué tipo de colectividad prefieren, es decir, cualquier forma, desde el modo más benigno de colectivización conocido como el “Artel”, en el que sólo algunos medios de producción (como los tractores) son colectivizados, hasta la granja colectiva.

III. En la esfera de la Política Exterior.

“La activación de la política exterior” era una consigna que gozaba de gran popularidad en las filas del Ejército Rojo y entre las amplias masas de la juventud soviética, como se evidencia en la conocida carta dirigida a Stalin por el “propagandista de la Asociación Juvenil Comunista de Ivanov”. Pero el lector se preguntará qué era exactamente lo que quería decir la Oposición Comunista con “Activación de la política exterior”.

Cuando Hitler llegó al poder hubo una ola de amargura y vergüenza en las filas del Ejército Rojo, que estaba indignado con la idea de que el deterioro económico dejaba impotente a la Unión Soviética para llevar adelante “una política exterior activa” en respuesta a la descarada provocación fascista que recibía. Los oficiales rojos estaban “desesperados” ante el espíritu timorato con que el gobierno soviético se tragó todas las provocaciones del imperialismo japonés sacrificando así la revolución china. La frase “abriendo el frente” fue acuñada para expresar la pasividad de la política exterior soviética ante la agresión japonesa, es decir se consideró que Stalin había “abierto el frente” de la revolución china al imperialis-

mo japonés. En el “juicio” esta frase asumió un significado muy diferente, porque se interpretó en el sentido de que Tujahevsky pensaba abrir la primera línea del Ejército Rojo a las fuerzas del imperialismo alemán y japonés en caso de guerra.

La Guerra Civil Española dio un vigoroso impulso al deseo de “activar la política exterior”. Al momento de su iniciación una ola de indignación barrió al país y aunque Stalin retardó las acciones tres meses, finalmente tuvo que “abrir una válvula” y asistir al gobierno español con cierto abastecimiento de armas a cambio de concesiones políticas (guerra contra el trotskismo).

La activación de la política exterior soviética en relación al imperialismo japonés y el fascismo alemán e italiano (Abisinia y España) y la promoción de la Revolución Socialista Mundial, era y aún es el programa político del grupo Tujahevsky-Gamarnik dentro del Ejército Rojo.

Apéndice I

El programa para un ejército socialista

(Decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo
del 15 de enero de 1918)

El viejo ejército era un instrumento de la burguesía para la opresión de los trabajadores. La toma del poder por los obreros y los desposeídos hace necesaria la formación de un nuevo ejército. Las tareas de este nuevo ejército serán la defensa de la autoridad soviética, la creación de una base para la transformación del ejército permanente en una organización de la nación en armas y, más aún, la creación de una base para el sostén de la Revolución Socialista que se avecina en Europa.

El Consejo de Comisarios del Pueblo ha decidido organizar el nuevo ejército como un “Ejército Rojo de Obreros y Campesinos” sobre las siguientes bases:

1. El Ejército Rojo de Obreros y Campesinos se formará con los mejores y más conscientes elementos de la clase obrera.
2. Todos los ciudadanos de la República Rusa que han cumplido los dieciocho años pueden ser llamados al servicio activo. El servicio en el Ejército Rojo está abierto a cualquiera que esté dispuesto a entregar sus energías y su vida por la defensa de las conquistas de la Revolución de Octubre, el poder soviético y el socialismo. El alistamiento en el Ejército Rojo se condiciona a las garantías que dé un comité militar o civil, que funcione dentro del territorio del poder soviético, o que den los comités de partido o de los sindicatos o, en casos extremos, la garantía de dos personas pertenecientes a alguna de las organizaciones mencionadas. En caso de que una unidad completa quisiera unirse al Ejército Rojo, se condiciona su aceptación a una garantía colectiva y al voto afirmativo de todos sus miembros.

II

1. Las familias de los miembros del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos serán mantenidas por el estado y recibirán, además, una bonificación mensual de 50 rublos.
2. Los miembros de familias de soldados que no puedan trabajar y que hasta ahora hayan sido mantenidos por los antedichos soldados recibirán un mayor sostén de acuerdo con el costo de vida local, según lo determinen los soviets locales.

III

El Consejo de Comisarios del Pueblo es la conducción suprema del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. El comando y administración directos del ejército corresponde al Comisariado para Asuntos Militares y al Colegio Especial Pan-Ruso perteneciente al mismo.

El presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo:

V. Ulianov-Lenin

El Comandante en Jefe

N. Krylenko

Los Comisarios del Pueblo para la Guerra y la Flota

Dybenko, Podvoisky

Los Comisarios del Pueblo

Proshyan, Samoisky, Steinberg

Por el Buró de Comisarios del Pueblo

Vladimir Bontsch-Bryyevitch

Programa para la instrucción militar obligatoria

(Publicado en el N° 83 de *Isvestia* del Comité Ejecutivo Central Pan-Ruso de los Soviets, 26 de abril de 1918)

La liberación de la humanidad del peso del militarismo y la barbarie de la guerra entre naciones, es una de las tareas básicas del socialismo. Los objetivos del socialismo son el desarme universal, paz perpetua y la cooperación fraternal de todas las razas que habitan la tierra.

Estos objetivos serán alcanzados cuando el poder sea transferido a las manos de los trabajadores en todos los países capitalistas poderosos, cuando todos los medios de producción sean quitados a los explotadores y entregados a los trabajadores para el bien común y cuando el orden comunista de la sociedad haya creado una base firme para la solidaridad humana.

En estos momentos Rusia es el único país en el que la autoridad del estado está en manos de los trabajadores. La burguesía

sía imperialista está en el poder en todos los demás países. Su política está orientada a sofocar la revolución comunista y hacia la esclavización de todas las razas débiles. La República Soviética rusa está rodeada de enemigos por todos lados y debe por tanto crear un poderoso ejército, bajo cuya protección se pueda realizar la transformación comunista del orden social del país.

El gobierno de obreros y campesinos de la república se ha propuesto la inmediata tarea de enrolar a todos los ciudadanos para el servicio militar y laboral obligatorio. En este trabajo ha encontrado obstinada resistencia por parte de la burguesía, que se niega a renunciar a sus privilegios económicos y trata de recapturar las riendas del gobierno por medio de conspiraciones, insurrecciones y acuerdos traidores con imperialistas extranjeros.

Armar a la burguesía sería equivalente a provocar una guerra interna continua en las filas del ejército y así reducir su capacidad combativa para enfrentar enemigos externos. No debe permitirse que obtenga armas el sector usurero y explotador de la sociedad que no está dispuesto a asumir los mismos derechos y obligaciones que los demás. El gobierno de los obreros y campesinos encontrará los medios para imponer a la burguesía de un modo u otro una parte de la carga de la defensa de la República, que obligada por los crímenes de las clases ricas ha debido soportar duras pruebas y carencias. Pero en el período de transición inmediato, la instrucción militar y la portación de armas debe ser restringido a los obreros y los campesinos que no empleen trabajo ajeno.

Los ciudadanos de entre dieciocho y cuarenta años que hayan recibido la instrucción militar indicada serán registrados como vinculados al servicio militar. Se les requiere que respondan al primer llamado del Gobierno Obrero y Campesino para cubrir los cuadros del Ejército Rojo, constituido por soldados

entregados a la causa, dispuestos a sacrificarse por la libertad y la independencia de la República Soviética Rusa y la Revolución Socialista Internacional.

Los ciudadanos masculinos de la República Federada Soviética Rusa pueden hacer la instrucción militar:

1. En edad escolar, cuyo límite inferior será determinado por el Comisariado del Pueblo para Educación.
2. Durante la edad preparatoria, de dieciséis a dieciocho años.
3. Durante la edad de servicio militar obligatorio de dieciocho a cuarenta años.

Las ciudadanas recibirán instrucción sólo bajo su propio consentimiento, de acuerdo con la práctica general.

Nota. Las personas cuyas convicciones religiosas les prohíban el uso de armas estarán obligadas sólo a aquellas formas de instrucción que excluyan el uso de armas.

1. El Comisario de Guerra del Pueblo es responsable de la instrucción de hombres en las edades de servicio obligatorio y preparatoria. El Comisario del Pueblo para Educación, trabajando en estrecha colaboración con el Comisario para la Guerra, es responsable de la instrucción de muchachos en edad escolar.
2. Todos los obreros empleados en fábricas y talleres, en granjas y en la tierra, y todos los campesinos que no explotan a terceros están sujetos a la instrucción militar.
3. Los comisariados militares (de los distritos, gobiernos, circuitos y Volosts) supervisarán la instrucción militar obligatoria en sus respectivas localidades.
4. Los conscriptos no reciben ninguna compensación durante su instrucción. Los períodos de instrucción deben ser organi-

zados de tal modo que causen la menor interferencia en las ocupaciones habituales de los conscriptos.

5. El período de instrucción es de seis semanas consecutivas, con un mínimo de doce horas por semana. El período de instrucción para cuerpos especiales y la secuencia de instrucción reiterada serán determinados por resoluciones especiales.

6. Las personas que ya hayan recibido instrucción en el ejército regular pueden ser eximidas de realizarla con la aprobación de un examen acorde. Entonces se les requerirá que llenen los papeles de baja que se le entregan a todas las personas que han cumplido la instrucción obligatoria.

7. La instrucción será llevada a cabo por instructores competentes de acuerdo con el programa elaborado por el Comisariado del Pueblo para la Guerra.

8. El que evada la instrucción militar obligatoria o sea negligente en su desarrollo estará sujeto ajuicio.

Reglamento para los comisarios de guerra

Un Comisario de Guerra es un representante político directo del gobierno soviético en el ejército. Su cargo tiene un significado especial. Los cargos de comisario sólo serán dados a revolucionarios sin mancha que tengan la capacidad de mantenerse como la encarnación del deber revolucionario en momentos críticos y bajo las circunstancias más difíciles.

La persona del Comisario de Guerra es inviolable. Un insulto o cualquier acto de violencia contra un comisario de guerra que esté cumpliendo con su deber, será considerado equivalente al peor de los crímenes contra el poder soviético de la república. Es deber de un comisario de guerra impedir que el

ejército observe desacato a la autoridad soviética e impedir que cualquier institución del ejército se convierta en un nido de conspiración o que se usen las armas contra obreros y campesinos. El comisario de guerra participa de todas las actividades del oficial de mando al que está agregado; estas dos personas deben recibir informes y firmar órdenes en conjunto. Sólo son válidas aquellas órdenes de un soviét de guerra que llevan la firma de, al menos, un comisario además de la del oficial de mando.

Toda tarea debe hacerse a ojos vista del comisario. La única tarea que no realiza es el mando militar especializado, que es la tarea del experto militar con el que coopera.

Los comisarios no son responsables por la corrección de las órdenes dadas para fines puramente militares. La total responsabilidad por estas órdenes le cabe al comandante militar. La firma de un comisario en una orden operativa implica que él garantiza que dicha orden está dictada por razones puramente operativas (y no contrarrevolucionarias). Si un comisario no puede aprobar una orden no debe vetarla, sino informar su opinión al soviét de guerra inmediatamente superior al suyo. Un comisario puede impedir la ejecución de una orden militar sólo cuando tiene elementos suficientes para pensar que está inspirada por motivos contrarrevolucionarios.

Una orden tiene fuerza de ley cuando ha sido firmada por un comisario, y entonces debe ser ejecutada a toda costa. Es deber del comisario asegurarse de que todas las órdenes sean cumplidas al pie de la letra, propósito para el que está investido con toda la autoridad y todos los medios del poder soviético. Los comisarios responsables de la no ejecución de órdenes serán removidos de sus puestos y procesados.

Los comisarios deben mantener intacta la conexión entre las instituciones del Ejército Rojo y las organizaciones centrales

y locales del gobierno soviético y asegurar el apoyo de estas organizaciones al Ejército Rojo.

Los comisarios deben garantizar que todos los miembros del Ejército Rojo cumplan con su deber a conciencia y con energía, que se economice en todo gasto de dinero y se lleve el más estricto control y que se trate con el mayor cuidado toda la propiedad de la Rusia soviética.

Instrucciones a Comisarios de Regimiento

1. Los deberes de; todos los comisarios agregados al ejército, incluyendo los comisarios de regimientos, son los mismos que los de los comisarios del ejército y todas las instrucciones para éstos les corresponden también a ellos.

2. El comisario de regimiento siempre debe estar junto al oficial al mando del regimiento para los siguientes propósitos.

a. Debe estar presente cuando se reciben órdenes y cuando se dan órdenes verbales y se hacen convenios verbales.

b. Debe acompañar al oficial al mando del regimiento cuando inspecciona cualquier unidad del regimiento.

c. Debe siempre estar al lado del oficial de mando cuando el regimiento entra en acción. Debe observar el curso de las operaciones, alentar a sus propias tropas de ataque o defensa y darles ejemplo, tomando parte personalmente en la acción cuando sea necesario.

3. Un comisario debe observar las actividades del comandante del regimiento desde un punto de vista político, pero no debe interferir con las acciones puramente operativas de éste.
4. Un comisario le da validez a todas las órdenes del oficial de mando firmándolas y debe asegurarse de que no se den órdenes sin su firma.
5. Un comisario de regimiento organiza, dirige y supervisa el trabajo político en su regimiento. Tiene la ayuda de un dirigente político, que organiza todo el trabajo político en el regimiento.
6. Con la ayuda de su asistente, el comisario del regimiento dirige y supervisa todos los departamentos del estado mayor del regimiento. Obtiene, procura y administra todos los abastecimientos requeridos por el regimiento.
7. Cuando cumple funciones en el frente, lo representa su asistente.
8. El asistente del comisario de regimiento debe estar siempre con el estado mayor del regimiento. Todo el transporte y abastecimiento están a su cargo.

Plan para la transición al sistema de milicia

1. El cercano fin de la Guerra Civil y el cambio favorable de la situación internacional de la Rusia soviética hacen necesario que remodelemos nuestras fuerzas militares de acuerdo con las acuciantes necesidades económicas y culturales del país.
2. Por el otro lado es necesario afirmar que la república socialista no puede de ningún modo considerarse fuera de peligro

mientras la burguesía imperialista tenga las riendas del poder en los países más importantes del mundo. Los imperialistas están perdiendo terreno y en cualquier momento el curso de los hechos puede empujarlos a lanzarse a nuevas aventuras bélicas contra la Rusia soviética. De aquí que sea necesario mantener las defensas de la revolución en el nivel requerido.

3. El período de transición que puede ser largo y desgastante, debe servir para la reorganización de las fuerzas armadas que dará a los trabajadores la necesaria instrucción militar, a la par que les restará el menor tiempo posible del trabajo productivo. Sólo una Milicia Roja de Obreros y Campesinos basada en el principio territorial puede servir a estos requisitos.

4. La esencia del sistema de milicia soviético debe ser la asociación más estrecha posible entre el ejército y el proceso productivo, de modo que la fuerza humana de ciertas y determinadas áreas industriales conformará también la fuerza humana de ciertas unidades militares.

5. Las formaciones de la milicia (regimientos, brigadas, divisiones) deben estar adaptadas a la distribución territorial de la industria, de tal modo de permitir que los centros industriales y sus cordones agrícolas circundantes constituyan la base de las formaciones de milicia.

6. La organización de la Milicia de Obreros y Campesinos debe estar basada en cuadros bien equipados militar, técnica y políticamente, para servir a las necesidades de los obreros y campesinos organizados en ella. Estos cuadros deben ser capaces de convocar a los obreros y campesinos de su distrito de milicia en cualquier momento, incorporarlos al aparato militar, armarlos y llevarlos a la acción.

7. La transición al sistema de milicia debe hacerse gradualmente, en conformidad con la situación militar y diplomática-internacional de la República Soviética y bajo condiciones

que no permitan que las fuerzas de defensa de la República Soviética caigan por debajo del nivel necesario, ni siquiera por un instante.

8. Cuando se dé la desmovilización gradual del Ejército Rojo, los mejores cuadros deben quedar estacionados en las localidades donde puedan dar el mejor servicio, es decir, donde mejor se puedan adaptar a las condiciones locales de producción y modos de vida, para asegurar el completo funcionamiento del aparato administrativo de las formaciones milicianas.

9. La renovación de los cuadros de la milicia debe darse gradualmente y de tal modo de asegurar el más estrecho contacto con la vida económica del distrito en cuestión, de modo que los oficiales de mando de una división estacionada en un territorio que comprende, por ejemplo, un área minera rodeada por un cinturón de aldeas, puedan ser reclutados entre los mejores elementos del proletariado local.

10. Para el propósito de la antedicha renovación de cuadros los cursos que sigan tales oficiales deben realizarse en localidades convenientes para los requisitos de los distritos económicos de la milicia. Deben seguir tales cursos los mejores representantes de los obreros y campesinos locales.

11. La instrucción militar basada en el sistema de milicia que asegura la mayor eficiencia combativa de un ejército miliciano consiste en lo siguiente:

a. Instrucción preliminar antes de la edad de servicio. Lo que involucra la estrecha cooperación de las autoridades militares con el Comisariado del Pueblo de Educación, sindicatos, organizaciones partidarias, asociaciones juveniles, clubes deportivos, etc.

b. Instrucción de ciudadanos que han llegado a la edad de servicio. La duración de los períodos de instrucción debiera

acortarse permanentemente con la creciente transformación de los cuarteles en escuelas político-militares.

c. Períodos cortos de instrucción repetitiva, con el objeto de probar la capacidad combativa de las formaciones de la milicia.

12. La organización de cuadros de la milicia a cargo de la tarea de la defensa nacional debe adaptarse en la medida que sea necesario al servicio laboral, es decir, deben ser capaces de formar cuadrillas de trabajo provistas de los instructores necesarios.

13. Dado que la milicia debe desarrollarse en el sentido de una nación de comunistas en armas, sus organizaciones deben mantener durante el actual período todas las características de la dictadura de la clase trabajadora.

(Aprobado por el 9º Congreso del Partido Comunista de Rusia, 29 de marzo al 4 de abril de 1920.)

Apéndice II.

Crónica de la Guerra Civil

Primer período. Noviembre 1917-Abril 1918

Área del Don

1917

25/11. Las fuerzas del atamán Kaledin toman la ofensiva, capturan Rostov y fusilan a los miembros bolcheviques cautivos del Soviet de delegados obreros de Rostov.

Diciembre (principios). Los generales Kornilov, Alexiev, Denikin y Markov escapan del cautiverio en la prisión de Bychov y llegan al área del Don, donde empiezan a organizar el Ejército Blanco Voluntario.

11-12/12. Primeros encuentros en Yusovka entre las fuerzas de Kaledin y las formaciones de la Guardia Roja.

1918

28/1. El Ejército bajo el mando de Sivers captura Taganrog.

El Ejército Rojo a las órdenes de Sablin y Petrov captura la estación ferroviaria de Kamenka.

24/2. Los Rojos toman Rostov. Los voluntarios Blancos se retiran hacia Kuban.

Ucrania

1918

16/1. El Comité Revolucionario toma control de Kiev luego de victoriosos combates callejeros.

16/1. Las tropas rojas entran a Kiev y se unen a la guarnición rebelde.

Febrero. Avance alemán en Ucrania.

Marzo. Captura de Kiev por los alemanes y sus aliados ucranianos.

7/4. Evacuación de Kharkov. Toda Ucrania queda ocupada por tropas alemanas y austríacas hasta fin de mayo. El gobierno de la Rada se mantiene bajo su protección, pero luego es expulsado por el Hetmán Skoropadsky.

Segundo período.

Mayo 1918 -comienzos de 1920

1918

Mayo. La Legión Checoeslovaca se rebela y ocupa el área media del Volga.

8/9. Fuerzas Rojas toman la ofensiva contra los irregulares Blancos y los checoeslovacos.

10/9. Los Rojos capturan Kazan.

12/9. El 1º Ejército Rojo, al mando de Tujachevsky, captura Simbirsk.

7/10. Fuerzas Rojas entran en Samara y reciben la calurosa bienvenida de los trabajadores en rebelión.

12/12. Caída de Ufa.

1919

22/1. Las fuerzas Rojas quiebran la obstinada resistencia del enemigo peleando a 30 °C bajo cero y toman Orenburg.

27/2. Caída de Orsk y completa aniquilación de tropas regulares Blancas. Kolchak organiza un ejército en Siberia para reemplazarlas.

Marzo. El almirante Kolchak toma la ofensiva.

12/4. Kolchak avanza hasta 30 verstas¹⁹ al este del Volga.

4/5. Batalla de Busuluk. El Ejército Rojo comandado por Tujachevsky toma Bugurslan.

27/5. Los Rojos toman Orenburg.

10/6. Los Rojos toman Ufa.

3/8. Los Rojos toman Chelyabinsk, con 15.000 prisioneros, y aniquilan tres divisiones del ejército de Kolchak.

Septiembre. Bajo la presión del enemigo que ha tomado la ofensiva, fuerzas rojas retroceden hasta el río Tobol.

14/11. Caída de Omsk.

¹⁹ Medida de longitud rusa. (N. del T.)

15/12. Caída de Novo Nikolayevsk, ahora conocida como Novo-Sibirsk.

29/12. Captura de Tomsk, junto con muchos prisioneros, incluyendo el estado mayor y todos los cuerpos de oficiales.

1920

Enero. Caída de Krasnoyarsk. Capitulán las últimas fuerzas del enemigo.

Turkestán

Luego de la aniquilación del ejército de Kolchak surgió el frente del Turkestán en agosto de 1919.

1920

5/1. Captura del pueblo de Gurev, base de los cosacos de los Urales.

18/2. Las fuerzas Rojas toman Khiva.

Ucrania

De abril a noviembre de 1918 las fuerzas Rojas ocuparon la línea de demarcación. En diciembre las tropas Rojas comen-zaron un ataque general en el frente ucraniano.

1919

3/1. Los Rojos toman Kharkov.

20/1. Poltava es capturada luego de 16 hs. de combate.

5/2. Fuerzas soviéticas ucranianas capturan Kiev. El Directo-rio de Petliura se fuga.

11/3. Tropas soviéticas toman Kherson.

Mayo. Tropas Rojas, que avanzan en toda la línea desde Odessa hasta Crimea, llegan al Mar Negro.

La lucha contra Denikin

1919

Primavera. El general Denikin toma la ofensiva con ejércitos voluntarios de tropas del Don y el Cáucaso.

26/5. Los voluntarios Blancos toman Kharkov.

Mediados de agosto. Las fuerzas Rojas toman la ofensiva en la frontera sur. Su éxito inicial pronto es revertido por una contraofensiva Blanca.

18/9. Voluntarios Blancos toman Kursk.

13/10. Voluntarios Blancos toman Orel.

15/10. El Ejército Rojo toma Kiev.

Segunda mitad de octubre. Ejércitos Rojos del frente sur inician una ofensiva en dirección a Orlov.

17/11. El Ejército Rojo toma Kursk.

12/12. El Ejército Rojo toma Kharkov y Poltava. Las fuerzas de Denikin⁹ se retiran rápidamente hacia Rostov.

El frente occidental

1918

Diciembre. Los Ejércitos Revolucionarios de Letonia y Estonia toman la ofensiva, con la ayuda de formaciones rusas del

frente occidental utilizando la retirada de las fuerzas alemanas, como oportunidad para avanzar.

25/11. Pskov capturado por las fuerzas soviéticas.

28/11. Toma de Narva.

24/12. Toma de Yuryev y Vendek.

1919

Marzo. Las fuerzas Rojas llegan al mar Báltico.

Abril. Comienzo de ataques del enemigo, que avanza sobre Riga y Vilna con tropas equipadas con material provisto por la Entente.

Abril a julio. Feroces enfrentamientos de las escasas fuerzas Rojas con adversarios mejores equipados y numéricamente superiores. Los Rojos evacúan Vilna y Latvia.

Septiembre. El general Ydenich hace su primer ataque.

11/10. Comienzo de la segunda serie de operaciones del general Yudenich.

23/10. Comienzo de los contraataques Rojos que culminan con la completa derrota de Yudenich.

14/11. Toma de Yamburg.

Enero a diciembre de 1920

Frente Norte

1920

21/2. Toma de Arcángel. El gobierno Blanco del general Miller huye hacia el océano Ártico.

26/2. Toma de Onega.

14/3. Toma de Murmansk. Se capturan 6 tanques, 89 locomotoras y más de 1000 vagones.

Frente occidental

1920

Enero a marzo. Negociaciones de paz e inactividad.

6/3. Inicio repentino de hostilidades con Polonia. Los polacos toman Kiev.

14/5. El Ejército Rojo abre una ofensiva general en el sector Polessiy-Lepel.

6/6. La caballería de Budyonny toma Zhitomir y Berdichev.

12/6. El Ejército Rojo toma Kiev.

25/6. La Caballería Roja toma Brody.

4/7. El Ejército Rojo conducido por Tujachevsky toma la ofensiva entre Beresina y el norte del Dvina.

14/7. El Ejército Rojo toma Vilna.

19/7. El Ejército Rojo toma Grodno.

1/8. Toma de Bialystok, Bielsk y Brest-Litovsk.

13/8. La Caballería Roja toma Soldau.

16/8. Hay combates a 15 kilómetros de Varsovia.

15-16/8. Comienzo de la contraofensiva polaca en Varsovia, Ivangorod y Lublin.

Agosto. Retirada del Ejército Rojo del frente occidental. Su ala derecha es internada en Prusia oriental.

15-20/8. La Caballería de Budyonny entra en acción en Lvov.

5/10. Fuerzas Rojas retroceden hasta la línea del lago Paroch-Smorgon-Minsk.

5-12/10. Armisticio.

18 de oct. Retirada de nuestras fuerzas a la actual línea de frontera y cesación de hostilidades con Polonia.

El ejército ucraniano de Petliura fue finalmente liquidado en el curso de septiembre e internado en Galitzia.

Enero a marzo de 1920

1920

Enero. Serie de acciones no decisivas con las tropas de Denikin en el frente del Cáucaso.

Comienzos de marzo. Fuerzas Rojas toman la ofensiva en el Cáucaso.

2/3. Ejército Rojo toma Azov.

17/3. Captura de Tiflis, Pyatigorsk, Armavir y Edaterinodar.

27/3. Captura de Novorossiisk.

28/3. Captura de Bakú.

4/5. Los restos de las fuerzas de Denikin son empujadas a la costa del mar Negro.

La campaña contra Wrangel

1920

9/3. Tropas Rojas toman las líneas fortificadas del enemigo en Yushunie y el puente de Sivashky, pero retroceden hacia el norte bajo presión enemiga.

13/4. Fuerzas Rojas de Latvia son rechazadas en su ataque sobre Perekop, en Crimea.

6/6. Wrangel avanza desde Crimea.

Septiembre. Wrangel ataca la cuenca del Don.

6/9. Las fuerzas de Wrangel cruzan a la margen derecha del Dniepper.

14/10. La Caballería Roja aniquila tres divisiones de la caballería enemiga y dos divisiones de infantería en Pokorovsky. El enemigo escapa aterrorizado. El comienzo del fin para Wrangel.

3/11. Tropas Rojas llegan al estrecho de Kerch.

7-11/11. Fuerzas Rojas atraviesan las posiciones fortificadas del enemigo en Perekop y Taganash.

11/11. Captura de Simferopol y Feodosia.

15/11. Captura de Sevastopol.

Frente oriental

1920

Enero a marzo. Caída de Irkutsk. Kolchak y sus ministros son tomados prisioneros.

21/10. Captura de Chita. Los restos de las fuerzas del general Semyonov se retiran a Manchuria.

Turkestán

1/9. Todo el Turkestán ocupado. Fin de las operaciones contra el Viejo Bokhara. Captura de la ciudad por las fuerzas Rojas de Bokhara. El Emir colocado en el trono por los ingleses escapa a las montañas.

Tercer período.

1921

26/2. Rebeldes Rojos georgianos, asistidos por tropas Rojas de la República Soviética de Azerbaiján, capturan Tiflis.

3/3. Estalla el motín de Kronstadt.

17/3. Liquidación del motín de Kronstadt.

25/10. Captura de Vladivostok.

Bibliografía

Hay una variedad extremadamente amplia de literatura referida al tema; son particularmente numerosas las memorias y biografías. La investigación sin embargo es difícil, debido a que la censura de Stalin ha destruido muchos de estos trabajos, mientras que, con la excepción de la literatura de propaganda que no posee ningún valor histórico, aún no se ha escrito ningún trabajo extenso dedicado al Ejército Rojo y la Guerra Civil en ningún idioma. Las revistas rusas *Archivo de la Revolución Proletaria* y *Archivos Rojos* puede decirse que aportan importante información.

Como no hay bibliografía amplia publicada en ningún idioma, menciono sólo los trabajos más esenciales.

Anishev, A.: *Un estudio de la historia de la Guerra Civil, 1917-1920*, Leningrado, 1925 (en ruso solamente).

Antonov-Ovseyenko: *Der Aufbau der Roten Armee in der Revolution*, Hamburgo, 1923, Verlag Cari Heym, Nachfolger.

Avalov, general Prince: *Im Kampfe gegen den Bolschewismus*, Hamburgo, 1923, Verlag Albrecht von Egidy.

Benes, Edward: *My War Memories*, Alien and Unwin, 1928.

Bubnov: *La Guerra Civil, Partidos y Problemas Militares*, Moscú, 1928 (sólo en ruso).

Bürgerkrieg: *Die Illustrierte Geschichte des russischen*, Berlín, 1928. Neuer deutscher Verlag. Publicado por I. Thomas.

La Guerra Civil, 1918-21. Tres volúmenes, editado por S. Kamenev, A. Bubnov. R. Eydemann, Moscú, 1928 (en ruso solamente).

Churchill, Winston: *La crisis mundial 1916-18*. Thornton Butterworth 1923-31.

Denikin, general A. N.: *Umriss der russischen Wirren*, París y Berlín, 1921-25, cinco volúmenes. Verlag J. Powolotzki y Verlag "Slowo".

Gussew: *La Guerra Civil y el Ejército Rojo*, Moscú, 1925 (sólo en ruso).

-----*Die Lehren des Bürgerkrieges*, Hamburgo, 1923, Verlag Cari Heym, Nachf.

Hoffmann, general mayor Max: *Der Krieg der versamten Gelegenheiten*, Munich, 1924. Verlag für Kulturpolitik.

Kakurin: *Las luchas en la Revolución*, publicado por la Academia de Guerra de Moscú, 1925-26 (sólo en ruso).

Kerensky: *La catástrofe*, D. Appleton & Co. New York y Londres.

-----*Los últimos días de Kolchak*, material editado por M. Konstantinov, Moscú, 1926 (sólo en ruso).

Kritzmann, L.: *El período heroico de la Revolución Rusa*, Moscú, 1926 (sólo en ruso).

Krylenko, N.: *Terror blanco y rojo*, publicado por el Partido Comunista de Gran Bretaña, Londres, 1928.

Lavrov, P.: *La Comuna de París*, Zurich, 1880 (sólo en ruso).

Lenin: *Obras completas*, Martin Lawrence, 1927. Se recomienda un estudio de los tomos VIII, XVI, XX, XXI, XXII, XXIII, XXV y XXVI.

-----*Oktoberrevolution und Rote Armee*, Berlín, 1932, Internationaler Arbeiterverlag.

Levidov: *Historia de la Intervención de la Entente en Rusia*, Leningrado, 1925 (sólo en ruso).

Marty, André: *La revuelta del Mar Negro*, París, 1927, Bureau d'Édition, de Diffusion et de Publicité.

Masaryk, T. G.: *Cómo se hizo un estado*, Alien and Unwin, 1927.

Milyutin: *La organización económica de la Rusia soviética*, publicado por el Partido Comunista de Gran Bretaña, Londres, 1931.

Reissner, Larissa: *Octubre*, Berlín, 1927, Neuer deutscher Verlag.

Pilsudski, José: *Las memorias de un revolucionario y soldado polaco*, Faber & Faber, 1931.

Price, Morgan Philips: *Mis recuerdos de la Revolución Rusa*, Alien and Unwin, 1921.

Putna: *Antes de Varsovia*, Moscú, 1923 (sólo en ruso).

-----*El Soviet de Guerra Revolucionario de la URSS para Diez Años*, Moscú, 1928 (sólo en ruso).

-----*Revolution, Illustrierte Geschichte der russischen*, editado por W. Astrov, A. Slepkov, J. Thomas, Berlín, 1928, Neuer deutscher Verlag.

-----*Rote Armee, Die*: Ein Sammelbuch mit Beitrágen von S. Kamenev, L. Trotsky, K. Radek u. a. Viena, 1923. Verlag fur Literatur und Politik.

Sergeyev: *Del Dvina al Vístula*, Petrogrado, 1923 (sólo en ruso).

Stalin: *Problemas del Leninismo*, Editores Internacionales, Nueva York, 1934. *La Revolución de Octubre*, Martin Lawrence (1934).

Trotsky: *Entre Rojo y Blanco*, publicado por el Partido Comunista de Gran Bretaña, Londres, 1922.

-----*Der Geburt der Roten Armee*, Viena, 1924, Verlag fur Literatur und Politik.

-----*Cómo se armó la revolución*, Moscú, 1923-25 (sólo en ruso).

-----*Fälschung der Geschichte der russischen Revolution*, Berlín, 1928, Verlag Volkswille.

Tujachevsky: *La guerra de clases*, Petrogrado, 1921 (sólo en ruso).

-----*El Ejército Rojo y la Milicia*, Petrogrado, 1921 (sólo en ruso).

-----*La marcha a través del Vístula*, conferencias pronunciadas en el Curso Complementario de la Academia de Guerra, Moscú, 7-10 de feb. 1923 (sólo en ruso).

Wright, capitán Peter: *En el Consejo de Guerra Supremo*, Eveleigh, Nash, 1921.

Formado y entrenado en medio de la Guerra Civil, el Ejército Rojo fue construido como una fuerza revolucionaria decisiva del primer estado obrero del mundo. Este libro cuenta cómo se construyó. Reclutado de la clase trabajadora y del campesinado, luchando por conseguir suministros vitales y armamento, enfrentado a 14 ejércitos enemigos, el Ejército Rojo sobrevivió y venció solo por la convicción de defender la Revolución de Octubre. Sus filas estaban integradas por los mejores cuadros bolcheviques. Su líder y genio organizador, jugando un papel de primer orden en la revolución junto a Lenin, fue León Trotsky. Erich Wollenberg, un comunista alemán que se unió al ejército soviético y tenía importantes puestos de responsabilidad en él, vio cómo surgió. Hace un relato de sus batallas y cuenta cómo más tarde Stalin y su burocracia descabezaron el Ejército Rojo, liquidando a su dirección revolucionaria e intentando falsificar su historia.

